



Dark Secrets

Legacy of Lies I

Elizabeth Chandler



Ellie

Staff de Traducción

Ellie
flochi
Emii_Gregori
AMIT2
alexiaia ♪
majo2340
Malu Cullen
andre27xl
†DaRk BASSt
vAan
LizC
inthefreedomwings
sooi.luuli
BrendaCarpio
Yre24
Carol93
carmen170796
Liseth_Johanna
KaThErIn

Staff de Corrección

Ellie
Sirg
TwistedGirl
Vannia
Akanet
Vapino
Nikola
Paaau

Recopilación

Ellie

diseño

ΣЖ3YosbeΣЖ3





Sinopsis.....	4
Capítulo 1.....	5
Capítulo 2.....	11
Capítulo 3.....	20
Capítulo 4.....	27
Capítulo 5.....	36
Capítulo 6.....	41
Capítulo 7.....	49
Capítulo 8.....	57
Capítulo 9.....	64
Capítulo 10.....	69
Capítulo 11.....	76
Capítulo 12.....	85
Capítulo 13.....	94
Capítulo 14.....	102
Capítulo 15.....	110
Capítulo 16.....	118
Capítulo 17.....	124
Capítulo 18.....	129
Sinopsis Dark Secrets 2: Don't Tell.....	129
Acerca de la Autora.....	131
Saga Dark Secrets	132





Algo está persiguiendo a Megan...

Ella ha visto la Casa Scarborough sólo en sus sueños. Ahora Megan estaba ahí, visitando a la abuela que nunca había conocido, y a su primo recién descubierto, Matt, demasiado hermoso de lejos, quien quiere que ella desaparezca. La abuela era tan fría, tan distante. ¿Por qué ella finalmente le alargó la mano a Megan después de todos estos años? ¿Y por qué Matt estaba tan decidido a llamarla su "casi" prima? A pesar de todos sus sueños proféticos, nada pudo haber preparado a Megan para el asombro de Matt cuando la vio por primera vez; o la reacción de los perfectos extraños que la miraban con fascinación... e incluso miedo.

Megan pensó que sabía quién era ella. Hasta que llegó a la casa de su abuela. Hasta que conoció a Matt, quien la enfureció y la atrajo como ningún chico lo había hecho nunca antes. Entonces comienza a tener sueños de nuevo, de una vida que nunca vivió, de un amor que nunca conoció... de un secreto que amenaza con llevarla a la tumba.

Capítulo 1

Traducido por flochi
Corregido por Ellie

Anoche visité la casa otra vez. Lucía como hace diez años, cuando yo la soñaba con frecuencia. Nunca he visto la casa en la vida real, al menos no que yo pueda recordar. Es alta, tres pisos de paneles de ventanas, todos ladrillos con una azotea de guijarros. La parte que recuerdo más claramente es el porche cubierto: no más amplio que los peldaños delanteros, tenía bancos en el frente en los que me gustaba sentarme. Supongo que nunca fui tímida, ni siquiera a los seis; en el sueño siempre abría la puerta, caminaba dentro y jugaba con los juguetes.

Anoche la puerta estaba cerrada. Que es cómo desperté, tratando con todas mis fuerzas de abrirla, desesperada por entrar. Algo estaba mal, pero no puedo decir qué. ¿Había algo fuera de la casa, de lo que yo estaba huyendo? ¿Había alguien en la casa que necesitaba mi ayuda? Era como si la primera parte de mi sueño estuviera perdida. Pero algo sabía con certeza: Alguien al otro lado de la puerta estaba tratando de mantenerme fuera.

—No voy a ir —le había dicho a mi padre allá por junio—. Ella es una vieja señora tacaña. Repudió a mamá y no quiere hablar contigo. Y nunca ha tenido nada que ver con Pete, Dave, o conmigo. ¿Por qué debo tener algo ver con ella?

—Por el bien de tu madre —dijo él.

Varios meses más tarde, estaba en un vuelo de Arizona a Maryland, todavía resistiéndome a la orden real de mi abuela de visitarla. Saqué su invitación, el primer mensaje que había recibido de ella en mi vida, y la releí. Dos frases, sonando tan rígidas como un ejercicio de manual.

Querida Megan:

Este verano te veré en la Casa Scarborough. He incluido un cheque para cubrir el pasaje de avión.

Saludos,

Helen Scarborough Barnes

Bueno, yo no esperaba “amor y besos” de una mujer que cortó con su única hija cuando ella había decidido casarse con alguien de una raza diferente. Mi madre, procedente de una familia arraigada en la costa este, tenía más sangre inglesa que el Príncipe Carlos. Mi padre, también de una antigua familia de Maryland, es afro-americano. Después de tratar de tener hijos propios, me

adoptaron, luego a mis dos hermanos. Sería ingenuo esperar calidez de una persona que rechazó considerar a niños adoptados como sus nietos.

Ahora que pensaba acerca de eso, el significado de mi sueño la noche anterior era bastante obvio, incluso la sensación de que algo estaba mal. La puerta a la familia de mi madre siempre había estado cerrada para mí; cuando una puerta se mantuvo cerrada por dieciséis años y de repente, sin ninguna explicación, se abre, no puedes controlar el preguntarte hacia qué estás yendo.

—¿Megan? ¡Lo hiciste! —dijo la mujer, arrugando el cartel con mi nombre en él, y luego dándome un gran abrazo—. Soy Ginny Lloyd, la mejor vieja amiga de tu madre. —Ella rió—. Supongo que te diste cuenta.

Cuando Ginny oyó que yo venía, ella insistió en recogerme en el aeropuerto cerca de Baltimore. Ese día de octubre, cargamos mi equipaje atrás de su antiguo coche familiar color verde, empujando a un lado las bolsas de viejos suéteres, remeras, zapatos, y bolsos, elementos que ella había escogido para vender en su tienda de ropa vintage.

—Espero que no te moleste el olor a naftalina —dijo Ginny.

—No hay problema —repliqué.

—¿Y acerca del olor de un coche que quema aceite?

—Está bien, también.

—Podemos abrir las ventanas —me dijo—. Por supuesto, el silenciador de cerca se ha ido.

Me reí. Rubia y pecosa, ella tenía el mismo acento sureño de mi madre. Me sentí cómoda con ella inmediatamente.

Cuando abroché mi cinturón, Ginny me tendió un mapa por el que podría seguir nuestro progreso hacia Wisteria, que está en la Costa Este de la Bahía Chesapeake.

—Son como dos horas de viaje —dijo ella—. Le dije a la Sra. Barnes que te tendría en la Casa Scarborough bien antes del anochecer.

—Me estoy volviendo curiosa —le dije—. Cuando mamá dejó Maryland, no trajo imágenes con ella. He visto un par de fotos que mi primo Paul envió, mostrándolo a él y a mamá cuando eran pequeños, pero no puedo ver la casa en ella. ¿Cómo es?

—¿Qué ha dicho tu madre sobre eso? —preguntó Ginny.

—No mucho. Es una casa principal con un ala trasera. Es vieja.

—Eso es todo —dijo Ginny.

Era una respuesta corta de una persona que ha pasado mucho tiempo ahí como niña y adolescente... casi tan corta como las respuestas de mi madre acerca del lugar.

—Oh, y está embrujada —agregué.

—La gente dice eso —replicó Ginny.

La miré sorprendida. Yo había estado bromeando.

—Por supuesto, cada casa vieja en la Costa tiene sus historias de fantasmas —añadió rápidamente—. Sólo mantén las luces prendidas si sientes algo espeluznante.

Este viaje podría resultar más interesante de lo que pensaba.

Ginny prendió la radio, marcando una estación country. Abrí el mapa que me había dado y lo estudié. El Río Sycamore cortaba la Costa Este en ángulo. Si estabas viajando a la Bahía Chesapeake, entrarías en la amplia boca del río Sycamore y el cabo en dirección noreste. A la derecha, cerca de la boca, verías un gran arroyo llamado Wist. El próximo arroyo encima es Oyster. La ciudad de Wisteria se sitúa entre ellos, casi rodeada por agua, el Río Sycamore por un lado y los arroyos sobre los otros dos. En cuanto a la propiedad de mi abuela, estaba en el gran punto de tierra debajo de la ciudad, bañada a un lado por el arroyo Wist y en el otro por el Sycamore.

Cruzamos dos series de vías de ferrocarril. Yo miraba el paisaje cambiante desde tiendas a campos de maíz y soja, y los horizontes bajos de árboles. El cielo era la mitad del mundo en la Costa Oeste. Ginny respondió un montón de preguntas y pareció más interesada en hablar de la vida en Tucson que de la vida en Wisteria.

—¿Cómo es mi abuela? —le pregunté finalmente.

Por todo un minuto, la única respuesta fue el rugido del motor del auto.

—Ella es, uh, diferente —dijo Ginny—. Estamos pasando por el Arroyo Oyster. Wisteria está justo en el otro lado.

—¿Diferente cómo? —persistí.

—Ella tiene su propio modo de ver las cosas. Puede ser feroz a veces.

—¿A la gente le gusta ella?

Ginny dudó. —¿Has pasado mucho tiempo en un pueblo pequeño? —preguntó ella.

—No.

—La gente de los pueblos pequeños es como una gran familia viviendo en una casa. Ellos pueden ser realmente amables y serviciales, pero también pueden decir cosas desagradables de los otros y reñir mucho.

Ella no había respondido mi pregunta acerca de cómo los otros ven a mi abuela, pero puedo imaginármelo. Ella no era la favorita en la ciudad.

Retumbamos sobre la rejilla de metal del puente levadizo. Coloqué mi cabeza fuera de la ventana por un momento. En Tucson, los arroyos eran con frecuencia apenas líneas de agua. Este era del ancho de un río.

—Estamos en la calle Scarborough ahora —dijo Ginny—. Las calles a nuestra derecha conducen hacia abajo, a los muelles comerciales, donde están los barcos de ostras y cangrejos. Las calles a la izquierda bordean la escuela. En unas pocas cuadras, estaremos cruzando la High Street, que es la Calle Principal para nosotros. ¿Quieres que pasemos por ella?

—Seguro.

Pasamos una escuela, fuimos una cuadra más, luego doblamos a la derecha en High Street. La calle tenía una mezcla de casas, iglesias, y pequeñas tiendas, todos los edificios hechos de ladrillo o madera. Algunas casas estaban justo al borde de la acera; otras tenían pequeñas parcelas de césped delante de ellas. Las macetas de brillantes crisantemos posaban sobre los alféizares y escalones. Las aceras a ambos lados de High Street eran de ladrillo y onduladas, especialmente alrededor de las raíces de los árboles de sicomoro que estaban alineados a ambos lados de la calle. Pero incluso donde no había raíces, los ladrillos parecían blandos, como si las huellas de dos siglos y medio lo hubieran desgastado.

—Es bonito —dije—. ¿Hay muchas vides de wisteria alrededor de aquí?

—La gente lo cultiva —dijo ella—, pero en realidad la parcela de tierra en la que se hizo la ciudad fue ganada en una partida de cartas llamada *whist*. Ese fue el nombre original de la ciudad. Algunas personas rectas en los años 1800, quienes no aprobaban los juegos de azar, le añadieron el resto luego. Supongo que tuvimos suerte que ellos no estuvieran jugando “Los Ocho Locos”.

Me reí.

—Esa es mi tienda, “Yesterdaze”. —Ginny redujo la velocidad y señaló los escaparates con un gran panel de ventana que se arqueaba sobre la acera—. La siguiente puerta es “Hojas de Té”. Jamie, el propietario, hace pasteles para morir.

—El puerto de la ciudad está más adelante —continuó—. Sólo los barcos de recreo atracan allí. Voy a girar alrededor de la Avenida Bayview para mostrarte dónde vivo. Sabes que eres bienvenida a quedarte conmigo si las cosas se ponen difíciles...

—¿Difíciles cómo? —pregunté.

Ella se encogió de hombros. —Lo encuentro aislado ahí fuera en el otro lado del Wist. Y la Casa Scarborough parece muy grande sin una familia que la llene.

—¿Es por eso que me invitó mi abuela? ¿Ella no puede conseguir que nadie más venga?

—Dudo que esa sea la razón. A la Sra. Barnes nunca le ha gustado la compañía. ¡Whoa! —exclamó Ginny, golpeando sus frenos, enviando a volar las cajas de zapatos que descansaban sobre el asiento trasero del coche familiar.

Un tipo en un jeep con el techo abierto, impaciente por evitar un auto haciendo un giro, repentinamente se había atravesado en frente nuestro. Los pasajeros del jeep rojo, dos mujeres y un tipo, se agarraban los unos a los otros y abuchearon. La chica en el asiento delantero se volvió brevemente a mirarnos, riendo y lanzando su largo pelo sobre su hombro. El conductor no reconoció su falta.

—Imbécil —dije en voz alta.

Ginny parecía divertida. —Ese era tu primo.

—¿Mi primo? —Me retorcí en el asiento, mirando hacia el lado de la calle donde el jeep había hecho otro giro repentino.

—Matt Barnes —respondió.

—Pensé que estaba en Chicago.

—Tu tío se mudó aquí, y la madre de Matt está en algún lugar del norte, creo.

—Boston —le dije. Había sido un feo divorcio, por lo que yo sabía.

—Matt ha pasado casi cada verano en Wisteria. Él fue transferido a la escuela secundaria aquí el invierno pasado y está viviendo a tiempo completo con tu abuela. ¿No lo sabías?

Sacudí mi cabeza.

—Ella le compró el jeep el verano pasado. Los rumores dicen que él se está comprando su propio barco. Matt está usualmente pasando el tiempo alrededor de chicas o deportistas.

Estropeado y salvaje, pensé. Pero las cosas estaban mejorando. No importaba cómo fuera él, pasar dos semanas con un chico de mi edad era mejor que estar sola con una feroz setenta-y-seis-añera. Yo sólo ajustaría mi cinturón de seguridad y disfrutaría del viaje.

—¿Mi abuela conduce? —pregunté.

—Muy parecido a Matt —replicó Ginny, riendo.

Cuando llegamos a Bayview, ella señaló su casa, una casa de campo de color amarillo suave con persianas grises, luego volvió al camino Scarborough.

Cruzamos el Wist, retumbando sobre un viejo puente, entonces manejó cerca de un cuarto de milla más, y luego giró justo entre dos pilares de ladrillo. La carretera privada que conducía a la casa de mi abuela comenzaba pavimentada, pero rápidamente se convertía en grava y tierra. Altos y cónicos árboles de cedro se alineaban a ambos lados. Ellos no se doblaban con gracia sobre el paseo, como los árboles en las fotos de las mansiones sureñas, sino que se mantenían erguidos, como gigantes piezas de ajedrez verdes. Al final de la doble fila de árboles, vi secciones de techos grises inclinados y chimeneas de ladrillo, cuatro de ellas.

—Estamos pasando por detrás de la casa —dijo Ginny—. El camino recorre el frente. Ahora estás viendo el ala trasera. Aquel vallado corre a lo largo del jardín de hierbas por la cocina.

—La casa es enorme.

—Recuerda que eres bienvenida a quedarte conmigo —dijo.

—Gracias, pero estaré bien.

Ahora que estaba aquí, esperaba con impaciencia las próximas dos semanas. Es decir, ¿cuán terrorífica podía ser una pequeña mujer anciana? Sería divertido explorar la casa antigua y su tierra, especialmente con un primo de mi edad. Cuatrocientos acres de campos y bosques y muelles... parecía increíble que no tuviera que compartirlos con otros excursionistas en un parque estatal. Una ola de entusiasmo y confianza pasó sobre mí. Entonces Ginny rodeó la casa y estacionó en el frente.

—Megan —dijo ella, después de un momento de silencio—. Megan, ¿estás bien?

Asentí.

—Te ayudaré con tu equipaje.

—Gracias.

Salí del coche lentamente, mirando fijamente la casa de mi abuela. Tres pisos de paneles de ventanas, ladrillos con una azotea de guijarros, un pequeño pórtico cubierto con bancos enfrentados... era la casa de mis sueños.

Tomé mi equipaje de la mano de Ginny, sintiéndome un poco inestable. Por segunda vez en veinticuatro horas, caminé sobre los peldaños de la casa. Esta vez, la puerta se abrió.

Capítulo 2

Traducido por Ellie y Flochi
Corregido por Sirg

— Bien, ¿qué quieres? —preguntó una mujer baja y rechoncha cuyo pelo estaba algo naranja debido a un viejo trabajo de decoloración.

—Estoy aquí para ver a la Sra. Barnes. —Mi voz sonó tan tímida como la de un niño.

Ginny subió los escalones del porche, deteniéndose detrás de mí. —Nancy, ella es Megan, la nieta de la Sra. Barnes.

La respuesta de Nancy fue darnos la espalda y caminar nuevamente hacia el interior de la casa. Miré de manera inquisitiva a la amiga de mi madre.

—Nancy viene tres veces por semana para cocinar y limpiar para tu abuela —Ginny me informó en una voz muy baja.

—¿Y siempre es así de amistosa?

—Me temo que sí.

Sin entrar, miré el vestíbulo central, largo y oscuro. Nancy se detuvo en una puerta cerca del pie de las escaleras, golpeó y entonces entró. Cuando volvió hacia nosotras, ella habló con Ginny. —La Sra. Barnes quiere saber cuánto le debe por haber traído a la chica, y si aceptaría un cheque.

Una mirada de sorpresa parpadeó a través de la cara de Ginny. —Por favor, dígale que fue un placer.

—Gracias por recogerme, Ginny —dije, ligeramente avergonzada.

—No hay problema. Sabes dónde encontrarme. —Apretó amistosamente mi mano y se fue.

Punto para la abuela, pensé mientras arrastraba mis maletas dentro de la casa: ni siquiera nos hemos conocido, y ya me hizo sentir como un inconveniente.

Nancy, habiendo surgido una segunda vez del cuarto junto a la escalera, me miró, entonces señaló con un pulgar sobre su hombro. Supuse que era una señal para que entrara. No tuve oportunidad de preguntar, ya que el ama de llaves salió rápidamente por una puerta en la parte posterior del vestíbulo.

Me paré junto a la puerta principal, considerando mis opciones. *¿Qué pasaría si simplemente esperara aquí? ¿Quién se rendiría primero, yo o Helen Scarborough Barnes?* Decidí tomarme mi tiempo para estudiar el vestíbulo

central, el cual iba desde la puerta principal de la casa hasta una puerta más pequeña bajo la escalera principal, su ancho piso de madera cubierto por islas de alfombras. Yo nunca había estado en un vestíbulo lo suficientemente grande como para contener sofás, sillas laterales y mesas. Unas grandes puertas de madera llevaban a cuatro habitaciones, dos en cada lado. La amplia escalera subía hacia la parte trasera de la casa, giraba y subía varios escalones contra la pared de atrás, entonces desaparecía mientras giraba de regreso hacia el frente. Un reloj de pie hacía tic-tac en el descanso de la escalera, marcando las 4:25.

—Megan.

La voz fue baja y firme, acostumbrada a ser obedecida. Respiré hondo y pasé por el vestíbulo, deteniéndome dentro del marco de la puerta. El cuarto era una biblioteca, sus oscuras paredes cubiertas con libros. Olía a cuero y viejas cenizas de chimenea. Me agradó inmediatamente. Aunque desearía poder decir lo mismo de la canosa mujer sentada muy erguida detrás de un escritorio.

Ella se puso de pie lentamente, sorprendiéndome con su altura. Yo soy unos 10 centímetros más alta que mi madre, y también lo era ella. Helen Scarborough Barnes me observó tan detenidamente que sentí que estaba contando los hilos sueltos en mi ropa, sumándolos a todo lo demás acerca de mí para saber si pasaba la prueba. *Bien*. Yo podía estudiarla a ella también, y decidir si pasaba la prueba como una abuela.

Tenía piel pálida y pómulos marcados. Su cabello recogido en una trenza francesa y sus diminutos pendientes en forma de gota le daban una cierta elegancia antigua, a pesar del hecho que llevaba pantalones. Encontré sus ojos azules claros tan firmemente como pude.

—Puedes sentarte —dijo.

—Preferiría permanecer de pie, si no le molesta. He estado sentada todo el día.

Hubo una leve pausa, entonces ella asintió y se sentó. —Siempre que no te pasees...

Sentí un increíble impulso por deambular por la habitación, pero lo contuve.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó.

—Ok... Quiero decir, bien —corregí mi gramática—. ¿Sabes que terminó su master? El mes pasado comenzó un nuevo trabajo. Está en la misma escuela, pero como especialista de lectura. Ama a los niños. Es increíble con ellos. —Sabía que estaba parlotando.

—¿Y tus hermanos?

—Están bien. Pete, que tiene doce, está interesando en la música. Dave, de diez, vive para los deportes.

—¿Y tu viaje hasta aquí?

—Mi padre está bien, también —dije, aunque ella no había preguntado por él—. Fue honrado por el Museo de Desierto de Sonoran por su trabajo con mamíferos.

—Por favor, contesta sólo las preguntas que te hago —dijo mi abuela.

—Sólo estoy llenando los espacios en blanco —respondí alegremente, aunque ambas sabíamos que no era verdad. Yo no iba a permitir que mi papá fuera recortado de la familia.

—¿Cómo fue tu viaje hasta aquí?

—Bien.

Ella esperó un momento, para ver si quizás llenaría esos nuevos espacios en blanco. No lo hice.

—Había esperado que vinieras en el verano, Megan.

—Como mamá le explicó, voy a una escuela de curso anual, y ya me había comprometido para trabajar en un campamento durante mis vacaciones de verano de tres semanas. Octubre fue mi más próximo tiempo libre.

—¿Cuál es tu linaje?

La repentina pregunta me tomó por sorpresa. La miré fijamente durante un largo rato. —Mi madre es Carlyne Barnes, y mi padre es Kent Tilby —dije, como si esas fueran noticias.

—Sabes lo que quiero decir, niña.

Presioné mis labios juntos muy fuertemente.

—Tu color es... inusual —observó.

Decidí no contestar. Tengo pelo negro recto, el cual mantengo por el largo de mis hombros, ojos grises, y una piel que se niega a broncearse. En la árida tierra de Arizona, yo me destaco como un champiñón blanco, pero no creía que ese fuera el punto de su comentario.

Deduciendo correctamente que ella no iba obtener información acerca de mis padres de nacimiento, Helen Barnes se levantó de su silla. —Te mostraré tu cuarto.

La seguí por el vestíbulo, husmeando todo en mi camino. No sé qué había esperado de ella. ¿Un pequeño esfuerzo por llegar a conocerme, una conversación que durara más de tres minutos, o que tal vez revelara algún interés en mí, más allá de lo genético? ¿Alguna timidez o dificultad que me

dijera que ella también tenía sentimientos intensos acerca de conocernos? No hubo tal señal. Sus ojos podrían haber congelado el Golfo de México.

—Verás el primer piso primero —dijo.

Asentí. Aparentemente, “¿te gustaría...?” no formaba parte de su vocabulario.

Me mostró los otros tres cuartos que daban al vestíbulo central. Al igual que la biblioteca, cada uno tenía una alta chimenea en el rincón, pero sus paredes estaban pintadas en colores más intensos: azul eléctrico en el salón delantero, mostaza brillante en el cuarto de música. El comedor, el cual estaba en la parte posterior de la casa principal, justo frente a la biblioteca, estaba pintado de rojo sangre. Todos los cuartos tenían cuadros y pinturas rodeados por pesados marcos dorados; pero el tema del comedor color sangre eran los animales y la caza. Esperaba que comiéramos en la cocina.

—¿Cuándo fue construida esta casa? —pregunté, girando bruscamente lejos de una cabeza de venado en la pared.

—En 1720 —contestó mi abuela—, por una familia llamada Winchester.

—¿Cuándo se mudó nuestra familia aquí?

—Los Scarborough compraron la casa, la tierra y el molino a mediados de 1800.

—¿Fue ahí cuando nuestra familia vino desde Inglaterra?

—Los *Scarborough* —dijo el nombre claramente, como si hiciera una distinción entre esa familia y a la que yo llamaba “nuestra familia”— han estado en Maryland desde los 1600. Esta tierra fue comprada por la séptima generación, como regalo de bodas para un hijo. —Me adelanté hacia la parte delantera del vestíbulo—. Lleva lo que puedas de tu equipaje —dijo, descansando una delgada mano en la barandilla curva—. Matt subirá el resto cuando regrese de su sesión de estudio.

¿Sesión de estudio?, pensé. Mejor no mencionar que mi primo casi había chocado el coche de Ginny cuando se suponía debía estar con su nariz metida en un libro. Me las arreglé para llevar todo mi equipaje.

Las paredes del vestíbulo de arriba era del mismo azul que el salón, pero estaban cubiertas en parte por un empapelado de color apagado. Un espejo, oscurecido con el tiempo, colgaba de una pared; en otra había varias fotografías de aspecto muy viejo. Mi abuela comenzó a mostrarse impaciente mientras yo las examinaba.

—Megan. —Esperó junto a la puerta al final de las escaleras, la única abierta en el vestíbulo.

Entré y dejé mis maletas. El cuarto tenía una chimenea en un rincón y una gran cama de cuatro postes en el centro. Aunque las persianas habían sido echadas para atrás y las ventanas abiertas, había un olor mohoso, recordándome que el río estaba cerca.

—¿Dónde está el agua? —pregunté, cruzando rápidamente hacia una ventana—. En el mapa se veía muy cerca de la casa. ¡Ah, mi Dios, los árboles! —No podía ocultar mi entusiasmo—. Nunca he visto tanto verde, no en Tucson. Mira, las copas comienzan a volverse doradas.

Mi abuela, para nada interesada en mirar, se quedó en la puerta. —Podrás ver el riachuelo y el río cuando caigan las hojas. Estas viejas casas no fueron construidas directamente junto al agua por los insectos. Ahora se fumiga.

—Oh.

—Te dejaré para que desempaques —dijo—. Tu cuarto de baño está por esa puerta. La cena es a las seis. Si hay algo que necesites...

—¿Cómo se supone que debo llamarte?

Ella vaciló.

—¿Cómo te llama mi primo? —pregunté.

—Abuela.

—Eso es genial.

No creo que ella pensara que lo era, pero tampoco se opuso. Alcanzó la manija de la puerta para cerrarla detrás de ella. —Sólo para que nos entendamos, Megan yo respetaré tu intimidad, y a sumo que tú respetarás la mía.

Me quedé mirando la puerta luego de que ella la cerrara. ¿Qué se suponía que significaba eso? Yo había estado respetando su intimidad durante dieciséis años. Si ella no quería abrir la puerta entre nosotras ahora, ¿por qué se había molestado en invitarme?

Miré alrededor de la habitación. Las habitaciones en esta casa no eran grandes: plantas bajas formales, y simples y casi austeras plantas altas. Para alivio mío, no se parecían en nada a la sala acogedora donde a menudo había jugado en mis sueños. Eso habría sido un poco bastante raro. Existían explicaciones para el parecido exterior de las dos casas, mamá podría haberme descrito su hogar hace mucho tiempo, cuando era demasiado joven para saber que no debería preguntar acerca de ello. O tal vez había visto una foto de una casa colonial que se parecía a esta. Ahora y por entonces, mamá se suscribía a revistas de la Costa Este que tenían fotos de casas antiguas. Probablemente sólo había unos cuantos estilos básicos.

Desempaqué mis ropas, después saqué fuera varias fotos enmarcadas y las deposité sobre el buró, sonriendo ante el conjunto de personas y criaturas. Papá es veterinario y mamá voluntaria en un refugio de animales. Nuestro hogar es un pequeño zoológico, y no me estoy refiriendo solamente a mis hermanos.

Me puse una camisa limpia y saqué un peine, pasándolo por mi cabello, después miré el cuarto buscando un espejo. Por encima de un tocador, donde por lo general se colgaría un espejo, había una pieza enmarcada de un bordado: los Diez Mandamientos. *Bueno, qué lindo, pensé, un amigable recordatorio a los invitados para que se comporten.* Usé el espejo del botiquín del pequeño baño conectado a mi habitación.

Cuando salí del baño, escuché el jeep de mi primo rodear la casa. Rápidamente terminé de ordenar mis cosas y me dirigí hacia abajo. Al menos había alguien de mi edad con quien pasar el tiempo. Cuando aterricé junto al reloj, pude escuchar su voz.

—Ella no debió haber venido. Te lo dije antes, abuela, fue una mala idea invitarla.

Sorprendida, me incliné hacia adelante para escuchar la respuesta de la abuela, pero ella habló demasiado suave.

—Tan sólo es una corazonada —dijo mi primo—. No, es más que eso. No has actuado como tú misma desde la primera vez que tuviste esta loca idea.

Bajé sin hacer ruido las escaleras, tratando de escuchar la respuesta de la abuela, pero la puerta de la biblioteca estaba parcialmente cerrada y su voz fue amortiguada.

—Realmente no me importa —insistió Matt en voz alta—. Ella no es mi prima, es adoptada, y tú siempre has sido la primera en señalarlo. No puedo creer que no me has dicho que ella iba a venir hoy. No sé lo que estás haciendo.

Esta vez estuve lo bastante cerca para escuchar a la abuela. —¿Preocupado? —preguntó ella.

Era tentador acercarse sigilosamente a ellos. Pero dos largas semanas se alzaban en el horizonte y un Matt avergonzado no facilitaría las cosas. *Dale una oportunidad de cambiar de idea,* dije para mí misma. Hice resonar los últimos pasos sobre la escalera para que me oyeran y tuvieran tiempo de cambiar de tema.

La abuela estaba sentada en su escritorio una vez más. La mochila de Matt estaba en el suelo, su espalda hacia mí.

—Hola, Morgan —dijo la abuela, después miró en la dirección de Matt.

—Hola —contesté, y seguí su mirada. Matt alcanzó un libro elevado sobre un estante y empezó a girar las páginas, manteniendo su espalda hacia mí. Dudaba que estuviera tan interesado en el libro como fingía estar.

Bueno, está bien. Yo también puedo jugar este juego. Me senté dándole la espalda.

—Abuela —dije—, esperaba que tuviera algunos retratos familiares colgando.

—Hay tres en el salón de arriba —contestó.

—¿Los de 1800? Están fantásticos. Estaba esperando que haya alguno de mi abuelo y tuyo. Me encantaría ver pinturas de mamá y tío Paul cuando estaban creciendo. —Miré alrededor del cuarto. A pesar del espacio disponible en el escritorio, de la larga repisa de la chimenea y las paredes de estanterías, no había fotografías familiares a la vista.

—No me gusta mostrar las fotografías —dijo ella.

—Oh. Bueno, ¿tienes algunos álbumes familiares?

—No.

—¿Por qué? —pregunté.

—No apruebo tomar fotos de nosotros mismos. Es vanidad. Glorifica nuestra propia imagen.

Fruncí el ceño. —También nos permite recordar a las personas que quisimos.

Por el rabillo de mi ojo, vi a Matt girar su cabeza ligeramente.

—Mencionaste a mi primo —dije—. ¿Visita Wisteria a menudo?

Sus ojos miraron rápidamente al costado, mirando a Matt. —Él vive aquí.

—¡Oh, bien! ¿Estará para la cena?

Atrapé la mirada de diversión en sus ojos. —Sí.

—¿Cómo es él?

Una pequeña sonrisa iluminó las comisuras de su boca, como si estuviera disfrutando del juego. —Tendrás que decidirlo tú misma, Megan.

—Buen punto. No es justo juzgar a las personas antes de conocerlas realmente.

El placer que ella tomaba de nuestro rudo enfrentamiento me hizo convencerme de poner un fin a la misma. Me levanté y caminé hacia mi primo. —Así que no lo malinterpretes —dije—, sólo quiero saber, ¿eres tímido o sólo un snob?

Cerró el libro cuidadosamente y lo devolvió al estante, por lo que tuve una buena vista de su perfil, una cara bronceada muy fuertemente tallada para ser descripta como “linda”. Su cabello era marrón y espeso.

Cuando finalmente se volvió hacia mí, estaba preparada para devolver la mirada y regalarlo con lo que mis hermano llaman “carbones al rojo vivo”. Pero sus ojos me tomaron por sorpresa. Eran oscuros y hermosos, brazos profundas, como un río en una noche sin luna. Ahora sabía por qué esas tres chicas estaban yendo con él en su jeep.

Ambos retrocedimos un paso. Su intensa mirada haciéndome tambalear. — Soy Megan — dije, anclando mis manos en mis bolsillos para no retorcer mi cabello.

—Matt.

Siguió mirándome. Esperé que dijera algo más, pero no lo hizo. Deseé que fuera menos guapo, o menos imbécil. Preferiría no verme atraída a los chicos rudos y arrogantes. Hasta ahora, no lo había sido. —Un placer conocerte —le dije.

Él asintió, después se dio la vuelta y caminó más allá de mí para recoger su mochila. —¿Comeremos a las seis, abuela?

—Como siempre —contestó ella.

Al parecer, nuestra pequeña reunión familiar había terminado. —¿Podría ir a dar un paseo antes de la cena? —pregunté—. Me gustaría mirar los alrededores.

—Mantén la casa a la vista —advirtió mi abuela—. No queremos tener que ir a buscarte.

—¿A nadie le gustaría venir conmigo? —agregué, dando otra oportunidad de amistad. Quizás Matt se comportaría mejor cuando la abuela no estuviera cerca.

—No. —Su respuesta fue rotunda, pero fue más de una respuesta lo que conseguí de mi primo, quien dejó el cuarto silenciosamente.

—Lo siento, Matt —llamé—, pero no escuché tu respuesta.

Se dio la vuelta en el pasillo, un destello de irritación en sus ojos. —No. No, gracias.

Me encogí de hombros, deseando que fuera tan fácil apartarse de la extraña atracción que sentía hacia él.

Después de prometerle a la abuela que no me perdería, me dirigí al exterior. Rodeé la casa, asombrada por la extensión de césped e incluso más, los

altos árboles. Encontré el jardín de hierbas, lo que encajaba perfectamente con la forma de "L" creada por la casa principal y el ala del fondo. El roce de mis dedos contra las plantas desprendió una docena de olores deliciosos. Cuando salí por la puerta de la valla, vi lo que parecía ser otro jardín, rodeado por un muro de ladrillos rojo con rosas color crema cayendo sobre él. No lo había notado cuando Ginny condujo dentro, ya que estaba en el lado alejado del camino circular y yo había estado enfocada en la casa. Curiosa, me dirigí hacia ahí.

A medida que me acercaba, pude ver que era un cementerio, probablemente una parcela funeraria de la familia. Abrí la puerta de hierro forjado y entré. Algunas de las lápidas eran extremadamente antiguas, con los hombros caídos e inclinándose hacia delante como si estuvieran cansados, sus nombres y fechas ya no era más legibles. Había nuevos indicadores de granito y caminé hacia ellos para mirarlos.

Thomas Barnes, leí. El padre de mi madre. Toqué su lápida ligeramente, luego me volví al indicador junto a él. Era más elegante, con rosas talladas en él. **Abril Scarborough**. El nombre hizo eco en mi mente, como si alguien lo hubiera dicho en el extremo de un muy largo pasillo. Leí las fechas, me eché hacia atrás. Hice las matemáticas una vez: Había tenido tan solo dieciséis cuando murió. *Tenía mi edad.*

La tumba me dio una sensación extraña. No quise tocar su lápida. Me di la vuelta, repentinamente obligada a salir de allí. Cuando me iba, miré hacia la casa. El sol decreciente hacía destellar los paneles de vidrio; sin embargo, lo noté, el movimiento de alguien retrocediendo desde una ventana del segundo piso, como si tratara de no ser visto. Después de un momento, me di cuenta que la persona me había estado mirando desde mi habitación. Caminé rápidamente hacia la casa, pero el reflejo de la luz me hizo imposible ver adentro.

Una vaga inquietud se filtró dentro de mí. Desde mi llegada, ni la abuela ni Matt parecían interesados en llegar a conocerme. Pero, obviamente, alguien estaba lo bastante interesado como para mantener un ojo puesto en mí.

Capítulo 3

Traducido por Emii_Gregori
Corregido por Sirg

Regresé a la casa con cuarenta minutos de retraso, sintiéndome un millón de veces mejor, llena de la clara luz azul y dorada del río y del sol poniente. Entré a través del jardín de hierbas, subiendo por un porche poco notorio y abriendo una puerta que daba al pasillo trasero. El pequeño pasillo, el cual estaba bajo la escalera, conectaba el ala trasera con el pasillo central de la casa principal. Tenía puertas de servicio hacia el comedor y la biblioteca, y escalones que conducían hasta el ala trasera.

Allí encontré a la abuela en la cocina con un enorme fogón abierto. Una vieja estufa estaba colocada a mitad de camino dentro de una chimenea ennegrecida. Estaba de pie junto a ella, agitando algo en una olla.

—Entonces encontraste tu camino de regreso —dijo.

—Sí. Vi el río. Es increíble.

—Entonces no debiste haber albergado la casa a la vista —la abuela observó con astucia—. No puedes verla desde ningún lugar a lo largo de la orilla del río, no en esta época del año.

—Yo, uh, supongo que perdí de vista las chimeneas. Pero tengo un buen sentido de la dirección.

Ella no respondió.

—¿Debo arreglar la mesa? —ofrecí.

—Ya está arreglada.

Entonces estábamos comiendo en el comedor con todas esas pinturas apetitosas de zorros y ciervos muertos.

—Puedes comerte la carne y galletas. El resto se enfriará si Matt... bueno, ya era hora —le dije mientras él entraba por la puerta.

—Faltan tres minutos para las seis —contestó suavemente, luego se unió a ella en la estufa y comenzó a servir vegetales. Pude muy bien haber sido un taburete de cocina mientras él pasaba por delante.

Me comí el plato de carne y luego las galletas. Él y la abuela trajeron la sopa y los frijoles verdes. Ella se sentó en la cabecera de la mesa con Matt a su

derecha, lo cual me dejaba en el asiento frente a él. Por pura casualidad, estaba también frente al ciervo sangriento de la secuencia de caza.

—Siempre oramos primero —dijo la abuela mientras me sentaba.

Ella cruza sus manos, apoyándolas en el borde de la mesa, entonces hice lo mismo. Matt bajó la vista a su plato.

—Querido Señor —comenzó la abuela—, perdona nuestras ofensas este día. Aunque mentimos con nuestros labios y nuestros corazones, regrésanos a tu verdad, y concédenos misericordia en vez de la justicia que merecemos. Amén.

Era el rezo para la cena más sombrío que alguna vez haya oído. —Tal vez deberíamos dar gracias, también —sugerí—, siempre y cuando oremos antes de comer.

Matt alzó la vista.

—Puedes orar como quieras por tu cuenta —respondió la abuela, y luego me entregó el jamón—. Estoy aliviada al ver que tus padres no te criaron para ser una completa pagana; aunque, sin duda, han transmitido algunas ideas excéntricas.

—Sin duda —dije alegremente. Ella no iba a hundirnos ni a mí ni a ellos. Tomé un poco de carne, más de los frijoles verdes, y una galleta muy dura. Me fue repartido un tazón de sopa espesa.

Lo que parecía ser jamón era tan salado que era difícil de tragar. Era como si alguien hubiera pegado trozos de tocino falsos y luego los hubiera cortado ultra-delgados. —¿Cómo llamas a este tipo de carne? —pregunté.

—Jamón Smithfield —dijo la abuela—. Es una tradición.

Tomé un largo trago de agua, comí otro bocado, y luego mordí una galleta dura como una roca.

—Esas son galletas trilladas —me dijo la abuela—. Otra tradición.

Algunos de esos alimentos tradicionales de avión que había rechazado se veían bastante bien ahora. Probé los frijoles verdes, luego los devoré.

—Prueba tu estofado —ordenó la abuela.

Acerqué el plato y agarré con la cucharilla unas cosas de un color blanco grisáceo.

—No están crudas —dijo Matt—, no cuando están en el estofado.

—¿Qué cosa no está cruda? —pregunté, bajando mi cuchara.

—Las ostras.

Comí un bocado. Eran los mariscos más fangosos que alguna vez había probado, nadando en crema de leche. —¿Puedo agarrar frijoles verdes, por favor?

—No eres vegetariana, ¿verdad? —preguntó la abuela—. Me niego a alimentarte si lo eres.

—Estoy tratando un poco de todo, abuela —contesté con paciencia—, pero siempre me han gustado los frijoles verdes. —*Solían gustarme las galletas también*, pensé, tomando otro bocado de la cosa dura y plana.

—Parece como si sus padres la hubieran criado como una extremista de los derechos de los animales —le dijo la abuela a Matt—. Ambos siempre han tenido ideas extrañas.

Me molestaba ser referida en tercera persona, y me dolió oír a mis padres en el contexto, pero mantuve la calma.

—A papá no le gusta la caza —admití—, lo cual no es realmente sorprendente, ya que es veterinario. Pero, como sabes, abuela, su padre era un agricultor de la Costa Oriental. Papá fue criado con carne y todavía la come.

—No es natural evitar la carne —continuó.

—Mira —exclamé, frustrada—, ¡no soy vegetariana! Aunque las pinturas en esta sala están empujándome en esa dirección.

Los ojos de Matt chasquearon por la habitación, y luego volvieron hacia mí. Su oscura mirada era ilegible, pero al menos había dejado de pretender no verme.

—Entonces, ¿qué está haciendo tu indignada madre en estos días? —preguntó la abuela—. Es trabajadora migratoria, supongo.

Ella conocía a mamá mejor de lo que pensé. Dos cartas en condiciones de vida migratorias habían sido enviadas a los senadores la semana pasada.

Dirigiéndose hacia Matt, la abuela dijo: —Carolyn marchó por la integración, por el aumento de los impuestos para la educación, por condominios de lujo para pollos... para todo excepto por sentido común.

—Eso es una exageración —repliqué—. Para los pollos, ella apoyó apartamentos de dos dormitorios.

La boca de Matt se frunció, pero se quedó callado. La abuela comió de forma sombría su jamón y sus galletas. Obviamente, no tenía sentido del humor, lo que significaba que no iba a ser capaz de bromear para salir de una discusión.

—La universidad la arruinó —continuó la abuela—. La hizo una pensadora descuidada.

—Mamá dice que cuando llegó a la universidad averiguó lo ceñida de mente que era ella.

La abuela dejó su tenedor. —No había nada ceñido en la mente de Carolyn. Cuando dejó mi casa, ella veía el mundo de forma clara y sabía diferenciar el bien del mal. Después de irse cuatro años se hizo irremediabilmente enmarañada.

—Es fácil ver con claridad cuando todo lo que ves es blanco y negro —discutí—, cuando crees que todo tiene que ser uno u otro. Pero no es así.

—Lo que está clara para mí es que no fuiste criada con modales —respondió la abuela, con ojos brillantes. No le gustaba, pero le gustaba discutir—. No te enseñaron a respetar a tus mayores.

—Me lo enseñaron. Pero no lo finjo muy bien, y a pesar de lo que mamá y papá dicen, no respeto a las personas que no respetan a los demás.

Siguió un largo silencio. Mastiqué y escuché el tintineo de los cubiertos.

Finalmente, Matt apartó su silla. —Iré al cine esta noche. Alex vendrá a recogerme.

—¿Qué película? —preguntó la abuela.

—Azul Profundo. Se acaba de estrenar en el teatro de la Calle Principal.

—Esa película consiguió una gran crítica en el periódico Tucson —dije—. He estado esperando para verla. —Tal vez él tome la indirecta y me pida ir con él. Estaba ansiosa por estar con chicos de mi edad—. Se supone que la secuencia de la persecución es fantástica —añadí.

—Eso es lo que todos dicen —respondió—. Estaré en casa para la una —le dijo a la abuela, luego se levantó y recogió sus platos.

Yo no iba a ser invitada.

—Querrás decir doce y media —le dijo la abuela—. ¿Quién irá además de Alex?

—Kristy, Amanda y Kate.

—Oh, las chicas con las que estás estudiando hoy —aventuré por casualidad.

Él se dio la vuelta, sorprendido.

—El único con el que estudia es con Alex —me informó la abuela.

—¿En serio?

Matt me dio una mirada, la cual traduje en algo como “que te parta un rayo”, luego se fue.

Me senté, bebiendo agua, esperando a que la abuela terminara su comida. Cuando empujó la silla hacia atrás, hice lo mismo. —¿Tienes alguna instrucción especial para lavar los platos? —pregunté.

—Cada uno lava el suyo.

—Lavaré el tuyo —ofrecí—. Tú cocinaste.

—Nancy es la que cocina —me corrigió.

—Bueno, todavía estoy contenta de hacerlo por ti.

Pero, como dijo, cada uno lavó su propio plato. La abuela no podía doblarse en ninguno de sus modos.

Cuando la cocina estuvo limpia, me dijo que era su costumbre leer por la noche. Podría sentarme en la biblioteca con ella, siempre y cuando no hablara ni escuchara música. Su invitación no me dio sentimientos cálidos ni acogedores. Y dudé que ella aprobaría el libro que había tomado en el aeropuerto: La tapa mostraba a una mujer con un vestido rasgado y con los pechos al descubierto casi huyendo de una casa grande en una noche de tormentas.

Al final resultó que, sentarme dentro de un círculo de luz de una lámpara acogedora en la gran cama con dosel, con la noche densa cayendo alrededor de la casa de la abuela, era la manera perfecta de leer un romance gótico. Cuando oí a la abuela subir, me puse mi camisón, pero seguí girando las páginas. El rostro desquiciado del ama de llaves comenzó a parecerse al de Nancy, y el cocinero de buen corazón habló con la voz de Ginny. La historia se fundió en los eventos del día y mis ojos se cerraron.

Dos horas más tarde, me senté recta, golpeando mi libro fuera de la cama.

Había estado soñando con la casa de nuevo, jugando en la misma habitación acogedora con el techo inclinado y ventanas abuhardilladas. Pero mi viejo sueño se había hecho tan claro, tan real, que difícilmente podía creer que estaba despierta en una habitación diferente. En el sueño tenía un juguete nuevo: una casa de muñecas que era una miniatura de la casa de la abuela.

Arrojé hacia atrás el edredón y me deslicé por el borde de la cama. La noche estaba más brillante que cuando me había quedado dormida y el aire estaba más frío. Me puse una sudadera sobre mi camisón, luego permanecí de pie en la ventana que daba al jardín de hierbas. La naciente luna bañaba de plata los techos del ala trasera, tanto la lata brillante sobre el pórtico de cocina como las tejas de madera opacas que alcanzaban su punto máximo por encima de cada ventana del segundo piso. ¡Buhardillas y un techo inclinado! ¿Mi cuarto de juegos estaba en el ala trasera? ¿Era real?

Agarré rápidamente mi bolso y busqué mi llavero. Tenía una linterna anclada que, con la luz de la luna, era lo suficientemente brillante como para

iluminar mi camino. Abrí la puerta del dormitorio. El pasillo estaba iluminado tenuemente por una lámpara en una mesa a un lado. Todas las puertas estaban cerradas, justo como lo habían estado en la mañana.

Me giré para mirar mi despertador: 11:59. Dudaba que Matt estuviera en casa antes del toque de queda. Me deslicé por la ancha escalera, corriendo por delante del reloj de péndulo. En las sombras parecía haber otra persona, de pie, rígida y alta en el rellano de la escalera, mirándome con desaprobación. Justo cuando llegaba al final de la escalera, las campanas comenzaron a sonar para anunciar que eran las doce.

Un candelabro de pared alumbró la sala conduciéndome a la puerta que daba al pasillo trasero. Pasé las entradas de servicio del comedor y la biblioteca y fui de puntillas por los escalones hasta el ala trasera. Caminé hasta la cocina y abrí una puerta junto a una gran chimenea, luego seguí un pasillo que terminaba en una escalera esquinera.

Al llegar a la escalera, el sonido de un motor llamó mi atención. Estaban dejando a Matt. Rápidamente subí los estrechos y triangulares escalones.

La habitación en lo alto tenía un techo bajo e inclinado, alcanzando su punto máximo en el centro, con buhardillas en cada lado, como en mi sueño. Pero estaba vacío. Jugué con mi linterna sobre las paredes. Su rayo brilló en un objeto brillante, una perilla. Perfilé el rectángulo de un armario empotrado, y luego me acerqué y la abrí.

Algo corrió por mis pies. Puse la mano en mi boca para no gritar, y luego silencié mi risa —mi nerviosa risa. El ratón estaba probablemente igual de desconcertado. Dirigí la linterna al interior del armario y mi puño se apretó. Allí estaba, la casa de muñecas, una versión más pequeña de la casa Scarborough, hasta con el tragaluces en el ala trasera donde yo estaba parada.

Saqué la casa del armario y la llevé hacia un haz de luz lunar, luego me arrodillé ante ella. Había grandes bisagras en las esquinas, que permitían que todo el frente se abriera como un panel. Con cuidado la eché hacia atrás. En el interior había muebles en miniatura, réplicas de los que estaban en la casa real.

Me senté sobre mis talones, tratando de encontrar una explicación razonable para soñar con algo que nunca había visto, y luego verlo de verdad. Cuando era pequeña, solía fingir que estaba corriendo dentro de las imágenes de mis libros. Imaginaba los castillos de cuentos de hadas en tres dimensiones y soñaba con vivir dentro de ellos. Entre las fotos del tío Paul que había enviado mamá, recordé una foto de su muñeca Barbie. Es posible que la casa de muñecas estuviera en esas fotos y me hubiera imaginado dentro de ella, hasta que se convirtió en la casa de mis sueños.

En cuanto a la similitud entre esta sala y la habitación de mis sueños, había muchas formas de representar eso. La casa de campo donde mi familia pasaba sus vacaciones en Flagstaff tenía un techo inclinado y ventanas abuhardilladas, y siempre me gustó el lugar. Supongo que la convertí en una sala de juegos dentro de la casa de mis sueños.

Cerré la parte delantera de la casa de muñecas y la metí de nuevo en el armario. Cuando me levanté, noté una puerta que podría conducirme de nuevo a mi habitación por una ruta en el piso de arriba, pero jugué a lo seguro y fui por donde había venido. En la parte inferior de la estrecha escalera apagué mi linterna y me fui sin hacer ruido hacia la cocina. Después de asegurarme de que Matt no estaba teniendo un bocado nocturno, fui de puntillas por la cocina y hacia las escaleras que conectaban el ala a la casa principal. En el pasillo trasero me detuve abruptamente.

Matt estaba en la biblioteca, sentado en el escritorio de la abuela, de espaldas a mí. Estaba inclinado sobre un cajón, buscando algo, abriendo archivos y cajas, revisando los contenidos que yo no podía ver. ¿Qué estaba haciendo?

Por un momento pensé entrar de forma precipitada y preguntarle, pero entonces tendría que dar algunas explicaciones también. Me deslicé por el pasillo y pisé suavemente las escaleras a mi habitación.

Capítulo 4

Traducido por AMIT2 y alexiia ☪
Corregido por Ellie

El sábado por la mañana, Matt y yo llegamos a la planta baja al mismo tiempo, cerca de las diez. La abuela me saludó primero. —Te has perdido una hermosa mañana.

Y buenos días a ti también, pensé. Pero era un nuevo día, y estaba decidida a hacer que comenzara bien. —Ojala hubiera despertado más temprano —le dije—. Creo que todavía estoy al tiempo de Arizona.

Se dio la vuelta hacia mi primo. —No me gusta quedarme con las tareas, Matt.

—¿Qué tareas, abuela? —preguntó, luego se dobló por la cintura en un estiramiento de corredor.

Llevaba pantalones cortos y una camiseta, que mostraba el cuerpo musculoso de un chico que se ejercitaba a menudo. *Deja de mirar, Megan,* me dije.

—Vives aquí —le contestó la abuela bruscamente—. Sabes lo que tienes que hacer.

—Sí —respondió, con voz paciente—, ¿pero qué necesitas exactamente que haga?

—Mi coche tiene que ser lavado.

—Lo hice el jueves por la tarde, ¿recuerdas?

—Las canaletas de la casa deben limpiarse.

—He hecho la mayor parte de eso. Voy a terminar después del partido de fútbol esta tarde.

—No has rastrillado.

—Tendría más sentido en una semana.

—¿Hay algo que pueda hacer yo? —pregunté.

Matt me dio una mirada fría. La reflejé, y luego vi la chispa en los ojos de la abuela. A ella le gustaba el hecho de que no nos lleváramos bien.

—Puedo manejar las cosas —me dijo él.

¿Cuál era su problema? ¿Pensaba que estaba compitiendo por puntos para el postre? Parecía muy seguro de sí mismo para preocuparse por ser nada menos que el “número uno” para ella. Y aunque algo de esa confianza fuera una actuación, sabía cómo se sentía la abuela sobre los niños adoptados.

Tan irritada como estaba con Matt, estaba aún más enfadada conmigo misma por seguir dándole la oportunidad de ser grosero. Sin embargo, algo desafiante en mí, algo que se negaba a creer que ese era el verdadero Matt, siguió intentando.

—¿Saldrás a correr? —le pregunté.

Él asintió con la cabeza.

—¿Puedo ir contigo?

Cogió una botella de plástico de la mesa de la cocina y giró la tapa. —No.

—¿Por qué no?

—Estoy haciendo carreras serias.

Me picaba. —¿Lo que significa que no crees que pueda mantenerme a tu ritmo?

—Tal vez puedas —dijo encogiéndose de hombros, y luego tomó una vitamina.

—Entonces, ¿por qué no? En veinticinco palabras o más —añadí, cansada de sus respuestas cortas.

Me miró con sus ojos marrones oscuros. —Trabajo duro todo el año para mantenerme en forma para el *lacrosse*. Corro a través del campo, no en pequeños circuitos alrededor de una pista.

—En casa, mi padre y yo recorremos los senderos a través de las Catalinas —le dije—. Son montañas bajas, pero al lado de la costa este, se ven como las Montañas Rocosas.

Él asintió con la cabeza, sin dejarse impresionar. Abrió una botella diferente y tomó otra vitamina.

—Dime —le dije—, ¿qué tipo de suplemento tomas para desarrollar una actitud como la tuya?

Vi la grieta de una sonrisa, apenas una rendija. Luego empujó dos botellas hacia mí. —Sírvelte tú misma, aunque creo que tu actitud ha crecido lo suficiente.

Eché un vistazo a las botellas, que contenían vitaminas comunes, entonces me senté a la mesa de la cocina a beber mi jugo. Me habría gustado leer un periódico, algo para pasar la página por casualidad a la espera de que se fuera.

Cogí una caja de cereal y la estudié hasta que oí la explosión de la puerta de malla cerrándose. Por el raballo del ojo vi a la abuela marcar una página en la Biblia, entonces la puso en un estante junto a la ventana.

Volvió a la mesa, descansando las manos sobre el respaldo de una silla. — Tú no eres para nada como tu madre.

La miré, sorprendida. ¡Qué extraño comentario de alguien que nunca olvidó que no estaba relacionada a ella por nacimiento! —¿Esperabas que lo fuera?

—Los niños aprenden de la persona con la que viven. Incluso cuando era una adolescente, tu madre siempre fue de carácter dulce y amable con la gente. Nunca hubo un comentario duro para cualquiera.

—Aún no lo hay —le dije, dejando de lado la caja de cereal.

—Entonces, ¿de dónde has sacado esa lengua afilada? —preguntó la abuela.

Suspiré y me levanté. —No lo sé. ¿De dónde consiguió tu hija su dulzura?

Me fui a correr por mí misma esa mañana, siguiendo el camino de Scarborough lejos de la ciudad, pasando por un campo tras otro de siembra de maíz. Sabía que no debía esperar una invitación para el partido de fútbol por la tarde. Después de una larga ducha y un almuerzo rápido, le pregunté a la abuela si quería hacer algunas compras en la ciudad. Ella me informó que sólo se mezclaba con “la chusma” cuando era absolutamente necesario.

—Le diré a Matt que te lleve —añadió.

—Gracias, pero puede llegar por mí misma.

Me imaginé que era sólo un paseo de veinte minutos hasta las tiendas en la calle principal, y era demasiado orgullosa para aceptar cualquier viaje que ella hubiera ordenado.

En la tarde, cruzaba el puente sobre Wist Creek. Cuando di vuelta en la calle principal, vi una señal de advertencia: “**Sábado de Acera**”. Cerca de cuatro cuadras del puerto, la zona comercial se convirtió en una venta larga. Los libros de bolsillo estaban amontonados en carretillas a unos pasos de “Libros Urspruch”. Los móviles y los carillones de viento colgaban de un árbol de sicómoro en frente de la “Galería de Faye”. “Antigüedades Teague” había transformado su parche de ladrillos en un salón victoriano con sillas y un sofá. Grupos de personas paseaban dentro y fuera de los pequeños comercios, algunos de la multitud caminaban por la calle. Los coches se arrastraban a lo largo, al parecer utilizados para el estilo de vida de este fin de semana.

Cuando llegué a Yesterdaze, Ginny apenas tuvo tiempo de saludar. Su empleada de la tienda se había ido a casa enferma, lo que dejó a Ginny tratando de orientar a los compradores y cubrir el registro.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté—. Trabajo en el hospital veterinario de papá. Sé cómo contar el cambio y hacer ventas con tarjeta de crédito.

—Oh, querida, son tus vacaciones.

—Pero me gustaría hacerlo —dije—. Matt no quiere pasar el rato conmigo. La abuela no quiere salir con nadie. Esto me daría algo que hacer.

Ginny jugó con el collar de ámbar en su cuello. —Bueno, no me vendría mal una mano —admitió, con los ojos desviando la mirada detrás de un cliente—. De acuerdo.

Llevaba un delantal de trabajo bordado con el nombre de la tienda, armada con las formas de crédito y una caja de dinero, tomé mi lugar en una mesa al aire libre. Empaqueté y encajoné. Leí las etiquetas de precios y entorné los ojos en las licencias de conducir, copiando su número de control. Algunos clientes eran locales, pero la mayoría eran visitantes, muchos de Baltimore y Filadelfia. Disfruté viendo el desfile de gente y escuchando las conversaciones en torno a mí. Me enteré de que los compradores no son tan fáciles de tratar como los perros y los gatos.

Una persona mayor con el cabello moldeado en salón discutió con Ginny por vender una chaqueta que le había pedido a Ginny que mantuviera por más de dos meses. Su compañera enfermera, una mujer robusta, de cuarenta y tantos, recorría los pañuelos de encaje en la mesa de al lado. —Va a seguir así durante otros cinco minutos —dijo la auxiliar—. Tal vez diez. Hemos discutido todo el camino a dos cuadras de la calle principal. Siempre lo hace.

—Suenas como si no tuviera un trabajo fácil —le respondí con simpatía.

Ella se encogió de hombros. —Es más fácil que el anterior. La paga es mejor también. La Sra. Barnes cree que todavía es 1950.

Miré hacia arriba del rollo de monedas de veinticinco centavos que acaba de abrir. —¿La señora Barnes?

—Fuera en Scarborough House. —La mujer mantuvo la nariz arrugada e inspiró fuertemente a través de sus mocos, mientras miraba los elegantes pañuelos. Tenía miedo de que fuera a usar uno.

—Supongo que no eres de estos rumbos —dijo.

—Yo, uh, acabo de llegar.

—Bueno, déjame ponerlo de esta manera. La Sra. Barnes hace... —señaló hacia la mujer de edad avanzada— que ella parezca una santa para vivir. En

cuanto a la vieja casa escalofriante en el Wist, donde ella te dejaría alojarte porque te está pagando una miseria, bueno, yo no podría vivir allí por cualquier cantidad de dinero.

—¿Por qué? —le pregunté con curiosidad.

—Está embrujada.

Mis ojos se abrieron. La mujer vio que tenía un público interesado.

—Mi hermana me advirtió —parloteó—. Dijo que no era sólo la casa. Era la familia. Ninguno de los Scarboroughs estaba totalmente bien de la cabeza. Es por eso que la hija de la señora Barnes se escapó como lo hizo. Tenía que escapar.

—¿De qué?

—De Avril Scarborough, supongo.

Reconocí el nombre en la lápida.

—Fue asesinada, ya sabes.

—Asesinada —repetí con incredulidad.

La cabeza de la mujer se balanceaba. —La familia lo encubrió. Dijo que fue un accidente. No lo fue.

—¿Cómo sabe que no lo fue? —le pregunté.

—He visto al fantasma. En el alerón trasero, la habitación de arriba de la cocina, la única noche que me quedé a l . Di lo que quieras, pero la gente felizmente muerta no vuelve para atormentar a los vivos.

—Alice —dijo la mujer mayor entre dientes—. Estoy lista para irme.

—Nunca me pregunta si yo estoy lista —murmur  Alice hacia mí, entonces se adelant  para tomar del brazo a la mujer y le guió por la calle.

Me qued  mirando detrás de ellas. Mi madre me lo habría dicho si alguien en su familia hubiera sido asesinada. *Son sólo chismes agravados por la imaginación de Alice*, pens .

Durante la siguiente hora estuvimos muy ocupadas. En silencio, mientras recorría con mi dedo la tabla de impuestos y rellenaba con tejido las cajas, estuve preguntándome qué podría haber inspirado la historia de Alice.  Una pequeña ciudad aburrida?  Los celos por una familia que tenía más dinero que otros?  O hubo un acontecimiento sospechoso que podría haber sido interpretado de esa manera?

Me sentía tan perdida en mis pensamientos, que no o  lo que una cliente me había dicho. —Lo siento,  qu ?

La chica pelirroja me miró, con los ojos muy abiertos y claros, y sonrió un poco. —Yo no he dicho nada.

Estaba segura que ella había dicho algo, pero tal vez fue la chica rubia que se había detenido junto a sus dos amigas para revisar los artículos sobre nuestras mesas de acera. Se veía como la pasajera que había visto ayer en el asiento delantero del jeep de Matt. Sus dos amigas hacían eco a cualquier opinión que la rubia tenía. Si a ella le gustaban las carteras de cuentas, a ellas les gustaban las carteras de cuentas. Si ella pensaba que la joyería era para ancianas, ellas pensaban que la joyería era para ancianas.

Me di cuenta que la pelirroja miró a las chicas una o dos veces, como diciendo “hola”, pero ellas no la reconocieron. *Esnobs*, pensé. Ella parecía acostumbrada a que le hicieran esto, así que volvió a su propia vida, levantando una cadena con un colgante de piedra color azul claro. La gema tenía la misma mirada mística que sus ojos.

—Adelante, pruébate —le dije—. Hay un espejo adentro de la tienda.

Rápidamente lo dejó. —No lo puedo comprar.

—¿Y? No significa que no te lo puedas probar.

Me miró con incertidumbre, y luego sonrió, agarró el collar, y entró.

Cuando me dirigí a una mujer que esperaba para comprar un collar de encaje, vi que las dos “ecos” me miraban, pero la rubia rápidamente les llamó la atención con un comentario sobre la joyería vieja y fea de la tienda. Me centré en buscarle a mi cliente la caja del tamaño correcto, sacando un pedazo de cartulina y luego ajustando las pestañas en las ranuras.

—¡Matt! ¡Hey, Matt! —dijo la rubia, y levanté la vista.

Mi primo y otros tres chicos se dirigían hacia ella y sus amigas.

Así que así es como luces cuando sonríes, pensé. Era una sonrisa increíble, acepté de mala gana, y luego forrando la caja de mi clienta con tejido.

—Hola, Kristy —saludó a la rubia—. Amanda, Kate.

—Te echamos de menos —Kristy le dijo—. No te vimos en el juego.

—Oh, creo que sí lo hiciste —contestó a la ligera—. Estaba sentado con Carlos, ¿recuerdas?

—Tu compañero de deportes. —Oí burla en su voz, levanté la vista, y también lo vi en su cara.

—Él es mi compañero de equipo —dijo Matt, sin dejar de sonreír—. Uno siempre está sentado con sus compañeros de equipo —añadió, señalando a las “ecos”.

¡Chico, sí que sabía cómo coquetear con esos ojos! Las chicas a ambos lados rieron.

—Son amigas —le dijo con voz falsa—. No jugamos en algún deporte.

—Fiestas —dijo—. ¿No es eso?

Todos se rieron.

Sellé el recibo de mi cliente con un golpe irritado. *¿Por qué era tan coqueto y encantador con algunas personas y tan imbécil conmigo?* Le entregué a mi cliente su compra.

—Muchas gracias. Vuelva pronto —dije en voz baja.

Aparentemente, no lo suficientemente baja. Estaba girando mi George Washington boca arriba, contando los billetes pequeños, cuando me di cuenta que Matt y su grupo de amigos habían dejado de hablar. Levanté nuevamente la vista y lo encontré mirándome.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó. Sonaba como si me hubiera encontrado violando la ley.

—Trabajar. ¿Tienes algún problema con eso?

El chico rubio junto a Matt lo miró y sonrió.

—Se supone que debes estar visitando a la Abuela —me dijo.

—No recuerdo haber programado mi horario contigo.

Su amigo se rió en voz alta, lo que molestó a Matt.

—De hecho —añadí—. No recuerdo que mostraras ningún interés en lo que hago.

Todos, menos el chico que sonreía, parecían incómodos. Kristy se acercó a mi primo. —¿Quién es ella?

Me dio escalofríos su tono.

—Megan, una especie de prima.

—¿Qué quieres decir con “una especie de”? —preguntó el chico que sonreía.

—El padre de Matt es una especie de tío —le dije.

El chico miró a Matt y luego a mí. Había un brillo en sus ojos azules, una chispa de risa. Me agradó inmediatamente. —Así que, ¿quién eres? —le pregunté sin rodeos.

—Alex Rodowsky. —Extendió su mano derecha—. Una especie de amigo de tu primo. Espero que él no esté de este mal humor en su casa.

—Lo está.

Matt frunció el ceño.

—Cuando empieza a estarlo conmigo —dijo Alex—, simplemente lo ignoro.

—¿Es común que esté así? —le pregunté— ¿Cuánto tiempo está así? —*¡Que mueca!*

—¿No lo sabes? Tú eres su prima —Alex señaló.

—Nos conocimos por primera vez ayer. Aunque a Matt no le he agradado desde mucho antes.

Alex me miró perplejo. Oí a Matt tomar aliento y dejarlo escapar lentamente.

—Tal vez deberíamos hablar en casa, Megan.

—¡Eso sería un cambio agradable!

—¿Megan? —dijo Ginny a través de la puerta—. ¿Me puedes dar veinte dólares?

—Estoy en eso —le dije, anillando la pila de billetes que estaba contando.

Los amigos de Matt se fueron. Al ver la forma en que las chicas inclinaban sus cabezas juntas, me di cuenta que hablaban de mí. Agarré la caja con efectivo para llevarla al interior, pero Ginny me recibió en la puerta. —Gracias, cariño. No sé qué haría sin ti.

Regresé a mi puesto al mismo tiempo que Alex tiraba a Matt detrás, apartándose del grupo.

—¿Qué es eso de *una especie de*? —preguntó, sin molestarse en bajar la voz, tal vez pensando que todavía estaba adentro—. ¿Lo es o no?

—Legalmente lo es, pero en realidad no —respondió Matt—. Es adoptada.

—Lo que significa que puedes salir con ella —dijo Alex— ¿Estás interesado?

—No —respondió Matt rápidamente.

—Bien. Yo sí lo estoy.

—Ella tiene una boca —advirtió mi primo.

Su amigo se encogió de hombros. —Hace que sea más fácil besarla.

Matt debió haber hecho una cara extraña, porque Alex se rió de él, luego se alejó para unirse a los demás. Matt miró por encima de su hombro. Se quedó un poco boquiabierto cuando se dio cuenta que yo estaba allí de pie.

Me di la vuelta cuando la pelirroja salía de la tienda.

—¿Quieres ver cómo se ve? —preguntó, sonriendo tímidamente—. La Señorita Ginny me dijo que me probara estos pendientes con el collar. La piedra es de color aguamarina.

—¡Sabía que se vería genial en ti!

Ella tocó ligeramente la piedra, entonces de mala gana desabrochó el cierre.

—¿Demasiado?

—Sí —dijo, entregándomelo. Eché un vistazo a la etiqueta.

—¡Whoa! Eso es un montón de Big Macs.

Lo puse de nuevo en su caja de terciopelo, con los pendientes a un lado.

—Soy Sophie. Sophie Quinn.

—Megan Tilby —le dije.

—Encantada de conocerte. Yo, eh, estaba de pie en la puerta cuando Matt estaba hablando con Alex —dijo Sophie—. ¿Matt es tu primo?

—Legalmente. —*Maldición, pensé, ahora yo voy a hacer esa distinción*—. Estoy de visita por dos semanas.

—Espero que la pases bien. Probablemente no debería preguntar esto pero... ¿Matt te dijo algo acerca de las chicas de la escuela y, bueno, quién le gusta?

Me eché a reír al pensar en él confiándome algo, entonces me ahugué, al darme cuenta que Sophie podría estar enamorada de él. —¿Por qué? ¿Te gusta?

Se sonrojó un poco. —Todas las chicas de la clase superior están interesadas en él —me dijo—. Y Matt nunca deja ver quién realmente le gusta, lo que hace a todas las chicas volverse locas.

Negué con la cabeza. —Lo siento, no tengo idea. Realmente no lo sé.

Sophie asintió con la cabeza. —Supongo que es una de esas personas que se llevan bien con todo el mundo.

Casi todo el mundo, pensé.

Capítulo 5

Traducido por majo2340
Corregido por Ellie

A las cuatro, Ginny me dijo que tomara un descanso y me envió a “Hojas de Té” con un poco de dinero. Pensando que la cena de esta noche serían las sobras de la noche anterior, derroché un pedazo de pastel de queso de chocolate.

La cafetería era un lugar cómodo, con un suelo de baldosas gastadas con mesas y sillas pintadas, ninguno haciendo juego. En la parte trasera había una caja de cristal llena de productos de panadería, así como una nevera con yogures y ensaladas. Una señora con pelo rizado y un hombre, que parecía un soldado de infantería de cincuenta años de edad, guardaba las pastillas mientras esperaban los clientes. El hombre tenía un rostro redondo y agradable, que aumentó con facilidad en una sonrisa. Llamaba a muchos de los clientes por su nombre.

Llevé mi postre a una mesa junto a la ventana que daba hacia la bahía, contenta por la oportunidad de sentarme. Había un cartel en la ventana, sus letras se desvanecieron, pero todavía era legible: “Fortunas”, decía. Bueno, no tenía necesidad de ser psíquica para saber que me esperaban dos semanas difíciles. *¿Por qué le disgusto tanto a Matt?*, me preguntaba. Nunca había tenido problemas para hacer amigos. Era como si hubiera tomado una decisión acerca de mí antes de que nos conociéramos.

Tomé un bocado de pastel de queso, y luego otro. *Deja de tratar de entender a Matt*, me dije. *Él es un idiota.*

—¿Todo bien?

El hombre de cara redonda había venido de detrás del mostrador para limpiar las mesas. —Si no le gusta su elección, podrá disfrutar de otra cosa.

Me di cuenta de que debe haber sido por mi ceño fruncido.

—Lo que tú quieras. Va por la casa —agregó.

—¡Oh, no! —dije rápidamente—. Es la mejor tarta de queso que he comido.

Sonrió. —Y sabes, no te dará una sola caloría, siempre y cuando sólo la mires. —Se rió de su propia broma y me reí con él—. Tú no eres uno de mis clientes habituales —observó—. ¿Sólo de visita por el día?

—Por un par de semanas —le contesté—. Me quedo con mi abuela.

—¿Y quién podría ser?

—Helen Barnes.

Dejó de limpiar una mesa y me miró con sorpresa. Me preparaba para otra extraña historia de Scarborough, pero era otra la causa de su asombro.

—No sabía que tenía una nieta.

—Y dos nietos —le dije—. Quiero decir, además de Matt. Tengo dos hermanos menores.

Se enderezó. —¡En serio! Deben ser los hijos de Carolyn.

—Carolyn y Kent Tilby. —Hice un duro esfuerzo para que mi voz sonora frágil. No era culpa de este hombre que nunca nos haya mencionado la abuela.

—Tilby. Tenían una granja en Oyster Creek.

Asentí con la cabeza.

—Carolyn y Kent se conocieron en la universidad. Ahora lo recuerdo. No sabía que hubieran tenido niños. Bueno, bienvenida. Es un placer tenerte. Diles a tus padres que Jamie les dice “hola”. Riley es mi apellido, aunque nadie me llama así. Jamie. —Extendió una mano húmeda y se la estreché—. Antes, cuando me conocían, mi padre dirigía este lugar, y yo tenía sueños más grandes que la masa de hoja libre. Pero resultó que la cocina es lo que ha go bien —agregó.

—Muy bien —estuve de acuerdo, deslizando un bocado de pastel de queso en mi boca—. ¿Quién adivina el futuro?

—Mi madre. —Miró hacia la ventana—. Debería deshacerme de ese cartel. Ella es demasiado vieja. Por supuesto que está siempre dispuesta a hacer una lectura a un local. ¿Qué te parece? Estoy seguro de que mamá estaría interesada en conocerte —agregó antes de que pudiera negarme—. Ella ha conocido a los Scarboroughs toda su vida. Cuando era una adolescente, trabajó para ellos, e incluso vivió en su casa por un tiempo.

—¿Ella lo hizo? —Su madre probablemente sabría si había algo de verdad en la historia de Alice—. Me encantaría conocer mi fortuna.

—Voy a llamarla y preguntarle si puede hacerlo. Vivimos justo arriba del negocio —agregó, señalando a la escalera que subía la pared lateral de la cafetería—. Hace que sea un viaje fácil hacia el trabajo.

Sonreí. —Gracias.

Después de terminar la tarta de queso, me acerqué al mostrador de la panadería para comprar unos pasteles para Ginny y unos panecillos para mí. Acababa de hacer la selección final, cuando oí la voz de Jamie detrás de mí: —Aquí está, mamá.

Me di la vuelta. La señora Riley era una mujer pequeña con pelo castaño oscuro, de la edad de mi abuela, o más.

—Mamá, esta es Megan Tilby.

—Hola, señora Riley.

Ella me miró, pero no habló.

—Esta es la nieta de la señora Barnes —añadió Jamie, un momento después—. Carolyn y el chico Kent —dijo, como tratando de empujar una respuesta de ella.

Pero ella me miró. El tinte de pelo que usaba hacía que su cara se vea pálida. Las líneas alrededor de su boca eran profundas.

—Hola —dije de nuevo, un poco más fuerte esta vez, en caso de que tuviera problemas de audición—. Es un placer conocerla.

Le tendí la mano. Ella no la tomó.

—¿Mamá? —Jamie parecía tan desconcertado como yo—. Esta es la joven que quiere que le leas su fortuna —le dijo.

Ella se volvió hacia él, sus ojos brillantes. —Eres un tonto por decir que lo haría. No voy a mirar en las cartas para ella. —Luego atravesó la habitación y subió las escaleras, moviéndose rápidamente para ser una anciana.

Jamie tenía la cara roja de vergüenza. —No sé qué decir —balbuceó—. Lo siento mucho, Megan. Ella no es siempre agradable, y no ha estado bien últimamente, pero no me esperaba esto.

—No te preocupes por eso —le aseguré—. Ella probablemente esté cansada. Voy a volver en otro momento.

Él asintió con la cabeza, pero aun así parecía sentirse avergonzado, ya sea por sus sentimientos o los míos, no estaba segura.

—En realidad —me dijo—, no es gran cosa.

Pagué mis compras y tuve la sensación de ser la mujer de la mitología, la que tenía serpientes por cabellos Medusa. Una mirada, y algunas personas se convertirían en piedra.

La abuela me dio permiso para comer con Ginny esa noche. Cerramos la tienda a las seis y media y fuimos a cenar. Durante la comida, Ginny me preguntó si estaría interesada en reemplazar a su empleada enferma a partir del lunes. Aproveché la oportunidad. Me encantó toda la actividad de la calle principal, y me sentí aliviada de que alguien en Wisteria me quisiera a su alrededor.

En el momento en que llegué a casa esa noche, Matt se había ido a un baile de la escuela. Me uní a la abuela en la biblioteca, dispuesta a decirle qué y a quién había visto en la ciudad. Pero ella me respondió tan negativamente a las primeras cosas que me di por vencida y antes de llegar a la extraña señora Riley.

Me metí en la cama esa noche, agotada. Aun así, daba vueltas. El reloj de pie en el tramo de la escalera sonaba cada cuarto de hora. Un viento frío sacudió las persianas y cristales de las ventanas, y envió un frío descenso por las chimeneas de la casa. La puerta de mi cuarto se sacudió tan fuerte que sonaba como si alguien estuviera tratando de entrar, me levanté y la aseguré firmemente. Por último, me quedé dormida.

Pasó algún tiempo después, cuando se había instalado un extraño silencio, que volví a ser consciente de mi entorno. Una voz me despertó.

—*Mi nombre es Avril.*

Mis ojos se abrieron de golpe y miré a mi alrededor. El susurro carecía de la calidez de una voz humana. No estaba segura de si estaba dentro de mi cabeza o fuera. Me quedé lo más quieta posible, para escuchar. Mi piel empezó a picar.

—*Mi nombre es Avril.*

Me senté y tiré de la manta a mí alrededor. Mi piel se sentía como si estuviera serpenteando de mis huesos. —¿Quién anda ahí?

Silencio.

Miré a la puerta del dormitorio, esperando a que algo sucediera, que alguien susurraba a mi oído de nuevo. Mi respiración se sentía atrapada dentro de mi pecho, mi corazón latía con fuerza.

Tienes que elegir, me dije. Puedes quedarte aquí el resto de la noche, o puedes probar que no era más que una voz en un sueño, que tu imaginación te estaba jugando una mala pasada.

Salí de la cama, de puntillas hasta la puerta. Tomé una respiración profunda, que se quebró lentamente y luego di un tirón hasta abrirla de par en par.

Nadie. Nada. Sólo el tic-tac del gran reloj. Caminé en silencio en la sala. La cara blanca del reloj mostraba unos minutos después de la una de la madrugada.

La puerta de Matt estaba cerrada, al igual que la de la abuela, lo cual no significa en realidad que estaban en sus habitaciones. Con la interconexión de las chimeneas de la casa y el sistema de calefacción antiguo, sería bastante fácil

que un susurro del piso de abajo se oyera en las habitaciones de arriba. *¿Matt se estaba divirtiendo conmigo?*

Caminé rápidamente hacia la ventana del pasillo para comprobar su jeep; él estaba en casa. Sin embargo, jugar el fantasma parecía demasiado problema para él. Escuché por un momento frente a la puerta de su habitación, esforzándome por oír algunos indicios de que estaba despierto. No había sonidos más que los del reloj. Me di por vencida y me dirigí a mi habitación. Al pasar por el espejo del pasillo, me miré, luego me congelé.

Allí, en el cristal antiguo, la vi, nada más que luz en el fondo, un jirón de niebla cambiando hasta tomar la forma de una chica. Me quedé mirando la niebla en el espejo, tratando de entender lo que estaba viendo. *¿Avril?* Me sentí helada por todas partes.

Corrí a mi habitación y cerré la puerta detrás de mí. No se trabó. Cuando llegué a mi cama, oí que la puerta se abría de nuevo, pero tenía demasiado miedo de mirar hacia atrás. Con manos temblorosas, me metí bajo mi colcha en una carrera para meterme en la cama. Me quedé boquiabierta con incredulidad. ¡Ella estaba allí! ¡Ella estaba parada delante de mí!

No, era yo la que estaba mirando hacia abajo. ¡Y yo estaba muerta! Apreté y cerré los ojos y puse mis manos sobre mi boca. Apenas se hicieron eco los gritos muy dentro de mí.

Cuando abrí los ojos otra vez, estaba en la cama, cálida y segura bajo mi edredón. *Fue un sueño, me dije, sólo un sueño aterrador.* Entonces volví la cabeza en la almohada y vi que la puerta que había trabado antes estaba abierta de par en par.

Capítulo 6

Traducido por Malu Cullen
Corregido por TwistedGirl

El sábado en la mañana, tan pronto como salí de la cama, sentí el viento: una corriente de aire congelado entre la chimenea y la entrada de mi habitación. Me apresuré, a través del frío piso, para cerrar la puerta. Recuerdos de la noche anterior se estrellaron contra mí.

Fue sólo un sueño, me dije a mí misma. El susurro, el fantasma del espejo... No eran más que fruto de una pesadilla por lo que un cliente me había dicho. Mientras la puerta estaba abierta, las casas viejas no eran herméticas; no era sorprendente después de una noche ventosa.

Me vestí rápidamente, agradecida de que mi madre me hubiera hecho empacar un cuello de tortuga de mangas largas y un suéter. Cuando llegué a la cocina, ni Abuela ni Matt estaban alrededor. Hice una humeante taza de té y me la llevé hacia el jardín.

La corriente de niebla estaba bañada con la temprana luz solar. En el jardín, cada hoja estaba empapada de rocío, desde las agujas finas de romero hasta las más pequeñas lágrimas de tomillo, brillaban. Caminé hacia la cerca de madera que bordeaba el jardín, parando en la puerta, mirando hacia el cementerio familiar. Desde una distancia, las rosas se veían como suaves manchas rosadas y blancas contra la pared de ladrillo. Pensé en la voz de anoche. ¿Era posible que... la chica enterrada allí hubiera subido a la casa? Me estremecí.

—¿Necesitas otro suéter?

No había oído a Matt acercarse.

—No, gracias.

—Pareces congelada.

Él estaba usando una camiseta de manga corta con sus jeans. Me transformaría en un iceberg antes de admitir que tenía piel de gallina bajo mi suéter.

—No lo estoy.

—¿Cómo dormiste anoche? —preguntó.

—Bien. Genial.

Podía verlo en sus ojos, no me creía.

—¿Porqué no habría dormido bien? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Si no estás acostumbrada a una casa antigua, puede ser ciertamente un escalofriante lugar cuando sale el viento.

Estudió mi rostro, y yo, a cambio, estudié el suyo.

—Supongo que tengo el sueño pesado —dije—. ¿Qué hay de ti?

—Yo tengo el sueño ligero. Simplemente escucho todo.

¿Como el grito sordo de una chica?, me pregunté. Tomé un sorbo de té.

—Así que, ¿pasaste un buen rato anoche? —pregunté—. Me refiero al baile, no a después. —Lo observé sobre el borde de mi taza. Pero si había estado en algo después, como susurrando en una voz fantasmal, no lo demostró.

—No. Siempre he odiado los bailes escolares.

—¿Entonces por qué fuiste?

—Todos esperan que lo haga —replicó de manera resolutiva.

—¿Siempre haces lo que otros esperan?

Un lado de su boca se elevó en esa sonrisa de suficiencia suya.

—No siempre.

—Estás en lo cierto sobre aquello. La mayoría de las personas esperarían que fueras amistoso con una prima a la que acabas de conocer, o al menos educado con un invitado de la casa.

Él desvió la mirada.

—Escucha, Matt, yo no quería venir aquí.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

—La Abuela me lo pidió —repliqué.

—¿Siempre haces lo que los demás te piden?

—No siempre —dije, dándole la misma sonrisa de suficiencia que él me había dado hace un momento—. Mi padre me convenció. Y no estoy haciéndole la pelota a la abuela. . . No estoy aquí por su dinero, si es por lo que estás preocupado. Papá espera que pueda sanar las cosas entre la abuela y mamá. Yo creo que está equivocado pero, sea como sea, estoy encantada de estar aquí.

Matt permaneció en silencio.

—Creo en sacar lo mejor de una situación —agregué—. ¿Por qué sigues tratando de sacar lo peor de esto?

No respondió, sólo miró mi rostro como si estuviera buscando algo.

—Es una lástima que tengas unos ojos tan hermosos.

Viéndolo pestañear, me di cuenta de que había dicho eso en voz alta.

—No tienes problemas dejando a tu mente hablar —replicó, esos ojos ahora brillantes con diversión.

Me giré lejos de él.

—La Abuela está de pie en la ventana, esperando que nosotros entremos, y parece molesta.

Me dirigí hacia el porche y Matt me siguió.

—Buenos días, abuela —la saludé mientras entrábamos a la cocina.

—Buenos días, Megan. Matt, estás levantado temprano para un domingo. Te escuché entrar después de la medianoche ayer. ¿Estás enfermo?

—No.

—Bueno, por una vez puedes tener un buen comienzo en tus estudios —remarcó ella.

Él asintió, caminó hacia la alacena de la cocina, y sacó un vaso.

Ella se volvió hacia mí.

—Megan, tu madre ha escrito que eres una estudiante con honores. Tal vez puedas ayudar a Matt.

Vi la mano de Matt apretarse alrededor del vaso, y sacudí mi cabeza. —No, él está un año por delante de mí.

—Pero estás tomando cursos avanzados y yendo directo hacia las A —insistió la abuela.

La miré, sorprendida. Aparentemente tenía más contacto con mi madre del que había notado.

—Matt definitivamente no está obteniendo calificaciones de A... o incluso de B —continuó.

¿Por qué estaba comparándonos? Dudaba que fuera orgullo de abuela por mis logros.

—Nunca ha sido buen estudiante —continuó.

Matt puso jugo en su vaso, su rostro inexpresivo.

—Tal vez puedas motivarlo —agregó la abuela.

Esto no era sobre motivación, era una comparación animada a hacer que yo le desagradara incluso más de lo que ya lo hacía.

—Gracias por dejarme cenar con Ginny —dije, cambiando el tema deliberadamente.

La abuela asintió y comenzó a comer su banana.

—Estaba impresionada con la forma en que te las arreglas con los clientes. Matt, ¿escuchaste que a Megan se le ofreció un trabajo?

Él nos dio la espalda mientras devolvía el cartón de jugo al refrigerador.

—La vi trabajando ayer.

—¿Sabías que le pidieron que continuara?

—Eso es bueno —replicó él.

—He querido que Matt consiga un trabajo desde la última primavera.

—Bueno —dije ligeramente—. Realmente no puedo verlo vendiendo bolsos y pañuelos de encaje.

Ella no sonrió, y no estaba desviada de su objetivo. —Él reclama que tiene suficiente que manejar con sus deportes y la escuela y, por supuesto, su vida social. Supongo que es mi culpa por seguir dándole dinero.

No estaba metiéndome en eso. Y no iba a animarla para jugar contra él.

—¿Alguien quiere un Muffin? —pregunté, recuperando la bolsa del mostrador donde la había dejado anoche—. Son de “Hojas de Té”.

Matt no respondió. La abuela miró hacia la bolsa, entonces se sumergió en un silencio, tomando su café. ¿Había tenido su parte, o estaba descansando antes de descargar otra ronda de fastidiosos comentarios?

Lavó sus platos, luego caminó hacia el estante donde la había visto poner su Biblia el día anterior.

—¿Dónde está? —preguntó, girándose rápidamente hacia nosotros.

—¿Dónde está qué? —preguntó Matt casualmente, soltando una rebanada de pan en la tostadora.

—Mi Biblia.

—¿No está en el estante? —Giró su cuello para mirar alrededor de ella.

Sus ojos me taladraron. —¿Quién de ustedes la ha tomado?

—No la he tocado, abuela —dije, sorprendida por su tono acusatorio.

—Y tú sabes que yo nunca lo hago —agregó Matt.

—Alguien la movió. La puse aquí anoche. Siempre está aquí —insistió.

—Tal vez la llevaste a otra habitación —sugerí.

—No lo hice. Sé lo que hago y lo que no.

—Pero todos pierden cosas —razoné con ella—. Miraré en la biblioteca.

Era una excusa para alejarme tanto como deseaba ayudar. Parecía empeñada en hacer un escándalo esta mañana, y yo no quería ninguna parte de eso.

Revisé su escritorio primero, luego las repisas y el mantel. Matt entró y comenzó a buscar incluso más exhaustivamente, entre mesas y sillas, bajo una pila de revistas. Me giré hacia el escritorio y traté de abrir los cajones, en los que él había estado buscando la noche del viernes.

—Están cerrados —dijo.

—¿Dónde está la llave?

—No lo sé —replicó—. Hay algunas cosas que la abuela no le cuenta a nadie.

Excepto a ti, pensé.

—La Biblia no estaría ahí de todos modos —añadió.

—¿Cómo lo sabes, si el escritorio está cerrado?

Sus ojos encontraron los míos fijamente.

—He visto los cajones abiertos cuando ella está trabajando. Están llenos de basura. No hay espacio para nada más. —Se giró para observar los estantes de libros—. ¿Estás segura de que no la tomaste o la alejaste de ella?

—Estoy segura.

Sus ojos continuaron viajando por los volúmenes de libros.

—Si la puso en uno de esos estantes, tendremos suerte si la encontramos.

Estaba actuando como si tuviéramos un gran problema en nuestras manos.

—Aparecerá tarde o temprano —dije—. Y si no lo hace, puede comprar una nueva... Aún las imprimen, ¿sabes?

Él no sonrió.

—Mira en la habitación de música, yo buscaré en el salón.

Revisé la habitación exhaustivamente; nada excepto polvo se había asentado ahí por un largo tiempo. Volví a la cocina, figurándome que la abuela había encontrado el libro o decidido que no era importante.

Ella se giró cuando me escuchó entrar. —Es un pecado robar.

—Lo sé, abuela. Los Diez Mandamientos están clavados en mi habitación.

Me miró, entonces comenzó a pasear para allá y para acá.

—La encontraremos —le aseguré—. Mientras tanto, es domingo. ¿Hay algún servicio de iglesia que te guste en el pueblo? Estaría encantada de ir con...

—No voy a la iglesia —replicó cortante—. Me niego a sentarme entre los hipócritas del pueblo. Como los ministros estos días, no pueden definir qué está bien y qué está mal.

Matt volvió. —¿Debería buscar en tu habitación, abuela?

—Deberías revisar la habitación de Megan —replicó.

Abrí mi boca para protestar. Su sospecha era insultante. Pero si una búsqueda lo aclaraba... —Oh, qué demonios, revísala —dije.

Los tres subimos las escaleras. Matt revisó mi habitación, *tardándose demasiado*, pensé. La abuela revisó su habitación. Me ofrecí a revisar la suya pero fui recibida con una mirada que podría cortar el acero. Me senté en el escalón de encima, nerviosa, luego me puse de pie y caminé en círculos. Cuando pasé frente al espejo antiguo del corredor, me vi a mí misma enojada y a punto de explotar.

Los dos volvieron con las manos vacías.

—Alguien será castigado por esto —declaró la abuela.

Sonaba absurdamente seria.

—Tal vez el fantasma la tomó —sugerí.

—No tenemos un fantasma, Megan. No quiero escuchar ese tipo de cosas sin sentido viniendo de ti.

Estaba sintiéndome desafiante. —Alguien llamada Alice, que solía trabajar aquí, me dijo que lo vio.

—Alice Scanlon es una mentirosa.

—Dijo que el nombre del fantasma es Avril.

Las pupilas de la abuela estaban de color negro dentro de los bordes de sus irises de azul pálido. Matt sacudió su cabeza, señalándome que me mantuviera en silencio.

—En mi caminata del viernes, visité el cementerio familiar y vi la lápida de Avril. Murió joven.

—Tenía la misma edad que tú —replicó la abuela—. Y era igual de descarada.

—¿Cómo murió?

La abuela me miró por un largo tiempo, las pupilas de sus ojos inestables.

—Tú cruel, chica ruda, preguntándome de algo como eso. No eres parte de la familia. ¿Por qué te lo diría?

—Para que cuando la gente diga cosas, como que fue asesinada, sabré cómo corregirlos.

Ella se giró de repente, dirigiéndose hacia su habitación, y cerró de un portazo la puerta detrás de ella. Hubo un momento de tranquilidad, entonces la escuché ponerle seguro a la puerta.

Miré hacia mi primo, esperando que me diera una razonable explicación por su extremo comportamiento.

—Buen trabajo —dijo—. La próxima vez que quieras sacarla de quicio, hazlo en un día que yo esté fuera de la casa.

—Ya estaba fuera de quicio —repliqué en una voz brusca.

—Seh, bueno, si no la quieres hacer explotar, desecharás el asunto del fantasma.

—Ella reacciona exageradamente a las cosas —discutí.

—Y no querrás mencionar a Avril otra vez.

—¿Por qué? —pregunté, siguiéndolo escaleras abajo. Atrapé su brazo al vuelo—. Dime por qué.

—Molesta a la abuela. Avril era su hermana, y eran muy cercanas.

—Hace sesenta años. No puede aún estar de duelo por ella. Matt, ¿la abuela está perdiéndolo? Mentalmente, digo.

Él comenzó a bajar las escaleras otra vez, ignorando la pregunta.

Lo atrapé por segunda vez. —¿Por qué la proteges? Cuando va detrás de ti, ¿por qué no te defiendes?

—Hay un montón de cosas que tú no entiendes.

—No bromees. ¿Qué tal si me las explicas?

Él estaba en silencio.

—¿No puedes ver lo que estaba haciendo con ese asunto de las calificaciones y los trabajos? Está tratando de volverte contra mí. No sé por qué, ya que no me agradas. Pero se está asegurando de ello. ¿Qué la está carcomiendo?

Por un momento, la máscara cayó de su rostro. Podía ver la incertidumbre en él.

—Matt... —dije, dando un paso hacia él.

Él me dio un tirón y se alejó, recogiendo las llaves de su Jeep de la mesa del corredor, y paseó hacia la puerta.

—¿Qué estás pensando? —dije detrás de él—. ¿¿Qué??

No miró de regreso, no interrumpió su zancada.

—Nunca debiste venir —dijo, y se fue.



Capítulo 7

Traducido por andre27xl y tDaRk BASSt

Corregido por TwistedGirl

La abuela salió de su habitación a las diez esa mañana, y ya no estaba obsesionada con encontrar la Biblia. Estaba infeliz porque Matt había salido de la casa en su día de estudio, pero él sabía hacerla sentir mejor, y volvió con el periódico de Baltimore, así como con el *New York Times* del domingo y el *Washington Post*. Sus dedos tocaron el periódico con el mismo placer que algunas mujeres demuestran cuando tocan la seda. Cualquiera viendo por la puerta de la biblioteca en ese entonces podría haber pensando que ella era una abuela perfectamente normal.

—¿Vas a llamar a tu madre hoy? —me preguntó.

—Estaba pensando en enviarles un correo electrónico a mis padres. ¿Tienes una computadora?

—Matt tiene una en su habitación. Puedes usar esa.

—¿Eso está bien para ti, Matt?

La abuela contestó antes que él lo hiciera.

—Yo le di la computadora. Está bien para mí.

Sin embargo, esperé la respuesta de mi primo.

—Está bien —dijo él, lo que tomé como un permiso, y me dirigí hacia las escaleras.

La habitación de Matt estaba más limpia de lo que pensé que estaría, sólo un par de pretzels aplastados en la alfombra y una pequeña pila de ropa lanzada sobre una silla. Dos fotografías estaban sobre una plataforma de su escritorio. En una, muchísimos jugadores de lacrosse usando cascos y sostenían palos mientras le sonreían a la cámara. Creo que Matt es el jugador del final. La segunda foto era de un pequeño chico y un gran perro. Sabía por sus ojos que ese chico era Matt, pero la dulzura de su expresión me sorprendió. Sus brazos estaban envueltos tan amorosamente alrededor del perro, un golden retriever que se veía viejo y paciente, que se me hizo un nudo en la garganta.

Finalmente me senté, abrí mi cuenta de correo y empecé a teclear. Había decidido que escribir era mejor que llamar porque podía elegir qué decir y qué ignorar. No había sentido en molestar a mi madre al decirle acerca del

comportamiento excéntrico de la abuela. Y no quería ser advertida acerca de cuando pregunte por la tía Avril y la casa de muñecas.

Estaba terminando la carta cuando escuché voces en el pasillo. Matt entró a la habitación con su amigo, Alex.

—¿Casi terminaste? —preguntó él.

—Estoy firmando —le dije.

Alex se dejó caer en la silla al lado del escritorio.

—Hola, Megan. Esperaba que estuvieras aquí.

Sonreí. —¡Hola! Matt no me dijo que vendrías.

Alex estiró sus largas piernas frente a él.

—Ya deberías haber descubierto que si quieres saber cualquier cosa, tienes que sacársela a Matt.

Mi primo, parado tras la silla de Alex, sonrió ligeramente.

—Estudiamos juntos todos los domingos —añadió Alex—. ¿Quieres quedarte con nosotros?

—No —dijo Matt.

Alex miró sobre su hombro y rió.

—No te lo estaba preguntando a ti.

—Incluso si... —empezó Matt.

Yo interrumpí: —Ya deberías haber descubierto que yo no soy una de las personas favoritas de Matt.

—¿Sí? —respondió Alex, sus ojos azul oscuro brillando—. ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Dímelo si te lo cuenta primero.

Matt se levantó silenciosamente con sus manos en sus caderas.

—No te preocupes por eso —dijo Alex—. Algunas veces solamente es extraño.

Yo reí. Matt cambió su peso de un pie a otro.

—¿Eres jugador de lacrosse también? —le pregunté a Alex, señalando la fotografía—. ¿Eres uno de esos chicos con casco?

—Yo juego lacrosse pero ese no es nuestro equipo. —Alex se dio la vuelta para mirar a mi primo, esperando que él explicara la foto—. ¿Olvidaste cómo hablar, Matt?

—Ese es mi equipo en Gilman —dijo Matt—. La escuela a la que fui en Baltimore.

Cuando él guardó silencio, Alex continuó: —Matt y yo nos hicimos amigos en el campo de lacrosse, el que el Colegio Chase dirige cada verano. Un montón de chicos de nuestro equipo van para allá, así que cuando Matt finalmente se mudó para acá el año pasado, entró perfectamente. Es el chico más fuerte en nuestro equipo, y juega una defensa extraordinaria. Batió un récord escolar por asistencias la temporada pasada.

—Wow —dije, impresionada.

Un lado de la boca de Matt se elevó.

No había punto en discutir mi sinceridad.

—¿Ese era tu perro, Matt? —pregunté, señalando la otra fotografía.

—Sí.

—¿Cuál es su nombre?

—Homero.

—¿Homero? —repetí—. ¿Lo nombraste por el escritor griego? ¿El hombre que escribió la Ilíada?

Alex lanzó su cabeza para atrás y rió. —Sí, y tenía un gato llamado Shakespeare.

Vi cómo el rosa se esparcía por el cuello de Matt. —No exactamente —dijo él—. Cuando lo encontré, estaba hambriento y herido y se veía como si necesitara un hogar. Así que lo llamé Homero¹.

Sentí de nuevo el extraño nudo en mi garganta. Cuidadosamente, agarré la foto del escritorio y la estudié. En la escuela primaria, yo tuve un gato especial que escuchaba todos mis secretos y tristezas. Este perro probablemente había escuchado un par también, especialmente porque Matt era el hijo único de unos padres que siempre estaban peleando.

—Hay mucha charla aquí, y no suena como tarea escolar.

Los tres miramos la puerta, donde estaba parada la abuela.

—Entonces no debiste haber estado escuchado con suficiente atención —le dijo Alex—. Estábamos hablando acerca del famoso escritor griego, Homero.

—Me creo eso, y me dirás otra —respondió la abuela.

—Escuché que alguien mencionó a Shakespeare —añadió él.

Es un juego de palabras para nombrar al perro, ya que "hogar" en inglés es "home", y como el perro necesitaba un hogar, lo llamó "Homer".

—Guarda tus líneas para tus novias, Alex.

Para mi asombro, ella estaba sonriendo.

Él le sonrió. —Mi padre me dijo que le dijera que todavía está esperando que cambie de idea y la deje entrevistarla para su historia de la costa Este.

—Tu padre tendrá que seguir esperando hasta el día del Juicio Final, por lo que ya nadie estará interesado.

Alex rió. —Quiere que uno de los profesores en su departamento le eche un vistazo al viejo molino.

—No sé por qué tu padre sigue persistiendo en pensar en mí como algo más que una vieja mujer gruñona que quiere decir no cuando dice no.

—Son los periódicos —respondió Alex—. Eres la única persona en el pueblo que lee tantos periódicos y revistas como él. No importa qué le diga acerca de ti, sigue convencido de que no eres del todo mala.

La abuela chasqueó la lengua. A ella le gusta la que la retara y me di cuenta. En algunas maneras, ella era como yo: siempre lista con una respuesta, disfrutando el dar y quitar. Excepto que ella no lo disfrutaba conmigo.

—Es tiempo de ponerse a trabajar —dijo ella, su voz volviéndose seria, como una chica que ha decidido que su coqueteo ha llegado muy lejos—. Quiero escuchar lecciones —dijo ella mientras salía de la habitación.

Matt lanzó muchos cuadernos sobre su escritorio.

—Los golden retrievers son perros maravillosos —señalé, mirando de nuevo la foto en mi mano—. ¿Por cuánto tiempo lo tuviste?

—Dos años.

—¿Qué sucedió?

—Cuando nos mudamos, mi madre dijo que tenía que deshacerme de él.

Primero sus padres se separan, ¿y luego su madre se deshizo de su perro?

—¡Eso es terrible! Homero era tuyo.

—No es la gran cosa —dijo, ignorándolo.

—Mentiroso —dije suavemente.

Vi un brillo de emoción en sus ojos, luego agarró la fotografía.

—Deberíamos colocar esto de vuelta en su lugar. —La colocó gentilmente sobre la repisa.

—Bueno, gracias por dejarme usar tu computadora.

—Seguro. —Su voz estaba más baja de lo normal.

—Espero verte por aquí, Megan —dijo Alex.

—Sí, yo también —respondí, bastante segura de que no lo haría, no si él se la pasaba con Matt.

—¿Cuándo enciendes la calefacción? —pregunté, empapando mis manos en el agua caliente del lavaplatos, deseando que el resto de mi cuerpo se sintiera igual de cálido. Había dado un paseo antes de la cena, y había regresado helada. El pollo frito frío y la ensalada de papa no me habían calentado ni un poco.

—En noviembre —respondió Matt—. Si somos afortunados. Es una gran casa para calentar, y la abuela cuida su dinero.

No me quejé más, no queriendo lucir como una cobarde del soleado sureste. Pero al haber dejado atrás días de noventa grados de temperatura, me congelé cuando la temperatura cayó a los cincuenta grados. La humedad aquí añadía un borde crudo que fue directamente a mis huesos.

Secando mis manos, subí las escaleras y me puse un grueso suéter, luego me uní a la abuela en la biblioteca para una noche de lectura del periódico. Unos minutos después, Matt llegó cargando varios leños.

—¿Qué estás haciendo? —la abuela le preguntó.

—Encendiendo la chimenea.

Ella lo estudió por un momento, luego me miró con mi suéter de cuello de tortuga hasta las orejas y las mangas hasta los nudillos.

—Qué considerado.

El sarcasmo en su voz me hizo reacia de agradecerle a Matt frente a ella. Además, la abuela también estaba usando un grueso suéter; tal vez él lo estaba haciendo por ella.

Matt encendió el fuego, organizando los leños de una manera casi metódica. Se había subido las mangas, así que pude ver los músculos de sus antebrazos. Sus manos eran grandes, con anchas palmas y largos y gruesos dedos como los de un atleta. Me pregunté cómo sería sostener su mano... luego rápidamente descarté el pensamiento.

Encendió una cerilla. Tan pronto como la echó en el arrugado periódico, estuve en el piso, cerca de la chimenea. Dejó caer otra cerilla. Un pedazo de periódico se encendió y luego se convirtió rápidamente en cenizas, algunos palos pequeños hicieron ruidos crepitantes. Troncos grandes se quemaron y la parte exterior de un gran tronco comenzó a consumirse.

Matt se giró hacia mí.

—Si sigues suspirando así, vas a apagar el fuego.

Me cubrí la boca con la mano. Una sonrisa se formó en sus labios.

—Me encantan las fogatas —dije.

—No me digas. —Tal vez fue el ruido del leño que hizo que sus palabras sonaran más suaves.

Repentinamente me di cuenta que la abuela nos observaba con una mirada amarga en el rostro. Me senté rápidamente y esparcí el periódico sobre los ladrillos frente a mí, luego me recosté sobre mi estómago y comencé a leer. La luz dorada parpadeó sobre el papel. Pude sentir su calor en mi rostro.

Matt encontró las páginas de deporte y se recostó sobre su estómago a un pie de distancia de mí. No miré a la abuela, imaginando que si tuviera alguna objeción sobre nuestra lectura en el piso lo habría dicho.

Estaba más relajada de lo que había estado desde que dejé la casa. Pronto, la tinta frente a mí se volvió borrosa, y mi cabeza se volvió demasiado pesada para sostener.

No sé cuánto tiempo dormí, probablemente sólo unos minutos. El sonido de un crepitante leño me despertó. Cuando abrí mis ojos, vi que Matt había dejado de leer. Su rostro estaba girado hacia mí, sus ojos como oscuras brasas me observaban.

Mira hacia otro lado, pensé. Mira hacia otro lado antes que sea demasiado tarde.

Pero no pude. Mirando sus ojos, sentí que algo se revolvía dentro de mí, algún sentimiento tan profundo, tan secreto, que mi propio corazón no podía susurrarme las palabras.

La abuela tosió, y Matt y yo miramos hacia otro lado al mismo tiempo. Me senté y me moví un poco más lejos, así podía sentarme con la espalda recostada en las silla. Matt hurgó en el fuego.

Ahí fue cuando lo noté, sobre el hombro de Matt, en un estante a la izquierda del mantel.

—Abuela, mira. Tu Biblia.

Ella me miró, luego inclinó la cabeza en la dirección que indiqué. Su boca se abrió con sorpresa. Se quedó rígida en su silla, como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Me levanté, tomé la Biblia, y se la llevé. Cuando no la tomé de mi mano, la dejé en su regazo.

—¿Cuál de ustedes, niños malévolos, la puso ahí? —demandó ella.

Matt y yo nos miramos.

—Ninguno —dije después de un momento.

—¡Mentirosa!

Di un paso hacia atrás. Matt tenía una mirada protectora en su rostro.

La abuela empezó a pasar las páginas por el pesado libro, luego miró el espacio en la estantería donde la Biblia había estado. El pálido azul de sus ojos se diluyó dentro de un anillo de color blanco.

—Pon algo ahí, Matt ¡Ahora! —gritó—. ¡Ponlo ahí!

Matt tomó varias revistas y las puso en el espacio.

—¿Estás bien?

Sus manos estaban temblando de manera exagerada.

—Estoy buscando Corintios —dijo ella.

—¿Puedo ayudar?

—Tú aléjate.

Me retiré a una silla.

—Lo tengo —dijo ella, y comenzó a leer el famoso pasaje de Pablo sobre la caridad—. “Lo que es y no es el amor” — su voz tembló cuando leyó cómo todas las cosas excepto el amor pasaba.

Matt se mantuvo cerca de ella, con su rostro lleno de preocupación. A pesar de lo que había dicho antes, debió haber estado preocupado por su estado mental. Fue su intensidad, la rabia y la sospecha con la que había hablado, más que lo que había dicho, lo que era aterrador.

Alzó la mirada repentinamente. —Termínalo, Matt. Versos once y doce.

—¿Por qué no lo terminamos después? —sugirió él en voz baja.

—Quiero escucharlo ahora.

—Sabes que no me gusta leer en voz alta.

—¡Léelo! —Puso el libro en su mano.

Él dudó, luego dio una respiración profunda y llevó la Biblia a su escritorio. Sentándose frente al libro, se enfocó en la página por un momento, luego marcó el lugar con el dedo.

—Cuando era un... un niño —comenzó— yo... jugaba.

—¡Hablaba! —ella lo corrigió.

—Hablaba como un ni... niño, yo... ent... entiendo.

—¡Entendía!

—Entendía como un niño. —Su rostro estaba tenso por la concentración—. Yo pienso como...

—¡Pensaba!

—Pensaba co... como... un niño.

Escuché con incredulidad. Matt apenas podía leer.

—Pero donde porque un nombre...

—¡Pero cuando me convertí en un hombre! —la abuela dijo en una baja y horrible voz.

Él asintió y tragó. —Yo... alejé... los pensamientos infalibles.

—¡Los pensamientos infantiles! Dámelo Matt.

—Tú querías que lo leyera —dijo él con la mandíbula tensa—, ahora voy a terminarlo.

Cerré los ojos, deseando no estar aquí.

—Pero ahora ve... vemos... uh...

—A través de un cristal oscuro —dije en voz baja.

—Por ahora vemos a través de un cristal oscuro, pero en... pero entonces... ca... cara a cara. No sé. —Sacudió la cabeza y comenzó de nuevo—. Ahora conoceré una parte, pero ahí... pero entonces conoceré... tanto como fui conocido.

El pasaje finalmente había terminado. Matt lucía sombrío y humillado. Sabía que cualquier cosa que dijera lo haría peor para él.

El enojo me invadió. No sé que hizo que la abuela actuara de esa forma. Era como si ciertas cosas pudieran hacerla cambiar y convertirla en alguien fría y cruel. ¿A través de qué cristal oscuro y distorsionado observaba ella cuando se comportaba de esa manera?

No me lo podía imaginar. Sólo había una cosa clara para mí: Matt era disléxico, y la abuela estaba tratando desesperadamente de avergonzarlo frente a mí.

Capítulo 8

Traducido por vAan
Corregido por Vannia

La mañana del lunes me desperté justo cuando el cielo comenzaba a brillar. Sabía que estaba en casa de la abuela, pero había algo diferente en la luz de color gris pálido. Se reflejaba en un techo que parecía estar demasiado cerca. Mis ojos se dirigieron hacia las paredes. Rosas descoloridas, como faros enormes, rodeándome. No estaba en mi habitación. Me senté rápidamente y me di cuenta que la superficie debajo de mí era dura. Había estado durmiendo en el piso de una pequeña habitación tapizada de rosas.

Me puse de pie y fui a la ventana. Debajo de mí estaba el jardín de hierbas y el largo techo de latón que cubría el porche de la cocina. Estaba en el ala trasera, en la habitación junto a la que tenía los tragaluces en donde encontré la caja de muñecas. La puerta cerrada a mi derecha debería llevar a esa habitación. Del otro lado había una puerta abierta que revelaba cinco escalones, los cuales subían a la sala del segundo piso de la casa principal.

Caminé despacio alrededor de la sala vacía, tratando de recordar cómo había llegado ahí. No me acordaba de haberme despertado y movido. ¿Había caminado dormida? Lo había hecho una o dos veces cuando era pequeña. Me esforcé por recordar los sueños de esa noche, esperando por alguna pista de por qué había salido de mi cuarto. Todo lo que podía recordar era algo redondo, un círculo con bultos o marcas sobre su circunferencia.

Me pregunté quién había usado esta habitación y para qué. Tal vez era la habitación del ama de llaves o de la sirvienta. Luego recordé lo que Alice, la clienta en Yesterdaze, había dicho: —He visto al fantasma. En la parte trasera, en la habitación encima de la cocina.

La piel en la parte de atrás de mi cuello se erizó. ¿Avril? Articulé su nombre con mi boca, temerosa de decirlo en voz alta, como si tuviera el poder de convocarla. ¿Había estado ella aquí anoche? ¿Yo la había seguido hasta acá?

—Contrólate, Megan —murmuré.

Envolviendo los brazos fuertemente a mi alrededor, regresé de puntillas a mi habitación. No sabía qué es lo que me ponía más nerviosa: la posibilidad de que Avril fuera real, o el hecho de que pude hacer algo y no tenía ningún recuerdo de ello.

La segunda vez que me desperté, eran después de las ocho, y Matt ya se había ido a la escuela. Con la luz brillando, los objetos en mi cuarto —mi cepillo, el libro romántico de bolsillo, la sudadera que dejé encima de la silla— parecían sorprendentemente normales. Me levanté y comencé a cepillar mi cabello, parada en un rayo de sol, esperando que derritiera mi incertidumbre y mi miedo. *Todos tienen pesadillas*, me dije a mí misma. En cuanto al cambio de habitación, había estado sonámbula.

Al llegar abajo, encontré a mi abuela alterada. Cuando la saludé en el vestíbulo, ella saltó.

—¿Está todo bien? —pregunté.

—Mi reloj está perdido.

—¿Cuál reloj, abuela?

Me miró como si yo lo supiera. —El antiguo que estaba sobre el escritorio de la biblioteca.

—¿Te refieres al pequeño de oro, el que tiene una imagen pintada al frente?

—¿Dónde lo pusiste? —demandó ella, como si yo hubiese admitido ser la culpable.

La indignación creció en mí. Pero me había movido sin darme cuenta; ¿cómo podría estar segura de que no fui yo quien movió el reloj? Y el fragmento de mi sueño, el círculo con marcas sobre él; ¿no era eso la superficie de un reloj?

—No recuerdo ponerlo en algún lugar —le dije honestamente—. ¿Ya le preguntaste a Matt?

—No, por supuesto que no. Ya no puedo confiar en él.

—¿Por qué no? —pregunté, caminando hacia la puerta de la biblioteca, observando los estantes y la superficie de las mesas.

—Él tiene otras lealtades ahora —dijo lentamente las palabras, como si tuvieran un gran significado.

Me moví de la sala al comedor, mis ojos recorriendo la habitación; las mesas laterales, los marcos de las ventanas, la repisa de la chimenea, cualquier superficie en la que pudiera haber dejado el pequeño reloj.

—Abuela, es obvio que él te ama y quiere ayudarte como sea que pueda. Aunque no sé a qué se deba que seas tan mezquina con él.

Caminé por el pasillo y chequeé en el salón principal.

—Fuiste detestable anoche —continuó—. Matt tiene un problema de aprendizaje. No tiene nada que ver con la inteligencia, pero hace que la escuela

sea más difícil para él. No tenías ningún derecho de avergonzarlo como lo hiciste.

La abuela levantó la cabeza, al igual que un gato que capta un nuevo aroma.

—Bueno, ahora, en vez de ir tras Matt con esa inteligente y pequeña boca tuya, lo estás defendiendo.

—Puedo hacer ambas cosas.

—¿Se han hecho amigos? Yo creo que sí —dijo antes de que pudiera responder—. Están trabajando juntos, ¿no es así? Te está poniendo de su lado.

Sa cudí la cabeza con a sombro y pasé a un lado de ella hacia el pasillo, atravesando la sala de música.

—Los dos están jugando a engañarme.

—No, abuela, no estamos engañándote.

—¿Dónde está el reloj? —preguntó.

Mis ojos recorrieron una vez más la habitación.

—No tengo idea.

Afortunadamente, había acordado trabajar para Ginny de diez a tres ese día, y pude salir de casa por un tiempo. No le mencioné las cosas extrañas que habían estado ocurriendo, temiendo que ella le contara a mi madre o insistiera en que me quedara con ella. Me quedé callada, pero determinada a averiguar lo que estaba pasando... lo que significaba que tenía que quedarme en la casa.

Antes de darme cuenta, ya era la s tres y cua to y Ginny me estaba corriendo de Yesterdaze. Caminé hacia High Street y acababa de pasar "Hojas de Té" cuando escuché la voz de una chica llamándome.

—Megan. Oye, Megan. ¡Aquí arriba! —Desde una ventana en el segundo piso del edificio de al lado, la cola de caballo de Sophie ondeaba al viento como una bandera ardiendo—. Quiero hacerte una pregunta. ¿Puedes subir?

—Seguro —le contesté—. ¿Es aquí donde vives?

Sophie se rió, y di unos pasos hacia atrás para ver la fachada del edificio de ladrillos. Era ancho, con un porche techado que iba de extremo a extremo, extendiéndose sobre la acera. Al lado de la puerta frontal estaba un farol de cobre que señalaba: **Taberna de Mallard, 1733.**

—Es una "C y C", cama y comida —explicó Sophie—. Mamá limpia y yo ayudo después de la escuela. La puerta está abierta.

Entré al vestíbulo y subí las escaleras alfombradas, siguiendo el sonido de una aspiradora. Cuando llegué al segundo piso, la máquina se apagó y Sophie sacó la cabeza por una puerta.

—Los huéspedes del fin de semana se han ido —dijo—. Mamá está abajo lavando las sábanas y toallas. Vamos, entra.

La habitación que ella estaba limpiando era acogedora, con papel tapiz rojo y blanco, una cama con dosel y unas sillas cerca de la pequeña chimenea.

—Te busqué en el baile la noche del sábado —dijo Sophie.

Imaginaba que ella me había invitado para preguntarme sobre mi primo.

—Me hubiese gustado ir, pero Matt no me quiere colgada a sus amigos. Como dije antes, no hay mucho que pueda decirte sobre él.

—Ella —me corrigió Sophie

—¿Perdón?

—Es un *ella* sobre quien te quería preguntar. —Sacó una sábana limpia—. Avril Scarborough. ¿La conoces? —Examinó mi cara y esperó por mi respuesta.

—¿Te refieres al fantasma?

—¿La has visto? —preguntó ella.

Caminé hacia el otro lado de la cama matrimonial, tomé un extremo de la sábana y la deslicé sobre la esquina del colchón.

—¿Tú lo has hecho?

—Yo pregunté primero —me dijo, luego se rió—. Una vez la vi.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—En sexto grado —respondió ella, tirando hacia abajo las esquinas de la sábana y alisándola—. Estaba con Kristy entonces, y ella tenía una fiesta de pijamas. Le pagamos a su hermana mayor para que nos llevara a la Casa Scarborough a las cuatro de la mañana. Avril suele aparecer justo antes del amanecer en el ala trasera.

La respiración se cortó. Luego me recordé a mí misma que la gente espera ver fantasmas en las zonas abandonadas de una casa, y que la gente veía lo que esperaba ver. Yo había visto lo que esperaba ver después de oír la historia de Alice.

—Fue un fracaso —continuó Sophie—. Todo el mundo se a burrió y se quejó. La hermana de Kristy se volvió loca, nos subió al coche y se dirigió de nuevo hacia la ciudad.

—¿Entonces cuándo la viste?

—Esa misma noche, cuando cruzábamos el puente hacia Wist Creek.

Sophie sacudió la sábana superior. Trabajamos juntas para que se mantuviera en el extremo inferior del colchón, jalándola de manera uniforme.

—¿Cómo sabes lo que viste? —le pregunté—. ¿Cómo sabes que era Avril, o una mujer siquiera?

Sophie me pasó una almohada, luego pensó por un momento.

—Supongo que fue algo en la silueta. Era delgada y se movía con algún tipo de gracia. Parecía más como una niña que como una mujer.

—¿Alguien más la vio esa noche?

—Nadie. Conseguí ser el objeto de las burlas —añadió Sophie, luego se encogió de hombros—. Siempre he visto cosas que otras personas no ven, pero ahora no le digo a nadie. —Jalamos el cobertor sobre las almohadas—. Supongo que tú sabes cómo es eso.

—¿A qué te refieres?

—Eres psíquica, ¿verdad? —preguntó ella.

—¿Yo? ¡No!

Los ojos azules de Sophie me estudiaron. —Estaba segura de que lo eras. Sentí una conexión.

Fruncí el ceño y vi aparecer color en sus mejillas. Ella recogió su equipo de limpieza y fue por la aspiradora. —Tengo otra habitación que hacer.

La seguí a través del pasillo hacia otra habitación que tenía diferente empapelado pero era similar en el arreglo de cama y muebles. Sophie tomó un plumero y empezó a sacudir los espejos y los marcos. No me miró.

—Nunca había dicho nada —me explicó, hablando un poco más rápido—, excepto que pensé que eras como yo. Es por eso que esperaba que hubieras visto al fantasma. Los psíquicos suelen atraer otras formas de energía espiritual, son como imanes para los fantasmas. Y... bueno, eso es todo —dijo.

La encontré espiándome.

—¿Estás segura de que no lo eres? —preguntó—. ¿Nunca has sido consiente de cosas que otras personas no notan? ¿Nunca has tenido alguna experiencia que no puedas explicar?

—No —mentí.

Ella negó con la cabeza. —Te leí mal.

—Excepto —dije—, algunos, uh... sueños extraños.

—La señorita Lydia dice que los sueños son sombras proyectadas por la verdad resplandeciente sobre nuestros secretos más oscuros.

—Bueno, los míos no son tan misteriosos —repliqué—. Puedo explicarlos... la mayoría de ellos.

Le conté a Sophie sobre mi niñez cuando visitaba una casa que lucía como la de la abuela y sobre mi reciente sueño de la casa de muñecas, junto con mi teoría sobre ver fotos de mamá con la casa en miniatura.

—Podrías tener razón —dijo Sophie, sonando poco convencida.

—¿Tienes una mejor explicación?

—Eres una psíquica-telepática. Cuando eras pequeña, tu mamá te veía jugar y pensaba en sí misma como una niña en su hogar. Tú recogiste las imágenes y las hiciste tuyas.

—Me gusta más mi teoría.

—Está bien por mí —dijo Sophie agradablemente. Levantó una sábana, la puso en la silla, y empezamos a hacer la cama.

—¿Quién es la Señorita Lydia? —pregunté.

—La anciana a la que le pertenece el café de al lado. La mamá de Jamie Riley.

—¡Ah!

—Cuando era pequeña —prosiguió Sophie—, y mamá estaba trabajando aquí en el Mallard, iba a “Hojas de Té” para mi almuerzo después del colegio. Le caía bien a la señorita Lydia y hablaba mucho conmigo.

—Seguro que yo no le agrado —dije, luego le conté a Sophie sobre mi introducción con la señora.

—No te ofendas —aconsejó Sophie—. La señorita Lydia no confía en mucha gente. Hace unos años se metió en un problema por vender sus remedios herbolarios en el “Reina Victoria”, el hotel cruzando la calle. Los huéspedes se quejaron. Una mujer dijo que se puso enferma, pero eso puede pasar con los remedios a base de hierbas, justo como con una receta médica. Como sea, ahora la señorita Lydia sólo trata con los locales, y sigue pensando que el FBI vendrá por ella.

—Si es psíquica, ¿no sabría que ellos no vendrán?

Sophie no se rió y tampoco se irritó. —No. Sólo porque eres psíquica no significa que puedas verlo todo claro. A veces, mientras más ves, te entra una mayor confusión. Las imágenes se sobreponen y es difícil distinguirlas.

Terminamos de hacer la cama en silencio. Sophie mantuvo su cabeza gacha como si estuviera inmersa en sus pensamientos. Cuando miró hacia arriba, sus ojos brillaban.

—¿Qué hay acerca del E.E.C.? ¿Una experiencia extra-corporal? Algunas personas lo hacen, ya sabes. Su espíritu se libera del cuerpo y viaja en los alrededores. Tal vez estabas preguntándote sobre tu abuela y fuiste a verla de niña.

—¿Sin mi cuerpo? —dije, mirándola como si estuviera loca.

—Bueno, sí y no —dijo—. Tu cuerpo estaría donde lo dejaste. Pero si tu abuela fuese psíquica también, hubiese visto una aparición de ti que se viese como tu cuerpo.

Me quedé en silencio.

—Te estoy haciendo sentir incomoda —observó Sophie. Metió la clavija de la aspiradora en el enchufe de pared—. Esto es todo lo que tengo que hacer. Gracias por haberte quedado. —Esperó a que me fuera, con su dedo en el gatillo de la máquina.

—¿Has visto “Azul Profundo”? —pregunté.

—¿La película? —contestó—. No.

—¿Quieres ir?

Ella lucía sorprendida, luego sonrió. —¿No te asusté, eh?

—Aún no.

—¿Qué te parece el jueves por la noche? —sugirió ella—. No hay clases el viernes.

—Genial.

La aspiradora comenzó a sonar y me fui. Mientras caminaba hasta High Street, me pregunté qué secretos proyectaban sombras lo suficientemente grandes como para llegar a mis sueños.

Capítulo 9

Traducido por LizC
Corregido por Vannia

Cuando llegué a casa esa tarde, encontré a mi abuela sentada en la cocina, de brazos cruzados viendo a su ama de llaves preparar la cena. La piel de la abuela estaba tan pálida que parecía transparente, con las manos entrelazadas pero en constante movimiento, como si no pudiera mantenerlas en calor.

—¿Estás bien? —pregunté, rápidamente dejando mi bolso en el suelo—. ¿Ha pasado algo, abuela?

Ella no respondió.

Miré a Nancy. —¿Qué pasa?

—No lo sé. Ella no lo dice —contestó Nancy, luego empujó una cacerola escurriendo en el horno—. He intentado toda la tarde llevarla a ver al médico. No desperdicies tu tiempo... no irá. Ha estado misteriosa desde que encontré ese pequeño reloj.

—¿Encontraste el reloj? —pregunté, con la boca seca.

—Ahora, no te pongas graciosa conmigo.

—¿Dónde estaba?

—En la mesa de la sala, detrás de las flores de seda.

Empujé mi silla cerca de la abuela y me senté.

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

—No te ves así. Quiero llamar al médico.

—Te lo prohíbo —dijo.

Nancy me dio una mirada de te-lo-dije.

—Como sabes, abuela, no siempre escucho.

—Puedes llamarlo, pero no voy a ir.

Me puse de pie.

—Matt debería estar pronto en casa. Él sabrá qué hacer —dije.

Nancy movió la cabeza.

—Llamó, y la Sra. Barnes le dijo que podía quedarse en donde Alex. —La mujer sonaba exasperada—. Ella podría haberme dicho antes. Todo el tiempo que puse en el guiso, y ella sin apetito y tú una vegetariana.

—Yo como carne —le dije.

—Sácalo cuando la alarma suene —continuó Nancy—. Puedes comer los guisantes.

No la corregí por segunda vez, sólo esperé a que se fuera, con la esperanza de que la abuela me hablara entonces. Pero tan pronto como Nancy se fue, la abuela se retiró a su habitación. La seguí al piso de arriba y le dije que le echaría un vistazo en una hora.

—No lo harás —dijo, y cerró la puerta. Oí la cerradura.

Comí sola en la cocina esa noche, contenta de estar lejos del venado sangriento en el comedor. Después me fui a la biblioteca para ver el antiguo reloj. Lo sopesé en mis manos y pasé mis dedos por su superficie de metal frío, esperando que mis manos recordaran lo que mi mente no podía: *¿Es esta la primera vez que lo sostengo? ¿Pude haberlo movido antes de ir a la habitación tapizada de rosas?* Puse el reloj abajo con cuidado, sin saber más entonces de lo que sabía antes.

A las diez, Matt todavía no había regresado de donde Alex. Encontré el número y llamé para decirle la situación. Dijo que iba a revisar a la abuela al llegar a casa. Me fui a la cama, dejando la puerta de mi dormitorio entreabierta, sabiendo que no iba a dormir.

Veinte minutos más tarde, Matt tocó suavemente a la puerta de la abuela, llamándola. La puerta se entreabrió. Salí de la cama y me dirigí a la entrada de mi habitación. A pesar de que no podía entender las palabras de Matt, sabía por su tono de voz que él le estaba haciendo preguntas.

La abuela estaba molesta y se olvidó que yo estaba en la habitación de al lado, o no le importó. Habló en voz alta. —Lo he traído sobre mí, Matt.

Él le preguntó algo más en voz baja.

—¡Lo he traído sobre mí! —repitió en tono frustrado—. ¿No lo entiendes? Estoy siendo castigada.

—Pero no hay nada por lo que puedas ser castigada —dijo Matt, su voz cada vez más intensa, casi como la de ella.

—Dios la ha elegido como su instrumento —insistió la abuela.

—Dios no ha elegido nada —argumentó él—. Tú fuiste la única que invitó a Megan. Las cosas están fuera de lugar, abuela, nada más. Todo está en tu cabeza.

Su respuesta fue ahogada por la emoción.

—¡Silencio! Todo va a estar bien —dijo él. Entonces le oí dar un paso dentro de la habitación. La puerta se cerró.

Separada de su conversación, cerré mi puerta y apoyé mi espalda contra ella. Su charla duró mucho tiempo. Finalmente, oí la puerta de la abuela abrirse y cerrarse de nuevo, luego le siguieron los pasos de Matt en el pasillo, en dirección a la escalera. Se detuvo en mi puerta. Sabía que él estaba de pie al otro lado y esperé que tocara.

Cuando lo oí alejarse, rápidamente abrí la puerta. Él se dio la vuelta hacia mí.

—¿Ella va a estar bien? —le pregunté.

Su boca formó una línea sombría.

—Está confundida. Si no mejora, la llevo a un médico.

—¿Y tú? —Vi cuán agitado se veía—. ¿Cómo estás tú?

—No tienes que preocuparte por mí.

—Lo hago de todos modos.

Miró a lo lejos.

Caminé hacia el pasillo.

—Matt, ¿por qué se comporta así?

—Nunca deberías haber venido aquí, Megan.

—¿Estás diciendo que es mi culpa? —pregunté—. ¿Lo haces? Por favor, mírame.

Él me miró, y por un momento ninguno de los dos habló.

—¿Me estás pidiendo que me vaya?

Tomó una profunda respiración. —Sería lo mejor.

—Está bien, voy a considerarlo, pero primero dime por qué está molesta. Quiero saber lo que está pasando.

Él no respondió.

—Matt, no puedo ayudar si no entiendo el problema.

Todavía no dijo nada.

—Así que supongo que no quieres mi ayuda.

—No.

Caminé de vuelta a mi habitación y cerré la puerta. La distancia que él mantuvo entre nosotros ya no me hacía enfurecer; me hacía daño.

Estábamos jugando un juego, Matt y yo. Estaba caminando de puntillas alrededor de una casa abandonada, o tal vez se trataba de un granero. Las paredes y los pisos eran de madera áspera, y las sencillas escaleras de madera parecían más como unas escaleras de mano. Estábamos jugando a las escondidas.

Afuera caía la noche. El interior se oscurecía con cada minuto. Sabía que debíamos detener el juego antes de que fuera demasiado tarde, pero yo seguí. Podía oír a Matt caminar en el piso de arriba, buscándome. Abrí tranquilamente una trampilla y bajé las escaleras que conducían al sótano.

El aire era frío y húmedo allí; la oscuridad flotaba como una esponja. Mis ojos se acostumbraron lentamente a la poca luz que provenía de la puerta de arriba. De pronto vi unas enormes ruedas, ruedas con dientes, una rueda engranando con la siguiente, como los engranajes dentro de un reloj. La más grande era tan alta como yo.

Escuché un ruido, un rechinado de la maquinaria. Mis ojos se enfocaron en la rueda más grande. Empezó a girar lentamente, muy lentamente al principio. Las ruedas más pequeñas giraron junto con ella. Tenía que detenerlas. Sabía que si no lo hacía, girarían más y más rápido, sacudiendo el viejo edificio hasta volarlo en pedazos.

Agarré el inmenso diente de la rueda principal y empujé hacia atrás arrastrándola en la dirección opuesta. Pero tan pronto como dejé de tirar, la rueda se movió de nuevo hacia delante, girando más rápidamente. Apreté más fuerte, con las manos resbaladizas por el sudor. Sin embargo, cada vez que empujaba hacia atrás, la rueda gigante adelantaba esos centímetros y se movía incluso más rápido hacia adelante, tirando de mí con ella.

Tenía que encontrar otra manera de detenerla. Traté de dar un paso atrás para estudiar la rueda y descubrí que no podía moverme. Tiré de mi brazo, luchando por soltarme, pero el final de la manga de mi suéter estaba atrapado entre los dientes de la rueda grande y de otra más pequeña. La velocidad de las ruedas era cada vez mayor. Grité por ayuda, llamé a Matt. Me retorcí y tiré de los hilos de mi suéter. En el último momento me liberé de ella.

Corre, me dije a mí misma. Pero me quedé de pie allí, fascinada, viendo a las ruedas consumir mi vestido. Entonces sentí el tirón. Los poderosos dientes habían capturado mi cabello. Estaba siendo arrastrada hacia el centro de las ruedas. Grité por Matt.

Escuché sus pasos andando en el piso de arriba. Grité su nombre una y otra vez. Luego oí sus pasos desvaneciéndose y la puerta de arriba siendo cerrada. Él me había abandonado.

Me esforcé por liberarme, luchando por cada centímetro contra las poderosas ruedas, temiendo a los dientes que aplastarían cualquier cosa que se interpusiera entre ellos.

No podía creer que Matt me hubiera abandonado. Entonces pensé: *él sabe lo que está pasando. Él puso estas ruedas en movimiento.* En ese instante, yo estaba adentrándome en la oscuridad.



Capítulo 10

Traducido por *inthefreedomwings*
Corregido por *Akanet*

En la luz de la mañana, los sueños de la noche anterior habían perdido su toque de terror pero no su poder inquietante. Reconocí las exageraciones de una pesadilla: enormes ruedas, como engranajes dentro de un gigantesco reloj, esperando pasarme por encima... era surrealista. Aun así, tuve un mal presentimiento. *¿Qué verdad se esconde tras las imágenes?* En el sueño había sido atraída dentro de algo sobre lo que no tenía control, algo que no podía parar, y Matt se había alejado.

Me vestí despacio, luego bajé a la cocina. Matt estaba allí, terminando un tazón de cereal.

—¿Cómo está la Abuela? —pregunté—. *¿Dónde está la Abuela?*

Su Biblia estaba abierta sobre la mesa junto a una taza de café a medio terminar.

—En la sala de música —dijo cansadamente.

—¿Por qué?

—¿No lo sabes? —contestó bruscamente.

Respondí de vuelta con una reacción mordaz. —Algo más ha sido movido.

—¿Cómo supiste que había sido movido, en vez de perdido? —preguntó, como si intentara atraparme con mis palabras.

—Tranquilo, Matt. Cuando pensamos que la Biblia y el reloj estaban perdidos, resultó que fueron movidos.

Se frotó la cabeza. Lucía como si apenas hubiera dormido.

—Así que, ¿qué fue esta vez?

—Pinturas. Una vieja pintura del molino fue movida desde el salón a la sala de música y colgada encima del cofre chino. La acuarela que estaba allí fue dejada boca abajo sobre el suelo.

—¿Cuándo pasó eso?

—Dímelo tú. Estabas aquí anoche, sola en la casa mientras ella estaba arriba en la cama.

—¿Me estás acusando? —respondí.

—No sé qué estoy haciendo —dijo entre dientes.

Lo intercepté mientras caminaba hacia el refrigerador. —Tú tienes tanto acceso a esta casa como yo, y conoces mejor el lugar. Nos podemos acusar el uno al otro y negarnos a creer, o podemos intentar...

La puerta de la cocina se abrió.

La Abuela nos miró fijamente a los dos, sus ojos estrechándose. Matt y yo nos apartamos el uno del otro.

—He puesto la acuarela donde pertenece —nos informó—. Necesito ayuda con el paisaje.

—Yo me ocuparé de eso —dije—. Llegarás tarde a la escuela, Matt. Déjame el número de teléfono del médico de la Abuela —añadí, cuando ella salió.

La seguí por la puerta y por el vestíbulo hacia el salón principal, donde la ayudé a poner la larga pintura de vuelta en su gancho.

—¿Hay algo más que pueda hacer? —pregunté.

—¿No has hecho bastante? —replicó la abuela sarcásticamente.

La miré mientras ella salía de la sala. Si no conseguía algunas respuestas pronto, iba a estar tan paranoica como ella. Necesitaba información, y sólo había una persona que yo sabía que podía tenerla.

Llegué a “Hojas de Té” una hora antes del trabajo.

—No quiero que me lean mi fortuna —dije a Jaime—. Dile a tu madre que tengo algunas preguntas sobre la casa de mi abuela y mi familia. Cosas extrañas están pasando, y necesito su consejo.

Unos minutos más tarde, la puerta se abrió en lo alto de las escaleras, y la anciana mujer me hizo señas. Antes de que alcanzara la entrada del apartamento del segundo piso, la señora Riley había desaparecido a la vuelta de la esquina. Cerré la puerta tras de mí y la seguí por un estrecho vestíbulo que daba a la fachada del edificio.

La sala en la que entré tenía tres ventanas, todas ellas daban a High Street. Pesadas cortinas colgaban ladeadas en sus barras, pero estaban lo suficientemente abiertas para dejar entrar la luz. A la izquierda había dos sofás con cobertores de estampados descoloridos, y a la derecha una alcoba, una zona cuadrada entre la pared frontal del edificio y la pared del hueco de la escalera. Una mesa redonda y varias sillas de respaldo recto llenaban ese espacio. Una lámpara de seda con flecos colgaba del techo.

La señora Riley se sentó a la mesa, mirando la sala, y gesticuló hacia el asiento enfrente del suyo. Me senté en él nerviosamente, poniendo mis manos bajo mis piernas.

—Tienes preguntas —dijo.

Asentí. —No estoy segura por dónde empezar.

—Cosas extrañas han estado pasando en la casa. —Su voz era baja, además de calmante—. ¿Qué tipo de cosas?

—Bueno, objetos están siendo movidos. La Biblia, por ejemplo. No estaba en su estante en la cocina, y la abuela se convenció de que alguien la había robado. Más tarde, la localicé en la biblioteca. En vez de estar contenta de que yo la hubiera encontrado, ella estaba enfadada, y estuvo mirando fijamente el lugar que había ocupado.

—El cual estaba en un estante de la biblioteca —dijo la señora Riley.

—Sí, exactamente a la izquierda de la chimenea.

La cabeza de la vidente se levantó un poco. —Cuéntame más.

Sintiéndome un poco más cómoda, descansé mis manos en la mesa. —Esta mañana encontramos que un cuadro había sido movido desde el salón principal a la sala de música. La abuela empezó a ponerse extraña otra vez, paranoica, como si alguien le estuviera haciendo esto a ella, como si yo lo estuviera haciendo.

—Una pintura —repitió.

—Un paisaje —dije—. Un cuadro de un molino.

La señora Riley no dijo nada, pero vi los botones de su vestido moverse y atrapar la luz, como si ella hubiera tomado una rápida respiración.

—Ayer, un reloj faltaba en el escritorio de la abuela.

—Un reloj pequeño... uno antiguo —murmuró.

—Sí. Tiene una imagen pintada al frente, rosas y...

—¿Fue encontrado en la mesa del vestíbulo?

Parpadeé. ¿Cómo lo sabía?

Se recostó en su silla. —Ese es el sitio donde solía estar. La Biblia siempre se ponía en un estante junto a la chimenea de la biblioteca. La pintura del molino colgaba sobre el cofre chino en la sala de música.

—¿Quiere decir que las cosas están siendo movidas de vuelta a donde estuvieron años atrás? ¿A donde estaban cuando usted trabajó allí?

Ella asintió con la cabeza lentamente, rítmicamente.

—Pero entonces, ¿por qué la abuela me echaba la culpa a mí? ¿Cómo sabría yo dónde estuvieron puestas esas cosas? No veo cómo Matt lo sabría tampoco, a menos que la abuela se lo dijera.

Los ojos de la señora Riley se cerraron, luego se abrieron otra vez. Miró más allá de mí, como si estuviera mirando a otro mundo. Miró fijamente durante tanto tiempo, que me volví a mirar qué había allí. Nada extraordinario, un sofá floreado, una mesa con bolsitas amontonadas, sus cosas de hierbas.

—El reloj perteneció a Avril —dijo la señora Riley—. Ella insistía en colocarlo en el vestíbulo. Odiaba el gran reloj del abuelo.

—No la culpo —comenté—. Es como un guardia apostado en el rellano, mirándote entrar y salir. Puedes oírlo tocando donde quiera que estés en la casa.

—Avril lo llamaba “el gran matón”. Ella cambiaría la hora del pequeño reloj a cualquiera que ella quería que fuera. Sus padres le seguían el juego, lo que le permitía volver a casa mucho después de lo que se suponía. Me sorprende que tu abuela no tirara ese miserable pequeño reloj.

—Es una antigüedad.

—¿Qué es una antigüedad más? —dijo la señora Riley—. Helen tiene dinero hasta para quemar.

—Puede que lo conserve porque le recuerda a Avril.

—Eso es precisamente el por qué ella debería tirarlo.

Estaba sorprendida por la amargura en la voz de la señora Riley. —¿Trabajaba allí cuando Avril estaba viva? —pregunté.

—Era la doncella personal de ambas niñas.

—Pero debe haber tenido su edad...

—Yo era un año mayor que Avril —replicó—, y dos años mayor que Helen.

Eso no podía haber sido fácil, pensé, especialmente si Avril actuaba como una princesa. —¿Cómo eran ellas, mi abuela y Avril?

La señora Riley tomó una respiración profunda y la dejó salir lentamente. —Avril era hermosa, popular y mimada. Estaba siempre en todo y conseguía demasiada atención de sus padres. La pobre y seria Helen no conseguía casi nada.

—Eso no suena justo.

—Helen era una buena chica. Leía mucho y siempre mantenía su habitación limpia. No había nada que yo tuviera que recoger por ella. ¡Pero

Avril! No se preocupaba de dónde dejaba las cosas, y su habitación era pequeña y llena. Ella insistía en dormir en el ala trasera.

—¿El ala trasera? —me senté un poco más erguida.

—Oh, sabía lo que ella estaba tramando, incluso si sus padres no lo sabían. Ella podía entrar y salir de la casa por un camino del tejado de la cocina.

Puse una mano en mi boca. Avril había dormido en la habitación donde yo me despertaba, donde Alice había visto al fantasma.

—¿Qué pasa? —preguntó la señora Riley.

—Nada.

Las pupilas de sus ojos eran como alfileres oscuros clavándome a la pared; no me dejaría ir hasta que le diera una respuesta mejor.

—He estado en esa habitación —dije al fin—. Tiene rosas en el empapelado.

—Avril adoraba las rosas. Las quería en jarrones, en su pelo, en los ramos que le daban sus novios... y siempre conseguía lo que quería. La pobre Helen creció terriblemente celosa y enfadada. No la culpo, no después de que Avril le robara a Thomas.

—Pero mi abuelo era Thomas —dije, perpleja.

La señora Riley asintió, sus ojos eran líneas largas y oscuras, como si se enfocaran en un recuerdo distante.

—Él fue el primer novio de Helen, al menos públicamente. Hubo otras chicas, muchas otras. Dinero es lo que movía la mente de Thomas.

No era una imagen halagadora del padre de mi madre, pero yo había venido en busca de la verdad.

—Él era un joven ebanista de Filadelfia, un aprendiz contratado para hacer trabajos de reparación en la casa Scarborough —la señora Riley continuó—. Thomas tenía talento pero no tenía dinero. Cambió sus afectos de Helen a Avril, quien, como la mayor, se suponía que heredaría todo. Cuando Avril murió, todo pasó a ser de Helen. Todo incluido Thomas.

Me eché hacia atrás en la silla, pensando sobre cómo la abuela debió haberse sentido: desechada, luego recogida de nuevo, siendo la segunda opción. Sin embargo, ocurrió hace mucho tiempo. —No entiendo por qué algo de esto le importaría ahora, pero algo la ha hecho estallar, y parece conectado con Avril.

—Algunas heridas sanan, otras se infectan —replicó la señora Riley.

—¿Ha visto al fantasma en la casa Scarborough? —pregunté.

—No. Poco después de morir Avril, me casé y dejé la casa. Nunca he sido invitada a volver.

—¿Es posible que mi abuela crea que está siendo rondada por el fantasma de su hermana muerta?

La señora Riley alargó sus nudosas manos sobre la mesa, tocándola con sólo las puntas de sus dedos, como si estuviera usando una tabla Ouija.

—¿Por qué dices *crea*? —preguntó—. ¿Porque no crees que sea posible?

—No lo sé. No realmente. ¿Puede un fantasma mover cosas?

—Sí —replicó.

—¿Puede un fantasma... —vacilé— conducir a una persona a algún sitio? ¿Guiar a una persona a una habitación o a un lugar?

—Ciertamente has oído relatos de fantasmas revelando dónde han escondido objetos de valor —dijo.

—¿Cómo murió Avril?

La señora Riley me estudió larga e intensamente. —¿Quieres la historia real, o la que contó la familia?

—Ambas.

—De acuerdo con el médico de la familia, de acuerdo con lo que el señor y la señora Scarborough querían que dijera, fue una reacción alérgica.

—¿A qué?

—*Redcreep*². Crece aquí en la orilla. Desde los tiempos coloniales, niñas y mujeres suelen usar mezclas de ella como una poción de belleza. Dilata los ojos, da color a las mejillas. Ellos encontraron una botella en el escritorio de Avril.

—¿Y la historia real? —pregunté.

—Fue una sobredosis. Avril, como muchas chicas en ese entonces, había tomado *redcreep* antes. No era alérgica a ello. Ella estaba saliendo furtivamente esa noche para ver a Thomas; Helen y yo lo sabíamos, y quería estar guapa. Ella se puso enferma en el molino, que era su lugar secreto de encuentro. Thomas se apresuró a llevarla al médico, pero murió en el camino. Una sobredosis de *redcreep*. Incluso las cosas buenas pueden dañarte si tomas demasiado de una vez. Muy típico de Avril —añadió—, siempre queriendo hacer más, probar más, tener más, siempre haciendo alarde de los límites. La familia no quiso que una causa como “sobredosis” apareciera en el papel. Eso haría responsable a

² *Redcreep*: Planta utilizada en el siglo veinte por las mujeres como tónico de belleza. Sus efectos eran, dilatación de las pupilas y enrojecimiento de las mejillas, que daban cierto atractivo y apariencia sana a las mujeres en aquella época

Avril, y ella nunca tenía la culpa de nada. Por supuesto, los Scarborough tenían influencias, como el dinero siempre lo tiene.

La señora Riley descansó su barbilla en sus manos. Su voz sonaba cansada, como si el amargo filo que había oído antes hubiera cambiado, y todo lo que ella podía sentir ahora fuese el plano del cuchillo.

—Creo que eso responde a la mayoría de mis preguntas —dije—. ¿Cuánto debería pagarle?

—No hay cobro por hoy —replicó—. Tómallo o déjalo.

—Gracias —dije, y bajé las escaleras, lo que era algo bueno ya que ella cerró la puerta de un golpe a mis talones.



Capítulo II

Traducido por sooi.luuli y BrendaCarpio

Corregido por Akanet

Comí mi desayuno rápidamente abajo en la cafetería, luego me dirigí al trabajo en Yesterdaze. Ginny fue increíblemente paciente conmigo ese día. Tuve que contar un paquete de a un dólar cuatro veces antes de que lo hiciera bien, y le daba monedas de cinco centavos cuando me pedía de diez. A las 3:10, le pedí disculpas por mis errores.

Ella sonrió. —No te preocupes por ello. ¿Seguimos aún en pie para el miércoles, jueves, y sábado?

—Sip.

Ginny me estaba dando el viernes libre para descansar para el “fin de semana de invasión”.

En lugar de ir a casa después del trabajo, vagué de arriba abajo por High Street, y por las calles de alrededor, pensando en las cosas que había aprendido de la señora Riley. No vi el jeep que pasó cerca, no hasta que Alex se colgó desde la parte trasera, saludando con la mano y llamándome por mi nombre. Se detuvo media manzana delante de mí, y dos chicas salieron, Kristy y una de sus clones. Miraron en mi dirección, entonces se apartaron rápidamente y les dijeron algo a los chicos.

Tan pronto como empezaron a caminar, Alex gritó: —Oye, Megan, ¿a dónde vas?

—A ningún lugar en especial —respondí cuando me acerqué—. Sólo estoy caminando.

—¿Quieres un paseo? —preguntó.

Eché un vistazo hacia Matt, esperando una invitación de su parte. No dijo nada.

—Súbete —me animó Alex—. Puedes ir adelante.

—No sé si quiero tanto un paseo —le dije—. Vi cómo manejó Matt el primer día que estuve en la ciudad.

—¿Cómo manejé? —preguntó Matt.

—Casi te llevaste el parachoques de Ginny contigo.

Frunció el ceño. —¿Segura? No te vi.

—¡No me digas!

Alex se rió, entonces Matt sonrió y se inclinó sobre el asiento para abrir la puerta. Me subí.

Nos dirigimos hacia una calle de casas victorianas que estaban frente al campus universitario, parando en frente de una alta casa blanca con postigos verdes y un porche a techo cubierto. Alex saltó del lado del pasajero, luego se inclinó en el borde de mi puerta.

—¿Saldrías conmigo? —preguntó.

No me esperaba la pregunta. —Um... —Comencé a voltearme hacia Matt.

Alex se estiró y agarró mi cara suavemente con su mano. —No necesitas su permiso, ¿o sí?

—Supongo que no. —Escuché al asiento de mi primo crujir—. Es sólo que no estoy aquí por mucho tiempo, y no quiero estropear la amistad que ustedes dos tienen.

—Si a Matt no le gusta que yo salga contigo, entonces *él* está estropeando la amistad, ¿cierto?

Pensé en ello, entonces sonreí. —Cierto. Así que, ¿cuándo?

—¿Jueves a la noche? No tenemos escuela el viernes, y hay una gran fiesta en lo de Kristy.

—Oh, no, lo siento. Sophie y yo vamos a ver una película.

Él se vio sorprendido. —¿No puedes cambiarlo? Pensaba que las chicas tenían una regla que cuando una de ellas tenía una cita, todos los otros planes se cancelaban.

—No me atengo a esa regla.

Detrás de mí, Matt rió... *un poco demasiado fuerte*, pensé.

—No es justo para la otra persona —expliqué—. Especialmente para Sophie. Ella ha tenido suficiente que hacer con la escuela y el trabajo. No quiero cambiar los planes de ella.

—¿Quieres decir Sophie Quinn? —preguntó Alex—. Solíamos ser mejores amigos cuando estábamos en la escuela primaria. ¿Por qué no vamos los cuatro a la fiesta... tú, Sophie, Matt y yo?

Ahora sí me volteé hacia mi primo.

Él se encogió de hombros. —Está bien por mí.

—Le preguntaré a Sophie qué quiere hacer —le dije a Alex, aunque estaba bastante segura de que estaría encantada de ser la cita de Matt.

Alex probablemente pensaba lo mismo, ya que le dio a la puerta un golpazo satisfecho. —Te veo el jueves en la noche.

Mientras nos apartábamos del bordillo de la acera, le dije a Matt: —No te preocupes por mí y tus amigos. Me comportaré bien.

—Me estaba acostumbrando a ti —replicó—, ¿y ahora vas a cambiar?

—¡No puedo ganar contigo! —exclamé.

—No sabía que querías hacerlo.

Sacudí mi cabeza y suspiré. —Escucha, Matt, antes de que llegemos a la casa, tenemos que hablar.

—Sobre la abuela —supuso, y aminoró la marcha un poco—. ¿Ella empeoró después de que me fui?

—No empeoró, pero en verdad está comenzando a irritarme la manera en que me culpa por las cosas que fueron movidas. Necesita un poco de información, así podía comprender lo que estaba pasando. Fui a ver a la señora Riley.

La firme posición de su boca y el largo silencio me dijeron que no le gustó lo que había hecho.

—Ella solía trabajar para los Scarborough —continué—, cuando la abuela y la tía Avril eran adolescentes. ¿Sabías eso?

—Sabía que había trabajado en la casa. —Le dio un golpecito al intermitente del Jeep con un dedo, entonces dio una brusca vuelta—. Y sé que es mejor no confiar en ella.

—Me dijo que la Biblia, el reloj, y la pintura fueron regresados a donde solían estar hace años, cuando Avril estaba viva.

Me echó un vistazo de soslayo. No pude ver su cara lo suficiente para saber si estaba sorprendido por las noticias.

—La señora Riley tiene una manera de influencia para sacar la información de la gente —dijo—, luego la devuelve de forma diferente, así piensan que les está diciendo algo nuevo.

—Pero ella adivinó dónde estaba el reloj. Y aunque le dije que la pintura del paisaje se movió a la sala de música, ella sabía que estaba colgada encima del cofre chino.

—Megan, piensa acerca del tamaño de la pintura. ¿Dónde más la colgarías en la sala de música? En cuanto al reloj, un montón de gente los mantiene en los vestíbulos. Toda casa antigua en Maryland tiene un reloj del abuelo en el hall o en el descansillo de una escalera.

—Es demasiada coincidencia —insistí.

—La señora Riley hace su vida de coincidencias. Espero que no le pagaras mucho.

—No me cobró —repliqué con un tanto de suficiencia.

—Ella está contando con que regreses. Entonces te cobrará el doble —dijo, sonando igual de petulante.

Atravesamos el puente Wist. Me volteeé para mirarlo, recordando que Sophie había visto al fantasma allí. ¿Los fantasmas no rondaban los campos de batalla y otros lugares donde morían? Si Avril había muerto en algún lugar entre el molino y el consultorio del doctor, ¿podría haber sido mientras Thomas estaba manejando por el puente?

—¿Dónde está el molino? —pregunté.

—En el arroyo. Aproximadamente a un tercio de una milla más allá de la entrada de la abuela hay una calle a la izquierda. Llega hasta el molino.

—Tenemos algo de tiempo —dije—. Vamos.

—No —respondió rápidamente.

—¿Por qué no?

—No hay nada que ver allí —dijo—. Ha estado abandonado durante años y está lleno de ratones y ratas.

—Está bien, iré más tarde sin ti.

Sacudió su cabeza. —Terca.

—Sí. —Concordé—. Increíble, ¿no? No tenemos vínculo de sangre, pero compartimos ese rasgo de familia.

—Escúchame, Megan, no puedes entrar al molino. Casi todo está hecho de madera, y está en mal estado. La estructura es insegura.

Mientras decía eso, pasó la entrada de la casa de la abuela. Intenté no sonreír.

—No sonrías —me dijo.

—Otro rasgo de familia.

—Te estoy llevando allí para que no vayas por tu propia cuenta —dijo—. ¿Entiendes?

—Sí. Gracias, hermano mayor.

Sonrisa mutua.

El camino hacia el molino estaba lleno de baches, su capa de piedra desgastada, dejando largos espacios desnudos y profundos surcos. Arbustos y

pequeños árboles crecían cerca del camino y arañaban los lados del Jeep. Matt murmuró algunas maldiciones. Entonces de repente estábamos en un claro con un mar de alta hierba moviéndose a nuestro alrededor. La suave madera erosionada del molino se levantaba sobre él, de dos pisos, coronado por un ático debajo de un techo inclinado.

— Es el de la pintura — dije.

Matt asintió.

Una estructura como de una buhardilla sobresalía del medio del techo empinado, pero era más grande, enmarcando una puerta. La puerta del techo estaba abierta, revelando un oscuro hueco en el edificio de color gris claro. El primero y el segundo piso tenían puertas que se alineaban bajo la entrada del techo, pero estaban cerradas, al igual que una puerta lateral. Todas las ventanas tenían cerradas las persianas.

— ¿Dónde está la rueda hidráulica? — pregunté.

— A la vuelta.

Salí del Jeep.

— ¿Megan? No entres.

— Volveré.

Un momento después, él caminaba detrás de mí a la orilla de un arroyo que corría hacia la pared del sótano del molino. La rueda grande, inmóvil al lado de la pared, parecía la rueda de paletas oxidada de un barco de vapor.

— No es exactamente un torrente de agua — comenté.

— El molino funciona por un estanque — explicó Matt, apuntando hacia un montículo de tierra en el otro lado de la carretera—. Cuando las puertas se abren, el agua entra por encima de la rueda, usando la gravedad para girarla.

Asentí con la cabeza, luego miré de nuevo a la entrada oscura en el techo.
— ¿Alguna vez has visto un fantasma aquí?

— No hay ningún fantasma — respondió.

— Aquí es donde Avril vino, el día de su muerte.

Me miró sorprendido. — ¿Cómo sabes eso?

— La señora Riley me lo dijo. Ella dijo que Avril vino con nuestro abuelo. Thomas fue primero el novio de la abuela, luego Avril se lo quitó. Este era el lugar de los encuentros secretos de Avril y Thomas.

— No lo creo.

— ¿Tienes alguna razón para no hacerlo? — le pregunté.

—La señora Riley es una chismosa y siempre ha querido llegar a nuestra familia.

—Esa es una razón bastante débil.

—Hemos pasado bastante tiempo aquí —dijo bruscamente, y luego se encaminó hacia el jeep.

Fui hacia él. —La señora Riley dijo...

—Creo que sería una buena idea —me interrumpió— que tú, Lydia Riley, y la abuela empezaran a vivir en el presente.

—No saber lo que sucedió en el pasado puede impedirte vivir plenamente el presente.

—No es relevante —argumentó, y abrió la puerta en mi lado del jeep—. Entra.

—No.

Alcanzó mi brazo.

Me aparté, pero se aferró a mí, con tanta fuerza que hice una mueca. —¡Me haces daño!

Me soltó.

—Tengo unas cosas más que hacer.

Matt se apoyó en el Jeep y no dijo nada.

Me dirigí por el otro lado del molino. Mientras la tierra descendía hasta el agua, el suelo bajo mis pies se hizo suave y arcilloso, tal vez inundado por el arroyo, que estaba a unos veinte metros de distancia. El molino parecía alto desde el lado del arroyo, cuatro pisos se elevaban sobre mí, la pared de ladrillo expuesto del sótano. En la base del edificio había una puerta holandesa, su inferior entreabierto. Era un atractivo agujero de ratón, y un agujero de gente.

Me acerqué a la puerta doble y empujé la mitad superior. No se movió. Me arrodillé y me arrastré a través del fondo, dando tumbos en la oscuridad, de cabeza, había dos pasos hacia abajo en el interior. El suelo estaba húmedo, cubierto de cosas ordinarias. Delante de mí no pude ver nada más que vagas formas. De pie, me dirigí hacia la puerta y pasé las manos sobre la parte superior hasta que sentí un cerrojo. Después de varios intentos, lo deslicé hacia atrás y abrí la parte superior de la puerta, dejando entrar más luz.

Cuando me giré hacia el sótano de nuevo, abrí la boca. En el otro extremo de la larga estancia había ruedas, grandes engranajes, cada una interconectada con la otra. La más grande era tan alta como yo. Estaba en el sótano de mi sueño, donde me había escondido de Matt. Me hundí en la puerta, con miedo de cruzar al otro lado, con miedo de acercarme a las ruedas.

¿Cómo había llegado a soñar con este lugar? Dudaba que estuviera leyendo las imágenes de la mente de mi madre. La voz, los sueños, despertar en la habitación de Avril, el cambio de los objetos a donde Avril esperaba que estuvieran. Era con Avril con quien me estaba conectando.

Mi piel se sentía fría y húmeda. Me puse de pie rápidamente. —¡Déjame en paz! —dije, tropezando con la entrada—. ¡Déjame en paz!

Matt, que había estado a corta distancia, me escuchó. Dio un paso atrás, girándose bruscamente, y subió rápidamente la colina hacia su jeep.

Ninguno de los dos habló en el camino a casa. Yo sabía que Matt pensó que le estaba diciendo a él que me dejara en paz, pero no había mucho que pudiera hacer al respecto. Él no iba a creer que había estado hablando con un fantasma.

Aparcó el coche en frente de la casa y salió del jeep sin mirarme. Siguiéndolo mientras subía los escalones del porche, me di cuenta de la arcilla y el barro embarrado en la gruesa suela de goma de sus zapatillas Nikes.

—Nuestros zapatos son un desastre —le dije, sentándome en un banco para retirar los míos. Comprobó los suyos, luego se sentó frente a mí. Para cuando comenzó a desatar sus zapatos, ya me había quitado los míos y los llevaba a la casa.

La abuela me recibió, entrando por la puerta del ala trasera. —Llegas tarde.

—¿Para la cena? —Eché un vistazo al reloj. No eran las cinco todavía.

Se quedó mirando mis zapatos. —¿Qué hiciste después del trabajo?

—Nada, sólo estuve fuera.

Matt entró por la puerta, y los ojos de la abuela se lanzaron a sus zapatos. El color rosado de sus mejillas se elevó. —¿Dónde has estado?

Aunque la pregunta iba dirigida a él, yo contesté, ya que el viaje había sido mi idea. —En el molino.

—¿Por qué la llevaste allí? —exigió la abuela, todavía centrada en Matt.

Vi la mirada cautelosa en su rostro.

—Yo se lo pedí —dije.

—No estoy hablando contigo.

—Megan quería ver el lugar —dijo Matt—. Y pensé que sería más seguro si iba con ella.

—Megan quería ver el lugar —imitó la abuela.

—Así es —le dije—. Tenía curiosidad.

La abuela dio un paso hacia mí. —Te dije el día que viniste aquí que respetara mi privacidad. ¿No es así?

Asentí en silencio.

—Me dirijo a ti ahora. ¡Respóndeme en voz alta!

—Sí, abuela. —No podía intentar molestarla. Si yo me sentía atormentada por la presencia de Avril, sólo podía imaginar cómo se sentía ella.

—Así que ahora vas a ser dulce y de voz suave —observó, sus labios se encresparon—. Dulce y astuta.

—Cálmate, abuela —dijo Matt—. ¿Alguna vez le dijiste Megan que no fuera al molino?

—¿Está defendiéndola?

—Todo lo que estoy diciendo es que te estás emocionando mucho por una pequeña visita al molino —respondió.

—Y por Lydia Riley —agregó.

Miré a la abuela, sorprendida. —¿Quién te dijo eso?

—No importa. Lo que importa es que prometes no hablar con ella de nuevo.

—¿Por qué?

—¡No me contestes! —Su voz fue chillona.

Me senté en los escalones, con la esperanza de que esta conversación no siguiera con gritos irracionales. —No estaba contestando —expliqué—, sólo me preguntaba...

—Estás viviendo en mi casa, debes seguir mis reglas.

Me mordí el labio, y luego asentí.

Matt puso una mano sobre su brazo. —Abuela, sé justa. Megan sólo estaba preguntando...

Ella se volvió hacia él. —No tengo que explicar mis reglas a nadie, incluyéndote a ti, Matt. —Su mandíbula comenzó a temblar—. Ya no puedo confiar en ti. No desde que ella llegó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Eres fiel a ella.

Él miró a la abuela. Era como si tuviera que estar de su lado o del mío, y no se le permitía preocuparse por las dos al mismo tiempo.

—Tómalo como quieras —dijo, y salió por la puerta trasera de la sala.

La abuela se puso delante de mí, la cabeza a la , y luego entró en la biblioteca y cerró la puerta detrás de ella.

Me quedé sentada en la escalera, desconcertada por sus sospechas de celos. “Algunas heridas se curan, otras se infectan”, había dicho la señora Riley. Tal vez la abuela nunca se había curado realmente de su primera traición. Matt era la persona más importante en su vida ahora, y ella era la persona más consistente en la suya. Me preguntaba si ella me veía como Avril, poniéndome entre ellos. Tal vez la abuela tenía miedo de perder de nuevo.

Bueno, ese es su problema. Ella fue la que eligió hacer girar su mundo alrededor de un nieto, rechazando a mis padres y a mis hermanos y a mí. Me levanté y subí las escaleras, sintiéndome dividida entre la compasión y la ira. Entonces oí la maquinaria del gran reloj empezar a rebobinar. Subí de a dos pasos a la vez, corriendo antes de que pudieran comenzar sus lúgubres campanas.



Capítulo 12

Traducido por Yre24 y BrendaCarpio
Corregido por Vapino

El miércoles por la mañana vi a Matt el suficiente tiempo para preguntarle si podía revisar mi email desde su computadora. Cuando él se marchó para la escuela, la abuela me informó que tenía una cita temprano. No pregunté a dónde, no después que me recordara ayer acerca de su privacidad. Ella se fue, y subí a revisar mis e-mails, tenía varios mensajes de amigos de la casa, pero era la carta de mamá la que yo estaba más impaciente de abrir. La imprimí, borré la copia electrónica, y me senté a leerla.

¡Hola Cariño! A Papá y a mí nos encantó tu email. Nos sentimos como si estuviéramos de nuevo en Hight Street otra vez. La vida aquí no es igual sin ti. Tanto Pete como Dave han dicho que te extrañan, aunque le prometí a ellos que no lloraría (crucé mis dedos). En tu nota, apenas mencionaste a la abuela. Te conozco, Megan, y me preocupo cuando guardas silencio. Estoy contando con que me harás saber si hay problemas.

¡Entonces encontraste la casa de muñecas! Esa fue construida por la abuela y su hermana. Yo jugué con ella mientras era niña, pero no puedo encontrar una foto de ella en ningún lado ¿Por qué preguntas? Acerca de la Tía Avril, ni mamá ni papá hablaban mucho de ella. Yo nunca incluso he visto su fotografía –quizás ellos las guardaron cuando ella murió. Nosotros se suponía que no preguntáramos acerca de ella. Papá decía que ponía a mi madre triste el pensar acerca de su hermana. Yo sí recuerdo llevarle flores de aniversario a su tumba en Abril... “Avril” es la palabra francesa para ese mes. En Octubre también –yo creo que fue cuando ella murió. Ella tenía una amiga cercana llamada Angel, Angel Cayton. El padre de Angel era doctor, y alguien me dijo que ella fue llevada a él la noche en que murió. Eso es todo lo que sé.

Todos estamos bien aquí. El Spaniel³ de los Naughtons tuvo cachorritos. Escribe pronto. Y esta vez no dejes de mencionar lo que sea que intentaste evadir en tu último email.

Con Amor, Mamá.

³ Spaniel: Raza de perro

Imprimí las notas de mis amigos, luego cerré sesión. Tan pronto como llegara al trabajo, le tenía que pedir a Ginny ayuda para encontrar a la amiga de Avril.

—Angel Cayton—dijo Ginny, relleno de tejido bajo los brazos de un vestido pálido que estaba decorado con aljófares. Ella y yo habíamos puesto el vestido en la figura de costurera así Ginny podría fotografiarlo para un cliente fuera de la ciudad—. No había pensado acerca de ella en años. Murió hace quince, no... debe de ser unos veinte años atrás ahora. Angel era todo un personaje: muy activa en los amoríos de ciudad y generosa con su dinero. Ella comenzó el Fondo de Marineros.

—¿Ella dejó alguna familia? —pregunté, aunque tenía pocas esperanzas que alguien recordara historias que pudieran contarme de más de veinte años atrás.

—No lo creo. ¿Evie?

Evie Brown, una de nuestras más antiguas clientes, quien venía casi todos los días, estaba parada frente al espejo, probándose carteras en sus brazos.

—¿Evie, tú no sabes si Angel Cayton dejó alguna familia por aquí?

La Sra Brown consideró el nombre durante un momento. —Nop —dijo por fin—. Angel era hija única y nunca se casó. Su amor, Sam Tighe, murió en la última guerra.

—Se refiere a la Segunda Guerra Mundial —me susurró Ginny.

—Angel murió en un accidente de coche, ¿no? Sí, estoy segura —la Sra Brown se contestó ella misma—. En las afueras de Talbot Road, en la Curva del Hombre Muerto. Aunque Angel es la única que ha muerto allí. Por qué no la llamamos “La Curva de la Mujer Muerta”, simplemente no lo sé. El condado nunca consigue hacer las cosas bien.

—Yo no creo que el condado nombrara la curva —dijo Ginny gentilmente

—El Estado es igual de malo —la mujer respondió. Luego se estiró para alcanzar una cartera roja en una clavija más allá de su agarradero. Yo me acerqué y la recogí.

—Disculpa, no podemos ayudarte —Ginny me dijo.

—¿Cuál es el problema? —la mujer anciana me preguntó, agarrando la cartera roja de mí, luego colocó las otras que se había probado en mi brazo, como si yo fuera un estante de la tienda.

—Yo esperaba hablar con la Señorita Cayton —respondí

—Entonces intenta con Lydia Riley. Ella es buena llamando al otro lado.

Oí a Ginny tragarse una risa.

—Estoy sorprendida de que tu abuela no te sugiriera eso —añadió Evie—. Helen estaba allí hoy. —Ella añadió la cartera roja a mi brazo.

—¿Dónde?

—Viendo a Lydia Riley. Justo antes de mi cita de esta mañana.

—¿Usted está segura?

—¿Estas diciendo que estoy confundida? —La Sra Brown preguntó, sus ojos centellando.

—No, no. Estoy sorprendida, eso es todo.

—Yo también —ella agregó amablemente—. Por lo que yo sé, ellas no habían hablado en años. No puedo imaginarme sobre qué tenían que hablar. —Ella me miró detenidamente, con mucha curiosidad—. ¿Tú lo sabes?

—No —dije, imaginándome muchas cosas.

Sophie pasó por la tienda esa tarde. Después de finalizar con un cliente, yo me uní a ella en el área de joyería. Ella se inclinaba en sus codos, mirando fijamente abajo a un pendiente de aguamarina.

—¿Adivina qué? —dije—. Tenemos otra invitación para mañana en la noche. Una fiesta.

Ella se enderezó y sonrió. —¿De quién? La única fiesta de la que sé es la de Kristy.

—Es esa.

Su cara cayó. —No fui invitada, y no creo que Kristy esté emocionada si yo simplemente aparezco. No he sido parte de su grupo desde la escuela secundaria. Tú ve a la fiesta, podemos ver la película el viernes por la noche.

—Pero no vas a ir sin ser invitada —le dije—. Matt te llevará.

—¿Matt? —Las mejillas de Sophie se pusieron rosadas—. ¡Kristy me matará!

—Pero pensé que a ti te gustaba. Y pensé que dijiste que él no estaba saliendo con nadie.

—Sí me gusta. Y no está saliendo con ninguna persona. Y ella todavía estará más molesta que nunca.

—¿A quién le importa? Tú puedes hablar conmigo en la fiesta. Voy a ir con Alex.

—¡Oh! Tengo que pensar sobre esto, Megan.

—Alex me dijo que ustedes solían ser mejores amigos.

—Sí, hace mucho tiempo. —Sophie se acercó al vestido de seda que Ginny había puesto en la figura de costurera y trazó el diseño de aljófar con su dedo. Ginny salió de la despensa, miró a Sophie y luego miró el vestido. Ella sostuvo su cabeza a un lado y entrecerró los ojos, una acción que por lo general quería decir que estábamos a punto de tener una exhibición.

Sophie se giró hacia mí. —Alex y yo solíamos pasar cada día juntos en la escuela y durante el verano, pasando el tiempo —ella dijo—. Él siempre podía convencerme de rajarme lejos del puente a las cuatro de la mañana. Yo era la única persona que saldría con él en su viejo barco en una lluvia torrencial para poner un palangre. Realmente me gustaba estar alrededor de él y el agua.

—Entonces esto debería ser divertido.

Sophie no parecía tan segura. —Espero que él haya olvidado el regalo de San Valentín que le envié en quinto grado.

—¿Por qué? —pregunté.

—Fue tan embarazoso. Alex quiso pasar el rato con los chicos, y ellos no dejaban que una muchacha los siguiera. Yo quería que él supiera que era importante para mí, entonces le hice este corazón de tarjeta del día de San Valentín. Dibujé piernas de cangrejo alrededor de ello para el cordón, y un remo de barco para la flecha.

Me reí a carcajadas y Sophie se ruborizó.

—Uno de sus amigos la encontró y se la mostró a cada uno. Ellos le echaron una broma horrible. Eso fue bastante para Alex y su novia...

Ella hizo una pausa y miró a Ginny, quien abrió la caja de joyería y sacó el pendiente de aguamarina.

—Escucha, Sophie —dije—, si hay una cosa que he aprendido sobre los chicos es que ellos no recuerdan cosas sentimentales, incluyendo a aún un corazón con piernas de cangrejo. Además, eso fue en quinto grado. Pienso que Alex ha cambiado su manera de pensar acerca de pasar el rato con chicas.

Ella se rió un poco. —Supongo que sí.

—Entonces piensa sobre ello —le dije. —Haremos lo que quieras hacer.

—Sophie, no te vayas a ninguna parte —dijo Ginny—. Necesito un favor. ¿Podrías ponerte este vestido y dejarme tomar tu fotografía?

—¿El vestido perlado? ¡Oh, mi Dios! —Sophie jadeó.

—Creo que eso es un sí —dije.

Ginny deshizo los botones y quitó el vestido de la figura. —Vamos a verlo ahora —dijo, hablando más con ella que con nosotras—. Vamos a necesitar algunos zapatos, y recoger tu cabello encima de tu cabeza, con un peinado agradable, perlas suaves de marfil para este cabello rojo. —Ginny recogió una gran cantidad de artículos, luego introdujo a Sophie en el vestidor trasero.

Yo serví a dos clientes mientras esperaba a que Sophie saliera. Cuando las campanas que cuelgan sobre la puerta de la tienda tintinearón tres veces, alcé la vista para ver a Alex y a Matt en sus ropas de correr.

—Déjenme adivinar —dije—. Están interesados en pañuelos de encaje.

Alex sonrió. —¿Tienes alguno que combinen con nuestros shorts?

—El blanco va con todo —le contesté.

Matt me dedicó una sonrisa de complicidad, una algo coqueta.

—Entonces, ¿qué pasa?

—¿Has hablado con Sophie? —preguntó Alex—. ¿Ella quiere ir a la fiesta?

—Aún lo está decidiendo. —Oí la voz de Ginny que venía de la parte de atrás—. Si esperas un minuto, le podrás preguntar por ti mismo.

Ginny salió de los vestuarios, seguida por Sophie. No sé quién estaba más sorprendido al verse el uno al otro, si Alex o Sophie.

—¡Bonito vestido! —Matt felicitó a Sophie.

La seda y las perlas finas eran tan brillantes y tan delicadas como Sophie. Su cabello recogido mostraba sus altos pómulos y su largo cuello. El colgante de aguamarina era del mismo azul brumoso que sus ojos. Ni Alex ni Matt podían dejar de mirarla.

—Sophie —dijo Alex—. Por un minuto no te reconocí. Cuánto, eh... cuánto has crecido.

Ella frunció el ceño. —¿Desde la clase de matemáticas? Me viste en matemáticas hoy, ¿recuerdas?

—Oh, sí —dijo, enrojeciendo—. Creo que es el vestido y todo.

—No —Ginny le corrigió—. Es la *chica* del vestido y todo. Está bien, cariño, vamos al espejo de aquí.

Alex, por una vez, se había quedado sin habla, por lo que Matt se hizo cargo de su misión. —¿Saldremos mañana en la noche? —le preguntó a Sophie.

Ella me miró.

—Te está preguntando a ti —le dije.

Ella sonrió. —Seguro.

Matt se ofreció para conducir y organizar los tiempos de recogida, entonces los chicos se retiraron. Vi a Ginny sonriendo mientras observaba a Sophie, pensando que si la cámara podía captar el resplandor en su rostro en ese momento, sería una venta segura.

Cuando Sophie se había cambiado de nuevo a la ropa de escuela, se tomó un descanso y luego la acompañé hasta el Mallard. Tan pronto como estábamos en la calle, le hablé de mi conversación con la señora Riley.

—Estoy empezando a asustarme realmente, Sophie —le dije—. Me despierto en una habitación. Supongo que soy sonámbula, y descubro que era la habitación de Avril. Las cosas se mueven a donde estaban cuando ella estaba viva. Sueño con un lugar que nunca he visto, entonces lo veo de verdad. el molino donde Avril y Thomas se reunían, donde ella estaba la noche que murió. Me siento como si estuviera persiguiéndome.

—Me pregunto por qué te eligió —reflexionó Sophie—. Es otro hecho de que puedas ser psíquica —agregó con picardía.

—Creo que está pasando con la abuela, también. Sé que la reubicación de las cosas le está afectando.

—¿Y Matt?

—Él sabe algo que no me está diciendo. Y quiere que me vaya.

Estábamos de pie delante de la ventana de Hojas de Té. Jamie pasó y nos saludó.

—¿La señorita Lydia dijo algo acerca de cómo Avril murió? —preguntó Sophie.

Cuando le conté las dos versiones del evento, los ojos de Sophie se iluminaron. —Tal vez Avril está tratando de establecer la historia verdadera. Hay un montón de historias de víctimas de asesinato que atormentan a personas y lugares hasta que se sepa la verdad.

—Su muerte fue un accidente —le recordé.

—Tal vez —respondió ella, y se dirigió a un banco delante del Mallard.

Me senté con ella. Había una cosa que había mantenido en secreto, y tenía que sacarlo. —Yo vi el fantasma.

Sus ojos se abrieron. —¿En serio? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Un par de noches atrás, en la sala de arriba. La vi en el espejo.

Sophie tenía una mirada extraña en su rostro. —¿En el espejo?

Asentí con la cabeza. —Se veía como una niebla.

Sophie miró hacia abajo en la acera, siguiendo la forma de un ladrillo con la punta del pie. —¿La has visto alguna vez fuera del espejo?

—No, pero sólo la vi una vez.

—Cuando pasaste por el espejo... —dijo Sophie.

—Sí. —Ella estaba haciendo que me inquietara—. ¿Qué sucede?

—Megan, por la forma en que hablaste de tus sueños, pensé que estabas viendo el futuro, o el pasado de tu madre. Pero a lo mejor no es eso. ¿Qué pasa si has estado recordando los lugares y los objetos que has visto en tu propio pasado?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué sucede si Avril reencarnó?

Me aparté. —Ahora tú pareces la extraña.

—Tiene sentido —argumentó—. Cuando volviste a su antigua casa, instintivamente fuiste a su antigua habitación. Tú pones su reloj donde ella lo guardaba. Ya que el molino era importante para ti, te has dado cuenta de una pintura de él que parecía fuera de lugar.

—¿Estás diciendo que moví esas cosas?

—Mientras estaba sonámbula —dijo Sophie—. Probablemente en más de una ocasión.

Negué con la cabeza.

—Avril murió cuando ella era una adolescente —dijo Sophie—. Lo que hace que sea más probable. La reencarnación es la oportunidad de completar lo que está inconcluso en una vida anterior. Por ejemplo, si dos amantes...

—He visto las películas, y sé lo que es —le dije, interrumpiéndola—. Una mujer es hipnotizada, y luego recuerda cosas extrañas de otro siglo. Yo estoy teniendo sueños.

—Son la misma cosa —respondió ella—. Recuerdos enterrados en el inconsciente. Vienen en diferentes formas, eso es todo. A veces, cuando una persona ha experimentado una muerte trágica, hay un síntoma de ello en la siguiente vida. Una niña muerta en un incendio. En su próxima vida, sólo de ver una vela encendida podría asustarse. Su fobia proviene de un recuerdo sepultado en su inconsciente.

—Bueno, yo no tengo fobias —le dije a Sophie—. Y, además, si el espíritu de Avril se reencarnó, no veo cómo podría haber un fantasma.

—Tal vez no lo hay.

—¡La vi con mis propios ojos!

—En un espejo —señaló Sophie a cabo—. Tal vez tuviste una experiencia fuera del cuerpo y viste a tu propio espíritu. Que es lo que otros ven justo antes del amanecer. Esto también tiene sentido... vives en una zona horaria diferente, por lo que tu ciclo de sueño es posterior al nuestro.

—No... —insistí.

—Piensa en la noche en que viste la niebla en el espejo. ¿Te acuerdas en algún momento el estar mirándote a ti misma, considerando tu cuerpo como lo es ahora?

Mi columna se estremeció. —En mi sueño, me vi muerta.

—¿Al igual que la forma de describir una experiencia cercana a la muerte? —preguntó—. ¿Al igual que cuando una persona cuyo corazón ha dejado de funcionar se ve tendida en una mesa de operaciones?

Asentí con la cabeza lentamente.

—Es una experiencia extracorporal.

—O un sueño —dije tercamente.

Sophie suspiró y se levantó de la banca. —Tengo que trabajar. Habla con la señorita Lydia. Ella te ayudará a entender.

Me puse de pie. —No hay nada que entender.

Puso una mano sobre mi brazo. —Megan, escúchame. A veces una muerte prematura no permite hacer el trabajo que se tiene que hacer. A veces separa a dos personas destinadas a estar juntas. La reencarnación no es algo que temer, es una segunda oportunidad.

—Nunca pedí una segunda oportunidad.

—Bueno, déjame ponerlo de esta manera: ¿quieres que los sueños se detengan?

—Quiero que *todo* se detenga.

—Entonces acepta la posibilidad de la reencarnación. Descubre quién eres y lo que tienes que hacer con tu segunda oportunidad. Una vez que lo tengas, el pasado te va a dejar ir.

No sabía qué pensar. No era el tipo de persona que huía de algo, y sin duda quería que las cosas extrañas que estaban sucediendo terminaran.

—Te veo mañana —dijo en voz baja, y luego entró.

Caminé por High Street y me senté durante mucho tiempo cerca del agua. Sabía que la abuela era más fría conmigo, que estaba celosa. Matt parecía confundido, dividido entre la protección y la defensa del tiempo que pasó conmigo. Yo, por alguna extraña razón, en realidad me preocupaba por la

abuela. Y estaba tratando de superar una atracción a Matt que no quería admitir. Los paralelismos entre el pasado y el presente eran extraños. ¿Estábamos los tres jugando las partes de un triángulo que había existido hacía sesenta años?



capítulo 13

Traducido por Carol93
Corregido por Vapino

No estaba preparada para hablar con la Sra. Riley en la tarde del miércoles, y no le pregunté a la abuela por qué había ido a verla. Por supuesto, se estaba sintiendo perseguida. Interrogarla sólo lograría ponerla más hostil conmigo. Esa noche me saqué y di vueltas en la cama. Descubrí la ventaja de no dormir: la falta de sueños. Aún así, mi mente se apresuró con pensamientos tan extraños como los sueños.

Si Matt fuera Thomas, entonces me habría sostenido una vez, me habría besado. Rápidamente aplasté esa ilusión. Según la Sra. Riley, hubo un montón de chicas en la vida de Thomas antes de que se decidiera por Avril. Se me ocurrió que su amor por Avril no era un hecho verificado. La Sra. Riley me dijo lo que creía en ese momento, pero por todo lo que sabía, Thomas podría haber estado planeando terminar con Avril la noche en que ella murió. Él y Avril pudieron haber tenido una fuerte pelea. Quizás los sentimientos negativos de ese momento habían cedido; seguro parecía como si Matt hubiera puesto su mente en contra mía antes de conocernos.

Para las ocho y cuatro de la tarde del jueves, había hecho girar tantas teorías en mi cabeza que no sabía qué pensaba acerca de Thomas y Avril. Pero mi confianza en la posibilidad de que Matt y yo habíamos reencarnado disminuyó: *¿los dos significamos algo para el otro en una vida anterior? No. Él y yo no somos más que un par de chicos de secundaria, primos que ocasionalmente iremos a una fiesta.*

Salimos en su Jeep para recoger a Alex y a Sophie.

—Espero que a Kristy no le moleste que Sophie y yo vayamos —dije cuando paramos en la luz roja.

—Ella nos dijo que podíamos traer a quienes quisiéramos —replicó Matt—. Lo que no quiere decir que ella será amable... —agregó—. Pero tú puedes con ella.

—Claro que puedo —dije, lo que le hizo reír—. Estoy preocupada por Sophie.

—Yo a cuidaré —me aseguró.

Buscamos a Alex por la universidad.

—Quédate donde estás, Megan —me dijo mientras se movía hacia atrás—. Es un camino corto hasta lo de Sophie.

Ella vivía en la calle Shipwrights, en medio de un bloque de casas de madera, cada una de dos pisos de alto, dos ventanas amplias y un porche que atraviesa el frente. Sus yardas diminutas valladas cuidadosamente con cercas.

Tan pronto como paramos el auto, Sophie salió, seguida de tres hermanas pequeñas, la más grande luciendo como de nueve años. El trío se alineó en los escalones del porche para mirar.

—Chicas —escuchamos una voz desde adentro de la casa—. Chiiiiicas.

Ellas hicieron caras largas, y lentamente volvieron adentro. Mientras tanto, Alex había corrido alrededor del jeep para abrir la puerta.

—Hola, Sophie —la saludé, a punto de saltar del asiento delantero para que ella pudiera sentarse ahí.

La vi dudar.

—Oh, sí —dijo Alex—. Me olvidaba de eso. Megan, ¿te molestaría quedarte adelante?

Lo miré sorprendida.

—Sino, puedo hacerlo yo —se ofreció.

Cuando vi a Sophie ruborizándose, rápidamente tiré de mis pies. —Ni un problema.

Tan pronto como ella y Alex estaban acomodados en los asientos de atrás, ella se inclinó hacia adelante. —Perdón, me asusta un poco ir ahí adelante.

—No te culpo, por la forma en que Matt maneja —le respondí.

Matt me miró de reojo, haciendo una mueca con una parte de su boca. — Sophie —dijo mientras arrancaba—, ¿has ido a la nueva casa de Kristy?

—No. Escuché que es espectacular.

—Tiene bañeras lo suficientemente grandes como para remar en ellas — dijo Alex.

—¿Lo suficientemente profundas para trotar una línea? —preguntó Sophie.

Él rió. —No, es linda, pero no perfecta. Hey, adivinen qué noté anoche mientras me vestía.

—No creo que quiera saberlo —bromeó Matt.

—Tu San Valentín —dijo Alex a Sophie—. Tenía la tarjeta clavada del lado de adentro de la puerta del armario de mi habitación. Tú sabes, ¿la tarjeta con las piernas de cangrejo dibujadas alrededor del corazón, y un remo de barco?

Ella lo miró fijamente, muda, después se giró para verme.

—Estaba equivocada —le dije—. Supongo que un chico en un millón es sentimental.

—¿Me perdí de algo? —preguntó Matt.

—¿Cuántas cosas quieres que nombre? —repliqué.

Dejó reposar una mano en la mía. —Estoy encantado de que hayas decidido no comportarte bien esta noche. No sabría qué hacer contigo.

No contesté. Estaba demasiado preocupada en cómo se sentía su mano tocando la mía.

—¿Realmente guardaste mi tarjeta? —preguntó Sophie a Alex.

—¿Es muy tarde para disculparme por haber sido un torpe chico de quinto grado?

Su voz era amable. —No fuiste torpe, sólo un simple chico de quinto grado.

—¿Cómo es eso de que no sales más con Kristy? —preguntó Alex.

—No tengo tiempo —ella respondió—. Ayudo a mi mamá con su trabajo y cuidado de mis hermanas. Después de que mamá y Ron tuvieron a Jenny, no pude hacer todo lo que Kristy quería que hiciera. Y, con Kristy, estás adentro o estás afuera. Yo estoy fuera.

Ambos continuaron charlando, poniéndose al día de las noticias acerca de su familia y la de ella.

—Bueno, chicos, voy a necesitar ayuda para encontrar la vuelta —dijo Matt.

Sólo nuestras luces delanteras brillaban en el oscuro camino rural.

—Está como a media milla de la curva del Hombre Muerto —le dijo Alex.

Hombre Muerto, pensé, recordando el enojo de Evie con el nombre del lugar en donde Angel Cayton murió.

Miré hacia atrás y vi a Alex alcanzando la mano de Sophie. No era una caricia amistosa. Él entrelazó sus dedos con los suyos y se movió más cerca.

Matt miró por el espejo retrovisor. —¿Estás llevando dos citas a la fiesta, Alex? —preguntó a la ligera.

—No, sólo pasando esta curva.

—Siempre me ha asustado —explicó Sophie.

—Cuando solíamos andar en bicicleta aquí abajo para pescar —dijo Alex—, ella me hacía ir por el camino largo para no tener que tomar esta curva.

Comenzamos a atravesar la curva, que apareció despacio, entonces bruscamente se dobló sobre sí. Yo revisé sobre mi hombro y vi a Sophie cerrar sus ojos.

—Gracias, Al —ella murmuró cuando la ruta se enderezó otra vez.

Me quedé observándola perpleja. Había participado tanto de la emoción con Thomas y Avril, que no había pensado acerca de nadie más de su tiempo. La mejor amiga de Avril había sido Angel, y Angel había muerto en la curva a la que Sophie le temía tanto al punto de ser fóbico. Sophie había dicho que sentía una “conexión” conmigo. ¿Era una vieja amistad lo que ella sentía? Angel había perdido a su amor en la Guerra, así que ella y Sam Tigue eran otro caso de una pareja separada muy pronto.

Me sentí rodeada de fantasmas, atrapada en eventos del pasado.

—¿Estás bien? —preguntó Matt.

Cuando Sophie no contestó, lo hice yo. —Está bien.

—Estaba hablando contigo.

Lo miré. —¿A mí? ¿Por qué no lo estaría?

—Megan —dijo él gentilmente—, mira tus manos.

Lo hice, entonces aflojé los puños que había mantenido fuertemente cerrados. Me quedé quieta en mi asiento.

—No sabía que mi manejo era tan malo —bromeó.

—Aquí es —dijo Alex desde el asiento trasero.

La vuelta nos tomó hacia abajo por la Wist Creek. Mientras bajaba del Jeep, me las ingeníé para recuperar la compostura.

La casa de Kristy era enorme, con largos e inclinados tejados, extensas vigas de madera, y fabulosas extensiones de vidrio. Los cuatro caminamos en un vestíbulo de dos pisos alumbrado por una araña de luces de globo.

—¡Hola, chicos! Vamos, entren —nos llamó Kristy, su voz venía de otra habitación. Después, ella vino por el arco y nos vio a Sophie y a mí. Por un largo momento no dijo nada... no tenía que hacerlo. La dramática forma en que frenó y bizqueó sus ojos nos hizo saber que no podía creer que hubiéramos venido.

—Bueno, hola. Esta es una sorpresa.

—Te dije que traeríamos citas —dijo Matt.

—Sí, pero no dijiste... bueno, no importa.

No dijiste que ibas a traerlas a ellas, pensé, llenando los espacios.

—Vamos, la fiesta está atrás. No te he visto por mucho tiempo, Sophie — dijo Kristy, y la tomó por el brazo.

Alex y Matt me esperaron.

La fiesta, que empezaba en la cocina y el living, donde estaban los padres de Kristy, se extendía por el amplio piso de doble nivel, después se desparramaba hacia abajo por el pasto, terminando en el muelle sobre el riachuelo. La música soplaba desde la cubierta, y grupos de chicos se sentaron en mantas sobre el pasto. Estaba todo bien relajado.

Cuando Alex y yo nos detuvimos para hablar con algunos chicos en los escalones de la cubierta, Matt siguió con Sophie y Kristy. Alex me presentó a un chico y una chica que trabajaban para un veterinario y querían serlo algún día. Habría sido una fantástica fiesta si yo no hubiera tenido tantas ideas extrañas y preguntas atravesando mi mente... y si no hubiera sido de Kristy.

—Estás frunciendo el ceño —observó Alex, sus ojos siguiendo los míos.

Estaba mirando a Kristy. —Podrías pensar que ella era la mejor amiga de Sophie —dije indignada—. Pero yo sé qué está haciendo. Está usando a Sophie, y después la dejará plantada. Todo lo que Kristy quiere es coquetear con Matt.

—Eso es todo lo que muchas chicas quieren —respondió Alex con una sonrisa. Caminamos hacia abajo por la colina hacia el riachuelo—. ¿Y tú?

—¿Y yo qué?

—¿Estás interesada en Matt? —preguntó.

—Él es mi primo.

—Una especie de... —me recordó Alex.

Mi risa sonó falsa. Rápidamente cambié de tema. —¿Quieres ir hacia el muelle?

—¿Me estás preguntando a mí? Cuanto más cerca del agua, mejor —dijo.

Caminamos hasta el final, cerca de treinta pies de la costa. Los pilotes del muelle estaban alumbrados con pequeñas luces que dibujaron círculos de lavanda sobre el agua oscura.

Le pregunté a Alex acerca de capturar cangrejos, acerca de cómo poner el cuello de galletina y hacer una línea de trote, las cosas que Sophie había mencionado.

—Sophie y tú sí que se llevan bien —observó Alex, sonando contento por ello.

Lo negué. —La conozco sólo hace un par de días, pero pareciera como si siempre hubiéramos sido amigas.

No podía creer que lo había largado. *Coincidencia*, me dije a mi misma; *estás leyendo demasiado entre líneas*.

—Ella puede ser la mejor amiga en el mundo —respondió Alex fervientemente, después miró fijamente en su dirección.

Ella y Matt estaban apoyados sobre una mesa debajo de coloreados faroles. Sophie hablaba y Matt inclinaba su cabeza, sonriendo, escuchándola atentamente. Por un momento me pregunté cómo sería tener a Matt sonriéndome, tan encantador como lucía en ese momento. Apagué ese pensamiento. Sophie estaba interesada en Matt, y si los dos se juntaban, sería lo mejor que podría suceder.

En ese momento, Kristy intervino. *¡Hablando de rudeza!* Había tres chicos parados cerca, esperando para ayudarla a proveer la comida, pero aparentemente ella quería la ayuda de Matt... la atención de Matt.

Alex echó su cabeza hacia atrás y rió. —Megan, si fueras un gato, tu espalda estaría curvada y tu pelaje estaría erizado hasta el final.

Hice una mueca. —Mi padre dice que llevo mi corazón en mi manga.

—No, sólo tus pensamientos —Alex respondió suavemente—. Es bastante sencillo adivinar qué estás pensando. Pero tu corazón... eso lo mantienes escondido.

—A veces no estoy segura de qué hay dentro —admití.

Él sonrió y me dio un abrazo amistoso. —Lo que sea que haya, estoy seguro de que está bien.

Cuando Alex me soltó, vi que Matt nos estaba mirando.

—Hey, están poniendo la comida —dijo Alex—. Quédate donde estás. Traeré algo y haremos un picnic aquí afuera.

—¡Genial!

Él comenzó a caminar y yo me giré de la fiesta para ver el riachuelo. Con una luna que tardaba en salir y sin lámparas de las calles alrededor, las estrellas eran brillantes. Cerca del muelle, el agua se ondulaba, después yacía quieta de nuevo, escondiendo las criaturas que se movían debajo de la superficie. La oscuridad era hermosa; los secretos que sostenía eran atractivos.

Unos minutos más tarde, escuché a Alex volviendo.

—Me gustaría visitar este lugar en verano —dije—, y nadar en el riachuelo por la noche.

—¿Te gustaría eso?

Me di la vuelta rápidamente cuando escuché su voz. —¡Pensé que eras Alex!

Matt me miró fijamente y por un largo tiempo. —Él volverá. Vine para hacerte saber que Sophie está pasándola bien, así que puedes dejar de preocuparte. Puedes dejar de mirarla.

—Supongo que fui muy obvia.

—Te dije que iba a cuidar de ella —me dijo.

—Me alegro de que la esté pasando bien. Ella es realmente dulce y muy linda y... ah, Matt, ¿te molesta si te doy un consejo?

—Lo vas a hacer de todas formas.

—Se que eres como... bueno, el principal rompecorazones de tu escuela.

Su expresión cambió. Pareció sorprendido, después divertido. —¿Lo soy? —dijo.

—Sé que puedes tener a la chica que quieras.

—¿Puedo? Me habría gustado que alguien me lo hubiera dicho antes. ¿Cualquier chica? —Dio un paso hacia mí. Estábamos parados cerca, muy cerca, pero no podía alejarme... no había más muelle detrás de mí—. ¿Cualquiera en esta fiesta?

—Bueno, algo así —le dije.

—Espera un minuto —él dijo—. Un momento atrás no había límites.

—No seas codicioso. Mi punto es que está Sophie. —Hice un gesto hacia la orilla, pero él mantuvo sus ojos en mí—. Le gustas. Ella es hermosa... quiero decir, debes haberlo notado ayer en la tienda.

—Puedo ver.

—Obviamente, Kristy también lo es. Hermosa, quiero decir.

Él inclinó su cabeza hacia un lado, frunciendo el ceño.

—El punto es que Sophie no sólo es bellísima, como algunas chicas, sino que ella también es buena, amistosa, dulce, y...

—No es mi tipo —dijo.

—Y... —continué, sin inmutarme—, ella no tiene una boca.

Su mirada se deslizó hacia mi boca. Di un vistazo hacia el costado. Cuando miré de vuelta, él todavía estaba fijándose en mí, sus ojos tan oscuros y misteriosos como el riachuelo. Sus labios se separaron ligeramente. Miró tan detenida y la gamente mi boca, que mis mejillas se dieron y mi corazón

palpitaba con fuerza. Sentí que sus ojos ablandaban mis labios. Sentí como si sus ojos me estuvieran besando.

—No, no como la tuya —concordó, entonces se giró y caminó nuevamente hacia la orilla.



Capítulo 14

Traducido por carmen170796
Corregido por Nikola

Por el resto de la fiesta, fui cuidadosa de no mirar a Matt y Sophie, pero Alex volvió a retomar lo que había dejado. Me preguntaba si él se estaba volviendo a interesarme en su antigua mejor amiga. El camino a casa fue torpe, nuestra conversación en su mayor parte estúpida sobre la casa de Kristy. Después de dejar a Alex y Sophie, Matt y yo condujimos en silencio.

Yo estaba consciente de cada movimiento suyo, la manera en que cambiaba de posición en su asiento, cómo su mano descansaba en el volante. ¿Por qué respondía tan fuertemente a él? Aún cuando Matt era el más odioso, el día que lo conocí sus ojos habían lanzado un hechizo sobre mí. ¿Hicimos estado enamorados una vez? ¿Me estaba enamorando de él una segunda vez?

En casa, le agradecí por el aventón y me dirigí al refugio de mi cuarto.

Habiendo dormido poco la noche anterior, me quedé dormida tan pronto como me acosté. Cuando mis ojos se abrieron de nuevo, el cielo estaba empezando a iluminarse. Escuché el repique del reloj en el descanso de la escalera, y conté las campanadas. —Cinco, seis, siete... —Me volteé, no podía ser—. Once, doce, trece.

Silencio.

Mi alarma digital marcaba las 5:00 A.M. Escuché por un momento, luego salí trepando de la cama y anduve de puntillas hacia la puerta de mi habitación. Abriéndola, vi que el hueco de la escalera estaba encendido desde abajo. Caminé de puntillas bajando las escaleras hacia el rellano y contemplé el pálido frente del reloj. Sus manecillas apuntaban a unos minutos después de la media noche. En el escape de encima de los números, la imagen de la luna estaba a media cuesta.

Usando la llave, abrí la puerta cristalera que protegía su frente. Aunque yo podía oír al reloj haciendo tic-tac, sus manecillas no se movían. Con el golpe ligero de un dedo, traté de empujar la manecilla larga hacia adelante. No se movería, así que lo aflojé en sentido contrario hasta que el reloj marcaba unos pocos minutos después de las cinco. Pensé que había corregido las cosas, luego noté el pequeño dial de segunda mano en el frente del reloj. Su manecilla retrocedía con cada segundo que marcaba. Muy lentamente, el minuterero se movía en reversa. El tiempo estaba retornando en la dirección equivocada.

Di un paso atrás, asustada, y vacilé en el borde del rellano. Fuertes manos agarraron mis brazos y me jaloron de regreso a la seguridad.

—Es sólo un reloj —él dijo.

—¡Thomas!

Estábamos de pie cerca, lo suficientemente cerca para besarnos, pero no podía alejarme de él. Si sus manos no me hubieran sostenido, sus oscuros ojos lo harían.

—Odio ese reloj —dije—. Siempre está diciéndonos qué hacer y cuándo.

Thomas rió. —Y tú ciertamente no quieres hacer lo que se espera de ti.

—¿Tú lo haces? —pregunté.

—Solía hacerlo. —Su mirada cayó a mi boca. Él me miraba tanto tiempo, tan fijamente. Mis mejillas quemaban y mi corazón martillaba. Sentía sus ojos suavizando mis labios. Sentía como si ellos estuvieran besándome.

—April —susurró—, no puedo dejar de pensar en ti.

No dije una sola palabra. Sabía el dolor que nosotros podríamos causar. Pero cada vez que él me miraba, cada vez que él decía su nombre especial para mí, lo quería aún más.

Él puso su mano contra mi mejilla, luego tocó mi boca con un dedo, repasando mi labio.

Una sola vez, pensé, levantando la mirada hacia él. Un beso no sería tan terriblemente malo.

Él dobló su cabeza, y nuestras bocas se movieron más cerca. Sus labios pasaron rozando mi mejilla, el toque más leve de él haciéndome temblar. Luego sus brazos se apretaron alrededor mío, y sentí el calor y la ternura de sus labios contra los míos.

—¡Thomas!

Ambos retrocedimos. Mi hermana estaba de pie arriba de la escalera, mirando encolerizadamente abajo hacia nosotros.

Thomas me soltó. —Helen, yo...

—No trates de explicarlo —dijo ella coléricamente—. No lo hagas peor para mí. Vete, Thomas.

—Pero necesito explicarte —él dijo—. He sacrificado demasiadas cosas durante demasiado tiempo.

—¡Vete! —ella chilló—. ¡Ahora!

Él me miro, y yo asentí.

—Yo... estoy muy apenado —dijo él.

Mi hermana esperó hasta que Thomas se fuera, luego se puso a andar hacia mí, sus ojos ardiendo de enojo. —¿No hay algo mío que tú no quieras, Avril? —ella preguntó—. ¿No hay nada mío que no tomarás para ti misma?

Mordí mi labio.

—Mamá y papá ya te dan lo que sea que pides.

Cerré mis ojos, sabiendo lo siguiente que venía.

—Los sirvientes harían cualquier cosa por ti. Tus amigos dan la cara por ti. Todos los chicos en esta ciudad te sirven.

—Helen, no es mi culpa que... —Me detuve repentinamente.

—¿Qué tú seas la favorita de todo el mundo? —terminó ella por mí. Su cara estaba tan pálida, su piel tan tensa, que podía ver los huesos moviéndose por debajo—. Dilo, Avril, es la verdad.

Aparté la mirada.

—Tú lo tienes todo. ¿Tenías que quedarte con Thomas también?

—No puedo evitar la forma en que me siento sobre él —dije—. Él no puede evitar la forma en que se siente sobre mí.

—¿Y qué hay acerca de la buena de Helen? —preguntó—. ¿Importa en lo absoluto lo que yo siento?

Sus ojos estaban inyectados de sangre. Sabía que ella estaba intentando no llorar. Mi corazón se sintió cortado en dos.

Me dolía por ella, pero me dolía por *nosotras* también.

—¿Piensas que porque yo mantengo mis emociones bajo control, no siento nada?

Estaba desesperada por demostrarme que estaba en lo correcto. —Si dos personas se sienten de la misma manera el uno acerca del otro —razoné—, entonces debe importar más de lo que una persona siente.

—¡No puedo creer que me hagas esto! —gritó, su voz temblando con enojo—. Un día me las vas a pagar, Avril.

Ella dio un paso hacia mí, luego otro. Algo en Helen se había hecho añicos. El control que mantenía sobre su pasión feroz había sido quebrado. Podía verlo en la furia de sus ojos, en el ondular de sus dedos.

—Marca mis palabras —dijo, viniendo hacia mí—. Vas. A. Pagar.

Di un paso hacia atrás rápidamente y perdí el equilibrio. Extendí la mano, pero no pude evitar la caída. Mi cabeza retrocedió y caí por las escaleras, el

borde de cada peldaño chocando violentamente contra mi espalda. Escuché a Helen gritar, como lo hacía cuando éramos niñas: —¡No quise decir eso! ¡No quise decir eso!

Luego todo se volvió negro.

—¡Megan! ¿Te encuentras bien?

Mi espalda dolía, y mi brazo estaba atascado contra el pasamano de la escalera. Salté de dolor.

—Sólo un poco amoratada —respondí temblorosamente.

Matt me ayudó a ponerme derecha. —¿Qué pasó?

—No estoy segura. —Luché por poner juntas las confusas imágenes en mi mente—. Debo haber estado sonámbula. Lo hice unas pocas noches atrás. ¿Me viste caer?

—Estaba en la biblioteca —dijo él—. Cuándo escuche el ruido, salí rápidamente y te encontré aquí.

—¿Qué hora es?

Él miro por encima de mi hombro. —Aproximadamente diez minutos después de las cinco.

Me volteé para mirar al reloj en el rellano, y repentinamente recordé los trece repiques y la escena con Avril, Helen y Thomas. Esta vez, esto no simplemente sonaba con un lugar, sino con un evento. ¿Había pasado realmente? ¿Estaba soñando, explayando sobre la historia que la Sra. Riley me había contado, o estaba recordando verdaderamente?

Hasta que Matt no tocó mi mejilla, no me había dado cuenta que estaba llorando. —¿Qué anda mal? —preguntó—. Dime. —Él gentilmente tomó mi cara en sus manos.

No sabía cómo empezar a explicarlo. —Era tan real —susurré—, pero eso es lo que la gente loca siempre piensa, que lo que ellos imaginan es real.

Él puso sus brazos alrededor mío y tiró de mí más cerca. Sepulté mi cara entre su cuello y hombro.

—No estás loca. —Él alisó mi cabello—. Te lo prometo, no lo estás.

—Yo... yo he tenido un montón de sueños extraños desde que he venido a aquí.

—¿Sueños acerca de qué? —preguntó a media voz.

—Lugares, gente. Thomas, Avril y Helen... la abuela. Sueños acerca del pasado.

Sus brazos se tensaron alrededor mío. Podía escuchar su corazón latiendo rápido.

—¿Estabas durmiendo cuando caíste al suelo? —preguntó.

—Sí.

—Dime acerca de eso.

—En el sueño, la abuela era joven, no mayor que nosotros. Ella estaba furiosa con su hermana. Ella se había entrometido entre Avril y Thomas.

Lo sentí tragar saliva.

—Ellos estaban besándose.

El movimiento fue leve, pero lo sentí, la manera en que él se alejó de mí.

—La abuela amenazó a Avril —agregué, luego las lágrimas fluyeron bajo mi cara nuevamente.

—Megan, debes irte.

—¿Irme? —Eso no era lo que quería escuchar de él, no ahora que yo estaba envuelta en sus brazos—. ¿Por qué?

—Pienso que si te vas, todo esto se detendrá.

—Con “todo esto”, ¿a qué te refieres? —pregunté.

—Tú sabes qué es.

De repente no estaba en sus brazos más, él me había soltado y se había puesto de pie. —Vamos, quiero mostrarte algo.

Matt me condujo a la librería, dónde la lámpara encima del escritorio de la abuela ya estaba encendida, y me hizo gestos para sentarme en su silla. Después de rescatar una llave de un jarrón encima de la repisa de la chimenea, él volvió al escritorio y abrió un cajón.

—Te vi aquí dentro —dije—, la primera noche que vine.

Él colocó varias cajas apastadas sobre el escritorio delante de mí. —Tenía la vista en estas. ¿Alguna vez has visto una foto de la tía de Avril?

—No.

—Ella era bonita. —Él levanto una tapa y me pasó una foto en blanco y negro—. ¿Se parece a alguien que conoces?

Se me cortó la respiración. Su parecido a mí era sorprendente.

Él abrió otra caja. —Hay una foto a color aquí dentro, un portarretrato. —Él buscó desordenadamente entre las fotos, luego me pasó una.

—Ojos grises —observé—, su cabello es más claro que el mío, pero sus ojos eran grises y la estructura de la cara es la misma.

—Comprendes por qué la abuela está así —dijo Matt—. Te pareces a su hermana. Tú te pareces a Avril el año en que ella murió, y eso la está espantando.

Asentí. —La pregunta es por qué. Sesenta años es demasiado tiempo para estarse acongojando por su hermana, para estar enojada por ver a alguien que se asemeja a ella... a menos que haya más en la historia.

Lo miré ansiosamente. Él no dijo nada.

—En mi sueño, la abuela le dijo a Avril que ella pagaría por lo que le había hecho.

—¿Y?

—¿Qué quiso decir con eso?

—Suena como una típica pelea entre hermanas —replicó, pero él no se encontraba con mis ojos. Él sabía más de lo que estaba diciendo.

—La Sra. Riley dijo que la causa de muerte era una sobredosis.

Su mano se tensó hasta que él arrugó la foto que sostenía. ¿Qué le había dicho la abuela la noche que habían hablado en su cuarto?

—Pero —continué—, ¿quién habría conocido la diferencia entre una sobredosis accidental y un envenenamiento deliberado?

—No puedes estar pensando...

—Sólo Avril —continué—, y la persona que la envenenó, el asesino, si hay uno, lo saben.

—Megan, te dije que no confiaras en Lydia. Ella hace su dinero de los miedos de la gente. Ella sugiere cosas y deja que la gente se vuelva loca cavilando sobre ellas.

—Entonces, ¿por qué la abuela la fue a ver la otra noche?

—Tendrás que preguntarle a ella —dijo bruscamente. Su cara era una máscara. La abuela no tenía nada de qué preocuparse, él no estaba diciendo sus secretos. Yo era la única que debería estar alerta de lo que le decía, él probablemente le diría todo.

—¿Funciona esa llave en los otros cajones? —pregunté.

Él los abrió, y empecé a rebuscar entre cajas y archivos.

—Mira este. —Mostré fotos de mí y mis hermanos, nuestros nombres y edades apuntados en la parte posterior en la caligrafía de mi mamá. La abuela

nunca siquiera nos envía una tarjeta de Navidad, pero aparentemente mi mamá seguía escribiéndole, seguía intentando hacer contacto.

Matt colocó una foto de mí en el primer día del jardín de niños al lado de una de Avril cuando era joven, luego sacudió su cabeza lentamente. Él acunó en su mano una foto de Avril estando al lado de la entrada, en el jardín de hierbas.
—Es aterrador cuánto se parecen.

—Es como si hubiera estado aquí antes —dije, observando su cara cuidadosamente—. ¿Alguna vez te has sentido así, Matt, como si hubieras estado en esta casa algún tiempo hace mucho?

—No —respondió rápidamente.

Tal vez yo estaba interpretándolo, pero me parecía, que aunque Matt nunca hubiera pensado acerca de la reencarnación, mi pregunta habría provocado una respuesta diferente, una más lenta. Él me habría mirado perplejo y preguntado a qué me refería.

—Debes irte —él dijo.

—De ninguna manera.

—¿Por qué eres tan terca? —él exclamó.

—Eres tú quien se está negando a abrir su mente a las preguntas y explicaciones que no le gustan. Me voy a quedar aquí hasta que averigüe qué está pasando.

—No está pasando nada —sostuvo, alejándose de mí—. Te pareces a Avril. Es sólo una mala coincidencia, y tú vas a enloquecer a ambas, a ti y a la abuela por eso. —Él empezó a caminar de arriba abajo por el cuarto.

—¿Moviste alguno de los objetos de esta casa? —pregunté.

Matt dio un giro brusco. —No soy del tipo que juega bromas.

—Entonces tú debes sospechar de mí —dije—, pero piensa acerca de eso. ¿Cómo sabría dónde esos objetos fueron guardados cuando Avril estaba viva, a menos que...?

—La abuela los movió —interrumpió—. Tal vez ella se ha vuelto vieja y lo hizo sin recordarlo, esto es sólo alguna loca etapa de la que se recobrará. —Él se acercó a mí—. ¿Terminaste? —Sin esperar por mi respuesta, puso las fotos y las cajas de nuevo en los cajones y giró la llave en la cerradura.

—Matt, esas fotos significan que la abuela siempre ha sabido que me parezco a su hermana. Ella lo sabía y escogió invitarme. Quiero saber por qué.

—Curiosidad —replicó.

—Culpa —rebatí—. Morbosa curiosidad y culpa.

Matt sacudió su cabeza. —Te estás volviendo más extraña que la abuela. Toma mi consejo, Megan. Vete de aquí. Vete antes de que sea demasiado tarde para las dos.

Me levanté de la silla. —Lo siento. Ya lo es.



Capítulo 15

Traducido por Liseth_Johanna y KaThErIn

Corregido por Nikola

Cuando regresé a mi habitación, no pude volver a dormir, de modo que me vestí y di una larga caminata, pasando un rato al lado del agua y deteniéndome en la tumba de Avril. No me provocó el mismo sentimiento misterioso como la primera vez que la vi. Tal vez ver tu propia tumba es como ver una herida que brota en tu pierna: una vez que superas el shock inicial, parece lo suficientemente natural. Me arrodillé ante la lápida y tracé el nombre y las fechas con el dedo. En la fecha final, mi dedo se detuvo. *Hoy*. Avril había muerto sesenta años atrás el día de hoy.

Cuando finalmente llegué de vuelta a la casa, eran las nueve en punto. Entré a través del pasillo frontal, queriendo evitar a la Abuela y a Matt en la cocina. Estaba enojada con Matt por irse cuando necesitaba su ayuda. Él había elegido a la Abuela sobre mí, determinado a protegerla a toda costa.

Me deslicé escaleras arriba, metí algunas cosas en una mochila y me dirigí afuera una vez más, dejando una nota en el vestíbulo diciéndole a la abuela que me iría por un rato. Mi primera parada fue la biblioteca en la Universidad Chase. Esperaba que acceder a los artículos del periódico local del tiempo de Avril pudiera arrojar alguna luz sobre lo que había sucedido.

Tres horas después, totalmente frustrada por las viejas e irritables máquinas de microficha de la biblioteca, había encontrado sólo una corta pieza de Avril que atribuía su muerte a una reacción alérgica. No había ninguna mención del molino o de Thomas. Después de intentar en varios medios con *redcreep*, se hizo obvio que su nombre local no arrojaría información de la planta y sus subproductos. Pero tuve suerte con Angel Cayton. Ella no sólo había creado el Fondo de Marineros, sino que había contribuido a la Universidad. Un bibliotecario me dirigió a la sala de conferencias donde su retrato estaba colgado.

Angel lucía como todas las otras matronas a las que se les hacía honor en la sala de conferencias, con cabello gris, ojos azules y un busto que podía apoyar ampliamente unas perlas y gafas, sólo que ella no estaba usando perlas. Alrededor de su cuello colgaba una cadena de plata con una gema azul tan mística como los ojos de mi más nueva, y tal vez más antigua, amiga. Era el colgante que Sophie amaba.

Abrí la puerta delantera. —¿Está Sophie por aquí? —pregunté al grupo de niñas que estaban jugando a las muñecas en el porche.

Barbie y Ken se besaron con ruidosos sonidos y luego una de las hermanas de Sophie se giró hacia mí. —Mamá dijo que sólo podemos traer a un amigo a casa al mismo tiempo. Sophie ya trajo a uno.

—Sólo será un minuto. ¿Está adentro?

—En la parte trasera —dijo otra hermana.

Seguí un camino de piedra hacia el estrecho espacio entre la casa de los Quinn y la casa vecina, y emergí en el patio. —Oh —dije, aunque no debería haberme sorprendido—. Hola.

Sophie, que había estado apoyándose en una bañera de espuma, se levantó de un salto. Un gran perro blanco y negro saltó con ella. Alex capturó al perro justo antes de que escapara de su baño. Las burbujas de jabón se agitaron alrededor de ellos.

—Hola, Megan —dijo Alex, sonriendo—. ¿Quieres ayudarnos a bañar a Rose? Añadiremos un baño gratis para ti.

Me reí. —Gracias, pero ya tomé el mío. Observaré.

—Rose se encontró con un zorrino esta mañana —me dijo Sophie.

—Observaré a la distancia.

—Y Alex pasó a ayudar —continuó ella, luciendo avergonzada.

—Me alegro de que haya llegado primero —bromeé.

—Fue agradable porque él no había visto a las niñas por un tiempo —añadió ella, como si Alex hubiera venido con la esperanza apasionada de que él podría limpiar a su perro y visitar a sus hermanas—. Como dije antes, sólo somos viejos amigos.

Ella estaba tan preocupada por estarse inmiscuyendo en mi territorio de citas, que se perdió la expresión en la cara de Alex, la protesta que él casi dejó salir en voz alta. Lo vi y sonreí.

—Sabes, Sophie, estoy aquí para una visita de dos semanas —le recordé—. Y dudo que la abuela me vaya a pedir que vuelva.

Alex se dio cuenta de que le estaba dando a Sophie “permiso” para salir con quien fuera que ella quisiera, y miró de reojo hacia ella, pero ella no lo captó. No creo que hubiera cruzado por su mente que su viejo amigo estaba enamorándose de ella. Enamorándose rápido, diría yo.

—¿Cómo está Matt hoy? —preguntó Alex.

—Peligroso y molesto, gracias a mí.

—¿Hay alguna posibilidad de que ustedes dos se den un descanso? —preguntó él.

—No lo creo —respondí, e intenté ignorar el dolor dentro de mí.

Lo observé a él y a Sophie trabajar con el jabón a través de la gruesa piel del perro, debatiendo qué decir frente a Alex. *¿Qué tanto sabe del lado psíquico de Sophie?* Él parecía ser una persona de mente abierta, pero aun así decidí mencionar solamente lo que tenía que mencionar.

—Escucha, Sophie, estoy intentado conseguir información sobre la planta llamada *redcreep*. ¿Sabes su nombre botánico?

—No, pero la Señorita Lydia podría saberlo.

—¿Qué necesitas saber de ella? —preguntó Alex.

—Me dijeron que la gente la usaba como un suplemento de belleza. Quiero saber si el producto procesado tiene algún sabor, un aroma o un color. ¿Se disuelve en líquido? ¿Qué es exactamente lo que te hace? ¿Qué tan rápido funciona? ¿Qué tanto es demasiado y cuáles son los síntomas de una sobredosis? Uh, ya sabes, ese tipo de cosas... —agregué casualmente, después de dar una lista que pertenecía a un laboratorio forense.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó él.

Miré a Sophie.

—Es una larga historia —respondió ella por mí—. ¿Qué tal alguien en la universidad? Alex, ¿alguno de los profesores de biología podrían saberlo?

—Podemos averiguarlo —respondió.

—¿Lo harías? —pregunté rápidamente—. Tengo algunas cosas que hacer. Gracias. Me pondré al día contigo luego. —Empecé a atravesar el césped.

—Megan —llamó Sophie, apresurándose detrás de mí—. ¡Megan! —Ella esperó hasta que estuvimos al lado del patio, fuera del alcance del oído—. ¿Qué es lo que estás haciendo?

—Tengo mucho que decirte —dije—. Pero no ahora. Quiero hablar con la Sra. Riley, luego iré a la fábrica.

—No.

—¿No qué?

—No vayas a la fábrica. Tengo un mal presentimiento sobre ello. —Ensombrecidos por un cedro, sus ojos azules eran un parpadeo de luz y sombra.

—Mira, Sophie, no te pongas profética conmigo. Es del pasado que necesito información, no del futuro.

—Te lo estoy diciendo, es peligroso.

—Miraré por donde pise y estaré pendiente de los roedores.

—Tú lo estás pidiendo —advirtió ella.

—¿Es eso una predicción?

—Sí.

—¿Quieres escuchar *mi* predicción?

Ella pareció sorprendida, luego sonrió. —¿De la persona que clama no ser una psíquica? De acuerdo.

—Antes de que yo deje Wisteria, tú y Alex van a estar totalmente enamorados.

Dejé a Sophie con una mirada de asombro en su rostro.

La Sra. Riley no pudo verme. Al principio sospeché que el propósito de la visita de la abuela había sido prohibirle a la mujer hablar conmigo, pero luego vi la preocupación en la cara de Jamie.

—Ha tenido otra mala noche y está descañando ahora. ¿Qué tal si te arreglo un almuerzo tardío? ¿Algún postre?

—No, gracias. —Aunque no había comido desde la mañana, no tenía apetito.

—Intenta volver después —dijo él—. Estoy seguro que ella se sentirá mejor.

Deambulé de arriba a abajo las calles de Wisteria, esperando inspiración, alguna teoría sobre lo que había sucedido hacía sesenta años que pudiera ayudarme a entender lo que estaba sucediendo ahora. Cada vez que intentaba rechazar la idea de la reencarnación, volvía a ella. Era la única teoría que explicaba todas las cosas extrañas que habían estado pasando. La sugerencia de Sophie tenía sentido: mientras caminaba adormecida, había movido la Biblia, el reloj y la pintura a donde estaban cuando yo era Avril. Pequeños hechos cayeron en su lugar, tales como la renuencia de Matt por ir a la fábrica. ¿Recordaba él algo terrible sucediendo allí? ¿Estaba intentado alejarme de Wisteria antes de que yo lo recordara?

En mis viajes, pasé por delante de Hojas de Té, y Jamie me llamó la atención. Dijo que su madre quería verme a las cuatro. Usé el tiempo restante para buscar a Sophie, revisando su casa y la de Alex, luego la Universidad, pero no pude encontrarlos.

Busqué en la librería New Age, buscando las cubiertas y leyendo sus fantásticas propagandas, hasta que el incienso y el tintineo de la música me llegaron, por no mencionar los raros compradores. Todos ellos eran probablemente clientes de la Sra. Riley, creí; y *ahora yo soy una de ellos*.

A las cuatro en punto, la vieja mujer estaba esperándome, haciéndome señas desde la cima de la escalera del café. Las subí y la seguí por el estrecho pasillo. Cuando nos sentamos en la mesa debajo de la lámpara de flecos, vi los profundos círculos bajo sus ojos. Había un temblor sobre un lado de su boca que no había notado antes. Recostó sus planas palmas sobre la mesa en frente de ella. Sus dedos se veían inflamados, sus uñas mordidas bajo la parte rosa.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó.

Dudé, dividida entre mi propia necesidad de conseguir respuestas y la comprensión de que ella no estaba bien.

—Quieres saber más sobre Avril y Helen —supuso ella.

—Pareces muy cansada —dije, empezando a levantarme.

—¡Espera! —Agarró mi muñeca con una fuerza sorprendente—. He estado preocupada de ti y deseando verte de nuevo. Haz tus preguntas.

Me senté y con cuidado arranqué mi mano, bajándola a mi regazo. —Quiero averiguar acerca de la reencarnación.

—Continúa.

—Sophie me contó que hay una oportunidad para completar las cosas que han quedado deshechas.

La Sra. Riley asintió.

—Ella dijo que si una persona muere joven, podría ser reencarnada. A veces dos personas pueden ser reencarnadas juntas si son separadas demasiado pronto en una vida anterior.

La Sra. Riley estudió mi rostro. —¿Y tú crees que eso te ha pasado?

—Creo que soy Avril.

La vieja mujer se recostó en su silla. Después de un momento ella dijo: —No seas engañada por las apariencias. Te pareces a tu tía, pero eso no es significativo.

—No es cómo luzco. Es sobre lo que sueño. Es lo que parezco recordar.

El estridente silbato de la tetera sonaba en la otra habitación. La Sra. Riley lo ignoró. —¿Qué recuerdas? —susurró.

—La casa Scarborough. La casa de muñecas que luce como ella. Soñé sobre ellas antes de verlas.

—¿Y? —preguntó, sus ojos tan brillantes e intensos como el silbante sonido.

—El molino, su sótano, las grandes ruedas de él.

—¿Y? —presionó ella.

Mordí mi labio. —Eso es todo.

El sueño sobre Thomas, Helen, y Avril era demasiado incómodo, demasiado personal para contarlo.

Ella me miró con duda. —Debes ser honesta conmigo si estoy para ayudarte.

Bajé la mirada a la mesa y no dije nada. Ella se puso de pie. —Muy bien. Piensa sobre eso mientras hago mi té.

Tan pronto como desapareció, cubrí mi rostro con mis manos. ¿Qué esperaba probar, que la abuela era culpable? ¿Por qué revelar eso ahora? Sólo causaría mucho dolor. Sin embargo, la duda y sospecha que crecieron del oscuro secreto estaban silenciosamente envenenando los recuerdos de la Abuela, Matt y yo.

La Sra. Riley volvió a entrar en la habitación y colocó dos tazas sobre la mesa. —Es de manzana con canela.

—Gracias —dije, luego sorbí el fragante té.

—¿Conoces algo sobre el karma? —preguntó.

—He oído sobre eso.

—Es la creencia de que somos recompensados o castigados en una vida de acuerdo a nuestras acciones en la vida anterior. —Mantuvo su tasa en ambas manos y miró su té como si lo leyera, luego tomó un largo trago—. El karma es justo —dijo ella—. De acuerdo a eso, la víctima de una muerte no natural volverá en una vida posterior y buscará al asesino.

—¿Buscar al asesino? —repetí.

—Es justicia, querida. Si quitas la vida de alguien, entonces en el próximo ciclo, tu vida será tomada por esa persona. La víctima matará al asesino.

La miré fijamente. ¿Ella sabía lo que yo sospechaba?

—Estás recordando, ¿cierto? —dijo tranquilamente.

Sorbí mi té, evitando sus ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó, su voz tranquilizante—. Avril, cuéntame lo que estás recordando.

—Tuve un sueño —dije por último—. Helen estaba molesta conmigo. Me amenazó, dijo que yo lo pagaría. Pero eso no significa nada —agregué rápidamente—. Los hermanos y hermanas dicen eso todo el tiempo sin que signifique nada.

—Eso es cierto... —respondió la psíquica—. ¿Recuerdas algo más, algo del día en que moriste?

—No.

—Todavía estás recordando más y más —dijo ella—. No sé cómo aconsejarte. —Se levantó de la mesa y caminó inquietamente alrededor de la habitación—. Tengo mis sospechas. Para hablarles podría influir en una memoria clara. No podría ponerte en peligro. Sabes que Helen vino a verme ayer.

Hice correr mis dedos alrededor del borde húmedo de mi taza. —Sí.

—Te lo advertí, niña, que no le cuentes que estabas aquí.

—Pero no lo hice. Alguien en el Café debe haberle dicho.

—¿Puedes confiar en tu primo? —La Sra. Riley preguntó. Yo lo pensé por un segundo—. Estás dudando. Eso me dice que no puedes.

—Él es muy protector de la abuela.

Sus manos se movieron nerviosamente. —Entonces sería tonto y peligroso confiar en él.

—¿Por qué?

—Él es leal a ella, dependiente de su dinero, y tú temes la misma cosa que yo, que fueras asesinada por Helen.

Por un momento, la cruda exposición de mi sospecha me golpeó. Peleé para pensar claramente. —Pero si yo era la víctima en mi vida anterior —razoné—, soy la única que es la amenaza ahora. De acuerdo con el karma, Avril destruiría a su asesino, eso es lo que dijiste. Y yo nunca lastimaría a mi abuela.

—La acción no tiene que ser intencional.

—Pero, ¿y si me aseguro de no lastimarla? —argumenté—. ¿Y si me voy y nunca vuelvo?

¿Eso era por lo que Matt quería que me fuera? ¿Él sabía más de esto de lo que yo suponía?

—El karma es el karma —la Sra. Riley respondió—. Hay una sola cosa que pueda evitar que la víctima consiga justicia.

—¿Qué?

—Su propia muerte.

La miré, alarmada. —Quieres decir, ¿morir por segunda vez? ¿Quieres decir *mi* muerte?

—Ahora entiendes por qué debes recordar qué pasó ese día. Sólo porque no lastimarías a otros, no significa que otros no te lastimarán, no cuando se trata de salvarse ellos mismos. Debes descubrir a tu enemigo.

Mi boca se secó. Me sentía como si no pudiera respirar. —No puedo ordenarme a mí misma recordar. No soy psíquica como tú o Sophie. No tengo control, los sueños vienen cuando quieren.

La Sra. Riley volvió a la mesa. —Ahora es el aniversario de la muerte de Avril —dijo, su voz calmada, estabilizándome—. Habrá una ventana del tiempo cuando el pasado será abierto para ti. ¿Puedes llegar al molino?

—Sí.

—Ve inmediatamente. Dale una vuelta, respíralo, tócalo. Escucha sus sonidos, deja que se convierta en parte de tu vida de nuevo. Entra y ponte tranquila allí, deja al pasado volver a ti. Tu vida depende de eso.

Me senté quieta como una piedra.

Su ceño se arrugó, luego ella apoyó su mano venosa suavemente sobre la mía. —Termina tu té, niña, luego date prisa. No tienes demasiado tiempo si quieres estar en casa antes del anochecer.

Capítulo 16

Traducido por Brenda Carpio
Corregido por Paaau

No corrí rápido, pero cuando llegué al molino estaba sin aliento y tenía una punzada en el costado. Caminé lentamente alrededor del edificio, esperando que el dolor se aliviara, reflexionando sobre lo que había dicho la Sra. Riley. Si la abuela había asesinado a Avril, entonces la reencarnación de Avril estaba destinada a quitarle la vida a la abuela. ¿Lo sabía ella? Cuando había ido a ver a la Sra. Riley, ¿de qué habían hablado?

La abuela nunca me haría daño, me dije. Pero luego pensé: si ella asesinó a su propia hermana, ¡qué tan difícil sería acabar con una nieta, una nieta adoptada! Con sesenta largos años en el medio, otro accidente no parecería sospechoso. Y podía contar con Matt para protegerla.

La actitud de Matt hacia mí había cambiado en el poco tiempo entre la primera reunión y el momento en el muelle. ¿Había utilizado mi atracción por él para vigilarme?

“Dime”, había dicho, sosteniendo mi cara suavemente entre sus manos, parecía como si quisiera ayudar. Tal vez lo único que quería era información para que no fuera más lejos. Estaba más decidida que nunca a averiguar qué había sucedido en este lugar.

“Respira, toca, escucha los sonidos”, había dicho la señora Riley. Tiré de la hierba, sintiendo sus bordes afilados. Tomé una respiración profunda y olí el agua salada. El arroyo corriendo con suavidad, deslizándose entre las hierbas y piedras. Los pájaros cantaban excepcionalmente fuerte y dulce para mí. Vací mi mente de todo, excepto el molino, y me sentí como si estuviera caminando en un sueño.

Como había dejado las dos puertas del sótano abiertas, entré al molino con facilidad. Miré a través del espacio de las ruedas, luego me obligué a ir hacia ellas y tocar la más grande. Envolví mis dedos alrededor de un diente de metal y lo agarré con fuerza. Sierras oxidadas y círculos de metal que parecían incorpóreos yacían aquí y allá. No era un lugar acogedor para que dos personas se encontraran. *La planta superior es más seca y brillante, pensé.*

Vi la escalera a lo largo de una pared, al igual que en mi sueño, una escalera inclinada con peldaños de madera anchos y sin pasamanos. Entré en ella y probé cada paso para ver si podía mantener mi peso. Había uno partido

por la mitad y otros dos agrietados, pero estaban separados lo suficientemente bien como para poder subir hasta la trampilla.

Cuando estaba en la parte superior de las escaleras, empujé contra un pedazo cuadrado de techo. La trampilla era más pesada de lo que parecía. Me las arreglé para empujarlo, balanceándolo hacia atrás contra una pared, por descuido asumiendo que la puerta se quedaría abierta. Se cerró de golpe contra mí. Me quedé sorprendida por la fuerza y me aferré a la parte superior, con una sensación de mareo. Habían sonidos débiles escurriéndose: los residentes del molino.

Determinada a llegar al siguiente piso, empujé contra la trampilla de nuevo. Entonces tomé un pedazo largo de madera y la coloqué en diagonal entre el piso y la puerta de bisagra para mantenerla abierta. Subí y miré alrededor del espacio del primer piso.

Aunque las ventanas estaban cerradas, los rayos de luz se filtraban a través de las grietas en las paredes de tabla. En una esquina de la habitación había una estufa de hierro redonda, sin el ducto de chimenea. Los barriles y cajas, bolsas roídas por las ratas y cuerdas deshilachada esparcidas. Rampas estrechas construidas en secciones largas rectangulares con articulaciones que parecían brazos de madera que bajaban a través del techo. El techo en sí se abría con agujeros. La trampilla por encima de las escaleras del segundo piso parecía estar abierta. Mirando fijamente por encima, de repente me sentí mareada.

Encontré una piedra de molino, la mitad de un par utilizado para moler, me senté sobre ella. Cerré los ojos y coloqué mis manos sobre la superficie rugosa, sintiendo los bordes largos, en ángulos. Una ola de imágenes confusas y sensaciones se apoderaron de mí: el sonido de las voces, el rostro de Thomas, el de Matt, el repique del reloj, el ruido de los motores, yo siendo llamada, pasos contra una superficie dura. No estaba segura de lo que estaba dentro de mi mente y lo que estaba fuera. No podía decir lo que era entonces y lo que era ahora, cuando era Avril y cuando era Megan. Todo parecía real pero distorsionado, los sonidos y las imágenes se extendían en los bordes.

Doblé la espalda, apoyando mi cabeza sobre mis rodillas, vi las líneas de luz en movimiento. Luché por enfocarlo.

La luz entró por las tablas del suelo, ¿qué era eso? Alguien con una linterna fue bajando las escaleras. ¿Sabía esa persona que yo estaba aquí? El instinto me dijo que me escondiera. Me puse en cuclillas detrás de un par de barriles.

Mirando alrededor del borde de ellos, vi el orbe de la luz esquivar su camino por las escaleras, en poder de una mano temblorosa.

—¿Niña? ¿Estás aquí? Es Lydia —susurró mientras subía el último escalón.

Di un suspiro de alivio.

—Necesito hablar contigo. He visto algo y debo advertirte.

Antes de que pudiera levantarme, otra voz gritó. —¡Megan! ¿Estás aquí?

Era Matt. Al sonido de la voz, la señora Riley se movió rápidamente, escondiéndose detrás de un contenedor.

—¿Dónde estás? —llamó Matt. Le oí andar por debajo de nosotras, corriendo por las escaleras—. ¿Megan? ¡Respóndeme!

Sus palabras devolvieron el recuerdo con una fuerza repentina.

—¡Respóndeme! ¡Respóndeme, Avril!

Las manos de Thomas se apoderaron de mis hombros. Me sacudió tan fuerte que mi cabeza se recuperó. Comenzó a arrastrarme por las escaleras del molino. Me dolía el pecho. Sentía como si correas de acero se hubieran apretado a mi alrededor. Cada respiración era una agonía.

Me aparté de Thomas, jadeando, desesperada por aire. Él me abrazó con más fuerza. Traté de hablar, pero la oscuridad se acercaba a mí. ¡Me faltaba el aire!

Me tambaleé sobre mis pies, agarrándome de los barriles para no perder el equilibrio. Matt se dio la vuelta. Estaba en el presente de nuevo. Yo era Megan. Pero los ojos de Matt eran idénticos a los de Thomas.

Se dirigió hacia mí.

—¡Corre, hija! —exclamó la señora Riley—. Hazlo antes de que te haga daño.

Ambos nos giramos hacia ella. La sorpresa en el rostro de Matt rápidamente se convirtió en enojo.

—Cállate, vieja —dijo—. Ya has hecho suficiente.

—No te tengo miedo —respondió ella, sus ojos brillantes, desafiando el fuego de los de él—. ¿Estás recordando en estos momentos, Thomas? —preguntó—. ¿Recuerdas todo esto ahora?

—No sé de lo que estás hablando.

—Es por eso que viniste a mí hace tres años, ¿no? —continuó la señora Riley—. Veías su cara. Ella se había vuelto en tu contra.

Matt me miró, luego a la señora Riley.

—Pero no pensaste que la volverías a ver en carne y hueso de nuevo, ¿verdad? —ella le presionó.

—Tu mente está torcida —dijo—. Ha estado torcida por años. Te has alimentado de los miedos de mi abuela. Sabías que ella quería hacer enfermar a Avril esa noche, y así no iba a poder cumplir su cita con Thomas. Le diste el *redcreep* y le dijiste la cantidad que debía poner en el té, pero ella redujo esa cantidad a la mitad, y Avril estuvo lo suficientemente bien para ir. Fue otra dosis, una dosis más tarde, la que la mató. Aun así convenciste a la abuela de que le había dado demasiado, que era responsable de su muerte. La abuela siempre había estado celosa, herida por la atención que recibía Avril, y deseaba que ella saliera de su vida. Era fácil cambiar esos sentimientos a la culpa. Usted disfrutó torturarla con la culpa falsa.

—Lo disfruté —admitió la señora Riley—. Ella era tan autosuficiente. Le di una segunda dosis. —Su voz se suavizó—. Pero yo estaba tan enamorada de ti cuando eras Thomas...

Matt dio un paso atrás.

—Yo era tan ingenua —continuó—. No podía creer que lo había hecho. Tenía que ser Helen, pensé. No podía aceptar que mi Thomas era un asesino a sangre fría.

¿Él era el asesino? Olas de miedo y náusea se apoderaron de mí. Matt, no la abuela, era a él a quien debía temerle. ¿Lo sabía él? Me acordé de la extraña manera en que me había mirado el día que nos conocimos. Me había reconocido desde el principio.

—Debí haberme dado cuenta de que era a Helen a quien querías desde el principio —continuó la señora Riley.

Los ojos oscuros de Matt ardían en su pálido rostro.

—Avril era demasiado imprevisible, demasiado coqueta. Pero la fortuna era de ella. Por lo que jugaste con ella y la mataste, entonces tú y Helen tendrían todo.

Matt apretó los puños.

—Nada ha cambiado desde entonces —añadió la Sra. Riley—. Todavía dependes del dinero de Helen. Le serás fiel hasta el final.

—Estás equivocada —argumentó Matt—. Totalmente equivocada.

—Incluso cuando los otros chicos venían aquí a nadar —dijo—. No podías soportar estar en este lugar. Me lo dijiste.

—Fui un idiota por confiar en ti.

—Karma —dijo la señora Riley suavemente—. Justicia por fin. Hace sesenta años no querías tener nada que ver conmigo, Thomas. No cuando te diste cuenta que podías tener a las chicas Scarborough.

Matt le dio la espalda. —Ella está loca, Megan. Vamos a salir de aquí.

—No. —Sentí mi lengua gruesa en la boca y me esforcé por hablar con claridad—. Mantente alejado.

—Ella es una mentirosa, una alborotadora —dijo Matt—. Ya te lo dije antes. No puedes creerle.

—Lo hago.

Dio dos pasos hacia mí. Uno más y él me atraparía detrás de los barriles. Moví mi mano lentamente, luego empujé un barril hacia él y salí corriendo lejos de su alcance.

Él se dio la vuelta. Lo enfrenté, de espaldas a la pared, avanzando hacia los lados, sintiendo mi camino a lo largo de la madera en bruto, tratando de llegar a los escalones que llevaban al sótano.

—Escúchame. No eres tú misma —dijo.

—Sé quién soy. —Las palabras salieron mal—. Y sé quién era. También tú. Miró a la señora Riley. —¿Qué le has hecho?

—Le hablé del karma —respondió la mujer—. Ella sabe lo que tú sabes.

—Megan, ven aquí. —Él extendió su mano—. ¡Ven aquí!

Negué con la cabeza y continué avanzando lentamente hacia un lado.

—Tienes que confiar en mí.

—Ya confié en ti antes. —Mi boca se movía lentamente, mis pensamientos y palabras mezclados—. Confié en ti cuando fuiste Thomas.

Los ojos de Matt corrieron por toda la habitación. Sus manos dobladas, entonces se abalanzó sobre mí. Me tambaleé hacia un lado y quedé libre. Pero tomó mi camisa, tirando de mí hacia atrás. Entonces algo crujió y se rompió entre nosotros. Matt me soltó, rápidamente retirando su mano, quemada por la cuerda que la señora Riley había derribado como un látigo.

Corrí a ciegas hacia delante, estrellándome contra una tabla de madera que formaba parte de la escalera abierta que se levantaba hacia el siguiente piso. Me aferré a ella. Tenía que levantarme. Tenía que alejarme de él.

Matt dejó atrás a la señora Riley y me siguió. —Si no vienes conmigo, voy a sacarte de aquí.

Empecé a subir, pero se sentía como si la escalera, y toda la sala, se inclinaban. Apenas podía aguantar.

Matt estaba en la parte inferior, acercándose.

—No te acerques —le dije. No quería que ninguno de nosotros muriera.

Puso un pie en la tabla inferior.

—Algo está mal contigo, Megan.

—¡No te acerques!

Di un paso, luego otro. Parecía el movimiento de un sueño, escalando en cámara lenta.

Matt comenzó a subir las escaleras, pero la señora Riley vino después de él como un gato. Vi el destello de algo en su mano. Matt se dejó caer hacia atrás. Se volvió y luchó con ella, agarrando sus muñecas. Un cuchillo voló por el suelo.

—¿Qué has hecho con ella, Lydia? —exigió.

—Nada.

—¡Mentirosa! —gritó—. La has envenenado.

La mujer luchó por liberarse. Él sujetó las manos de ella detrás su espalda, luego se volvió hacia mí.

—No corras de mí, Megan.

Di dos pasos más.

—¿No lo entiendes? Necesitas ayuda, ayuda médica. Baja.

Había un tubo apoyado abriendo la trampilla. Si pudiera conseguir pasar a través de la puerta y cerrarla, podría usar mi peso para mantenerla cerrada.

—Por favor —dijo Matt, agarrando la escalera con una mano—. No dejes que Lydia nos hagan esto.

Levanté las manos para atravesar la puerta.

—April —exclamó—. ¡No me dejes de nuevo!

Este era nombre que él había escrito en mi corazón. Me volví para mirarlo hacia atrás. Mi pie resbaló. Extendí mi mano y me agarré del tubo que mantenía abierta la puerta. Por un momento me sostuvo, y luego sentí la caída del hierro frío a través de mis dedos, sentí que caía hacia atrás. Oí un sonido pasar en mis oídos, y me sumergí en la oscuridad.

Capítulo 17

Traducido por Brenda Carpio
Corregido por Paaau

Abrí los ojos en una habitación blanca con cortinas de rayas pálidas. Olía como a limpiador de baños de frambuesa.

—¿Dónde estoy?

—Conmigo.

Me volví hacia la voz de Matt.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

Levanté la cabeza y miré a mi alrededor. —Bueno, estoy en un hospital, no me puede sentir muy bien.

Sonrió. —Estás hablando y actuando como tú misma. La enfermera dijo que si te quitabas la intravenenosa otra vez, te la engramparía al brazo.

—Está fuera —comenté.

—El doctor dijo que habías llegado a tiempo, y que pronto irrigarías⁴ bien.

—Oh, eso suena divertido. —Traté de incorporarme.

—Tranquila —dijo, y deslizó su brazo detrás de mí para ayudar.

Apoyé la espalda contra él. —Gracias. No quieres tu brazo de vuelta, ¿verdad?

—¡Nah! Recuéstate. —Se sentó a mi lado sobre la cama. Se sentía bien la forma en que me mantuvo cerca.

—¿Te acuerdas de algo?

—Sí. —Tomé una respiración profunda—. Si fue un sueño, fue algo loco, y si fue real, cosas horribles pasaron.

—Algunas cosas horribles pasaron —dijo suavemente—. Puede que no quieras hablar de eso todavía.

—Cuanto antes, mejor —le dije.

Se inclinó hacia delante para estudiar mi cara, luego se sentó de nuevo, convencido.

⁴ Llevar la sangre a todas las partes del cuerpo a través de los vasos y conductos sanguíneos.

—Está bien. Tú, Lidia y yo estábamos en el molino, en el primer piso. ¿Te acuerdas de nuestra conversación?

—Hablaron sobre quién mató a Avril, pero fue confuso. Los sonidos y las imágenes se superponían. A veces estaba en el pasado, a veces en el presente.

—Estabas drogada.

—¿Drogada? Pero no había comido nada en todo el día —protesté—. Sólo el té de la señora Riley.

Matt no dijo nada, esperando a que lo averiguara. Me sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Ella lo hizo. Me hizo lo que le hizo a Avril.

Él puso su mejilla contra mi frente. —Casi te pierdo por segunda vez.

—Recuerdo que ella trató de mantenerme lejos de ti. Pensé que me estaba protegiendo.

—Ella no quería que interfiriera antes que el veneno surtiera efecto —dijo.

Me estremecí. —Ella quería matarme antes de que yo pudiera matarla. Recuerdo que estaba en la parte superior de las escaleras. Mi pie resbaló y extendí la mano hacia algo. Un tubo, pero cedió el paso. Me empecé a caer. No me acuerdo del aterrizaje, solamente de la caída

Una de las esquinas de la boca de Matt se levantó en una sonrisa de satisfacción, entonces me di cuenta de la envoltura en su tobillo izquierdo.

—¡Oh, no! Dime que no lo hice.

—Está bien. No caíste como una bailarina —dijo, y luego se rió de mí—. Es sólo un esguince. Pero es la última vez que voy a atraparte, así que no vuelvas a intentarlo.

—Gracias —le dije humildemente—. ¿Y la señora Riley? ¿Dónde está? ¿Qué le ha dicho a la gente?

Él no respondió de inmediato. Sentí el agarre de sus brazos alrededor de mí.

—Megan, Lydia ha muerto. El tubo la golpeó.

Me quedé fría por todas partes. —¡Oh, Dios!

—Está bien —dijo—. Todo está bien ahora.

—Lo hice —le susurré.

—Fue un accidente.

—¡Pero lo hice!

—No era tu intención. Lo sabes.

—La señora Riley dijo que iba a suceder, intencional o no. Karma.

Mis ojos ardían. Matt tiró mi cara contra la suya, y dejó que mis lágrimas corrieran por sus mejillas.

Finalmente tomé la caja de pañuelos.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

—Por ahora.

—Estaré por aquí más tarde, también —dijo.

Lo miré a los ojos.

—¿Cuándo te enteraste de nosotros, sobre nosotros en ese entonces?

—Soñaba contigo, vi tu cara desde que tenía nueve o diez años. Cuando llegué a la secundaria, hablé con Lydia y ella me dijo acerca de la reencarnación. Pensé que estaba loca. Entonces, cuando te describí, dijo que te parecías a mi tía abuela Avril. Eso era todo lo que necesitaba escuchar, estaba fuera de eso. Salí con todas las chicas que saldrían conmigo, pero no pude conseguir interesarme en ninguna de ellas. Por último, tal vez fue mera fuerza de voluntad, pero dejé de soñar contigo. Unos meses más tarde, la abuela me dijo que había invitado a mi prima para una visita. Me di la vuelta y ahí estabas tú. —Enmarcó mi cara en sus manos.

—Parecías aturdido —recordé.

—Lo estaba.

—Aún me parece extraño que la abuela me pidiera venir aquí.

—Sé que ella no cree en la reencarnación —dijo Matt—. Sin embargo, tu parecido con Avril la puso nerviosa. La abuela se parece mucho a ti, se enfrenta a sus miedos, así que te invitó. Mientras esperábamos a que vinieras, ella parecía tan atormentada, tan obsesionada contigo. No me gustabas antes de tu llegada, por lo menos pensé que lo hacía.

Apoyé la cabeza sobre el hombro de Matt. —¿Tiene la abuela alguna idea de lo que está pasando ahora? —le pregunté.

—Ella sabe que Lydia mató a Avril, que cambió su motivo para asesinar a Avril en vez de a la abuela. Hoy temprano, Sophie y Alex fueron a la casa a decirte la información sobre el *redcreep*. Cuando junté lo que habían aprendido con lo que la abuela me había dicho la otra noche, sabía que la dosis no había funcionado. La abuela le dio la dosis demasiado pronto, y le dio muy poco. Alguien más tenía que haber sido. Le dijimos a la abuela y ella llamó a Lydia. Jamie dijo que su madre había ido a recoger algunas plantas del molino. Que es donde le dijiste a Sophie y a Alex que irías. Sophie estaba asustada, dijo que

había temido durante todo el día que algo iba a suceder allí. Entonces corrí al molino. La abuela llamó al 911.

Hundió su cara en mi pelo.

—Sé que he sido duro contigo, Megan. Hice lo que pude para mantener la distancia entre nosotros. Pero fue inútil. En la fiesta, ¿cómo crees que sabía que estabas mirando a Sophie?

—Debí haber sido muy obvia.

—Y yo estaba muy ocupado observándote a ti y a Alex —dijo—. Estaba tan celoso de él que pensé que explotaría.

Me reí, luego me tapé la boca.

Él apartó mi mano y miró mi boca como lo había hecho esa noche.

—Y luego trataste de emparejarme con Sophie.

—No sabía que tenía una oportunidad. —Toqué la curva de sus labios con la punta de mis dedos.

—Megan, Te amo. Siempre te amaré.

Tragué saliva.

—¿Asustada? —preguntó.

—Sí. ¿Y tú?

—Incluso más que la primera vez —dijo—. Ya sé qué se siente perderte.

Luego inclinó la cabeza y me besó.

Un tiempo después de que Matt se fuera, la abuela entró. Me había quedado dormida y no era consciente de su presencia hasta que sentí su mano tocar mi pelo, cepillando mi cara.

—Tienes que ponerte bien —dijo, con voz temblorosa—. Megan, debes curarte.

Abrí un ojo. —¿Me estás diciendo qué hacer?

La abuela dio un paso atrás rápidamente. Traté de tomar su mano, pero no pude.

—Lo siento. Sólo estaba siendo graciosa... sólo estaba haciéndote una broma. —Luché para lograr sentarme—. Parecías tan seria, abuela.

—Estoy seria. Casi te mueres.

Las dos miramos hacia otro lado.

—Gracias por llamar a emergencias —le dije—. Te debo mi vida.

—No me debes nada.

Fruncí el ceño. —¿Por qué no quieres que lo haga? ¿Es porque que eso nos conecta de alguna manera?

Le siguió un silencio incómodo.

Suspiré. —Va a tomar un tiempo para acostumbrarnos la una a la otra, ¿no?

—Soy lo que soy, Megan —respondió ella—. Soy una vieja. No puedo cambiar ahora.

—¿Cambiar? —repetí—. Yo ni siquiera voy a tra ~~a~~ r ¿No podemos quedarnos como estamos y acostumbrarnos la una a la otra?

Vi la pequeña llama de luz en los ojos, y las comisuras de su boca se levantaron un poco.

—Eso —dijo— puede ser factible.



Capítulo 18

Traducido por Ellie
Corregido por Paaau

A pesar de lo que dije acerca de permanecer tal y como somos, cambié. Yo, la que siempre he creído en decir lo que pienso, y que he hecho de descubrir la verdad de mi misión en la vida, me encuentro ahora guardando secretos. A veces, la vida es más complicada que las simples reglas que nos imponemos para vivirla.

En la mañana siguiente a mi envenenamiento, mi abuela, Matt y yo acordamos guardar silencio. Jamie creyó que su madre se había confundido mentalmente y que, sin querer, me había dado algo que me hizo enfermar. Él vino al hospital para decirnos eso, e incluso trajo la taza de té de la que yo había bebido para que pudiera ser analizada y los médicos supieran cómo tratarme. Pero yo ya había sido diagnosticada con una sobredosis de *redcreep*. Tiramos la taza a la basura.

Sophie y Alex vinieron juntos al hospital ese día. Vi el brillo en los ojos de Sophie, entonces noté la delicada cadena alrededor de su cuello.

—Ese collar me parece familiar —dije.

Sonrió tímidamente. —Alex lo compró para mí.

Durante ese año, ellos se convirtieron en los mejores amigos otra vez, y en los mejores novios... otra vez.

En cuanto a la abuela, ella también ha cambiado, aunque yo ciertamente no se lo diría. Supongo que es difícil mantener su vida tal y como era cuando dos nietos extra —mis turbulentos hermanos— vienen a poner su casa de cabeza durante las vacaciones.

Matt está en la Universidad Chase ahora, con una beca de la crosse. Yo estoy aplicando a Universidades en Maryland. Y ahora mantenemos otro secreto, aunque tal vez no tan bien como pensábamos. Apenas el otro día, Jamie me detuvo en High Street. —Sabes —dijo—, también hago pasteles de bodas.

Fin

Dark Secrets 2: Don't Tell (No lo digas)

Sinopsis

¿Qué le pasó realmente a mamá?

Lauren ha vuelto a casa siete años después de que su famosa madre se ahogara misteriosamente. Le dijeron que fue un accidente, pero los tabloides gritaron "asesinato". Su padre, un senador, no la había protegido. Su tía Jule es su único refugio, la adorada madrina a la que vuelve a ver.

Lauren llega al festival anual en las calles de Wisteria, y encuentra a Nick, un chico bromista, encantador y amigo de la niñez. El día es casi perfecto... hasta que se da cuenta que está siendo observada.

Llegando a la casa de su Tía Jule, Lauren se horroriza ante el decaimiento de la casa de la ribera. Su tía parece enojada y a la defensiva, aún cuando atiende a Lauren por sobre su propia hija Holly. Nora, la otra hija de Jule, es silenciosa y atemorizante, y observa a Lauren con una espantosa intensidad.

Mientras tanto, Nick ha estado actuando como si quisiera ser más que sólo amigo de Lauren. ¿Entonces por qué de pronto se convirtió en la sombra de Holly y se muestra casi hostil con Lauren? ¿Cómo puede ella confiar en él... especialmente ahora que una serie de "accidentes" desagradables hacen que Lauren se dé cuenta que alguien la quiere ver muerta?

Esta vez, no hay lugar a dónde correr.

Acerca de la autora



Una antigua profesora de secundaria y de la universidad, con un posgrado en literatura inglesa de la Universidad de Rochester, Elizabeth Chandler ahora escribe a tiempo completo, y disfruta visitando escuelas para hablar acerca del proceso de crear libros. Ha escrito numerosos libros ilustrados para niños bajo su nombre verdadero, Mary Claire Helldorfer, así como romances para jóvenes bajo su seudónimo, Elizabeth Chandler. Sus novelas románticas incluyen: “Noches Calientes de Verano”, “El Amor Sucede”, “A Primera Vista”, “Acepto”, y la galardonada saga de romance y misterio “Besada por un Angel”, publicada por Archway Paperbacks.

Cuando no está ocupada escribiendo, Mary Claire disfruta de montar en bicicleta, cuidar de su jardín, mirar deportes, y soñar despierta. Mary Claire vive en Baltimore con su marido, Bob, y su gato, Puck.

Elizabeth Chandler

Saga Dark Secrets

1 - Legacy of Lies
(Legado de mentiras)

2 - Don't Tell
(No lo digas)

3 - No Time to Die
(No es hora de morir)

4 - The Deep End of Fear
(El profundo final del miedo)

5 - The Back Door of Midnight
(La puerta trasera de la medianoche)